

# REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

## ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

1/2021 (1) LA CRISIS DEL CAPITALISMO GLOBAL

NOVIEMBRE – DICIEMBRE

### SUMARIO

*Presentación*, Carmen M. Cerdá y Germán Carrillo **6**

### ARTÍCULOS

WILLIAM I. ROBINSON **Can Global Capitalism Endure?** **13**

LIISA LUKARI NORTH **The Historical and Contemporary Causes of «Survival Migration». From Central America’s Northern Triangle** **43**

GÖRAN THERBORN **Into the Hottest Century and into Epochal Change** **72**

WOLFGANG STREECK **El Sistema de Estados Internacional después del Neoliberalismo: Europa entre la Democracia Nacional y la Centralización Supranacional** **99**

GERMÁN CARRILLO GARCÍA **Crisis del Capitalismo Global o, *Fin du Globe?*** **125**



Los artículos publicados en la Revista de Estudios Globales están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Periodicidad: Semestral  
Diseño de Cubierta: Cliocultural  
ISSN electrónico: 2697-0511  
Universidad de Murcia



# ***Crisis del Capitalismo Global o, Fin du Globe?***

***Germán Carrillo García***

Universidad de Murcia, España

**Resumen:** En este ensayo he intentado contribuir al fecundo debate sobre la crisis del capitalismo global. La tesis desarrollada se fundamenta en una sucesión de acontecimientos históricos, convergentes y orgánicamente dependientes. La crisis del capitalismo keynesiano de la Segunda Posguerra confluyó –y contribuyó a profundizar– con la crisis del desarrollismo en América Latina y en el continente africano. El auge de la contrarrevolución neoliberal liderada por Thatcher-Reagan, junto a sus discípulos europeos de la Tercera Vía, convergió con el derrumbamiento del Imperio Soviético y el extraordinario ascenso de la China posmaoísta. Durante la era de Deng Xiaoping iniciada en 1978, en el país asiático se desarrolló un capitalismo de Estado que dos décadas después, bajo un control políticamente comunista, se había transformado en un régimen socialista con características chinas y afinidades neoliberales. Las consecuencias de este nuevo orden mundial se analizan en la segunda parte del ensayo como problemas centrales del siglo XXI: la desigualdad existencial global de una ciudadanía sometida por la lógica del capital ficticio a una implacable servidumbre por deudas; la erosión de la política pública; la explotación laboral expresada simultáneamente en las economías posindustriales y en el Sur global a través de la destrucción no tan creativa de las cadenas de valor y otras formas vinculadas a la expansión de la *gig economy* y al tecnoutopismo del silicio; así como la alteración antropogénica de la biodiversidad terrestre sin precedentes en el registro histórico.

**Palabras clave:** Crisis Global, Historia Global, Programa Neoliberal, Economía Política, Ecología Política, Ascenso de China, Desigualdad Global, Robber Barons, Explotación Laboral, Deuda Global, Capital Ficticio, Crisis Intelectual.

## ***Global Capitalism Crisis or, Fin du Globe?***

**Abstract:** In this essay I have tried to contribute to the fruitful debate on the crisis of global capitalism. The thesis developed is based on a succession of historical, convergent and organically dependent events. The crisis of Keynesian capitalism of the second post-war period converged –and contributed to deepen– with the crisis of developmentalism in Latin America and on the African continent. The rise of the neoliberal counterrevolution led by Thatcher-Reagan, along with her European Third Way disciples, converged with the collapse of the Soviet Empire and the extraordinary rise of post-Maoist China. During the Deng Xiaoping era, which began in 1978, a state capitalism developed in the Asian country that two decades later, under politically communist control, had been transformed into a socialist regime with Chinese characteristics and neoliberal affinities. The consequences of this new world order are analyzed in the second part of the essay as central problems of the 21st century: the global existential inequality of a citizenry subjected by the logic of fictitious capital to implacable debt bondage; the erosion of public policy; labor exploitation expressed simultaneously in post-industrial economies and in the global South through the not so creative destruction of value chains and other forms linked to the expansion of the gig

Recibido: 24-03-2021

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.497781>

Aceptado: 14-04-2021

<https://revistas.um.es/reg>

economy and silicon techno-utopianism; as well as the anthropogenic alteration, without historical precedent, of terrestrial biodiversity.

**Keywords:** Global Crisis, Global History, Neoliberal Program, Political Economy, Political Ecology, Rise of China, Global Inequality, Robber Barons, Labor Exploitation, Global Debt, Fictitious Capital, Intellectual Crisis.

## Neoliberalización

### «Pessimismo dell'intelligenza»

En cierta ocasión Albert Otto Hirschman al estudiar los años de plomo del neoliberalismo en América Latina durante la década de 1980 se percató de un sentimiento generalizado entre los hombres y mujeres de aquel continente, o al menos entre algunos sectores intelectuales: «Por primera vez las décadas precedentes fueron percibidas como una larga, casi dorada edad de avance ininterrumpido y constante». Hirschman, sin embargo, sabía que los rasgos positivos del pasado, ya fueran reales o simplemente idealizados, solo se pueden reconocer cuando se ha iniciado un nuevo periodo que subraya los contrastes con la fase precedente. Se trata de un inevitable rasgo de la naturaleza humana. Por ello recurrió al famoso aforismo hegeliano: «la lechuza de Minerva solo despliega sus alas a la caída de la tarde». «Solo comenzamos a entender un periodo cuando se baja el telón», cuando aparentemente los contornos de una nueva fase en la historia comienzan a revelarse (Hirschman, 1986:4).

En retrospectiva toda crisis ha generado ansiedades individuales y colectivas, incertidumbres sobre el futuro y estados sociales de anomia y resentimiento. Y con mayor o menor intensidad los círculos intelectuales se han volcado rápidamente, a veces incluso con cierta impaciencia, en la ardua tarea de interpretar los dramáticos acontecimientos que estallaban ante sus atónitos ojos. Es cierto que no alberga gran dificultad el hecho de discernir los signos que preceden a las catástrofes así como a los periodos de crisis cuando estos se han desencadenado ante nosotros; sin duda, la proeza intelectual consiste en intuirlos con anterioridad a su estallido. No hay, sin embargo, precedentes para la incalculable acumulación de publicaciones y volúmenes concernientes a la «sorpresa» desatada ante el colapso financiero de 2008 y la reciente crisis pandémica mundial, «la peor crisis económica de la historia del capital» (Harvey, 2021:105). En parte, el asombro ante el colapso financiero y sobre todo ante la subsiguiente alteración política a nivel global entre los círculos intelectuales progresistas y gran parte del izquierdismo militante, se debía a que continuaban inspirándose en las teorías de la crisis predominantes en las décadas de 1960 y 1970. Las interpretaciones acerca de las tensiones políticas,

económicas o sociales que genera el capitalismo habían quedado reducidas de forma sistemática y con contadas excepciones a un problema de legitimación. «Los mercados, el capital y los capitalistas», es decir, la economía política, argumenta con la debida causticidad Streeck, fueron desplazados por la teoría de la democracia, la teórica comunicativa y por la labilidad de los enfoques «psicologistas del mundo». Y, en parte, porque aquellos sectores sociales que habían plantado la batalla a la mercantilización de todas las cosas, «el terror del consumo» de los estudiantes de 1968, pronto acabaron tomando parte activa de la «ola de consumo y mercantilización sin precedentes» durante la era neoliberal (Streeck, 2016:28-29)<sup>1</sup>.

«Las palabras que dominaban las sociedades de consumo occidentales –escribió Hobsbawm– ya no eran las palabras de los libros sagrados, ni tampoco las de los escritores laicos, sino las marcas de cualquier cosa que pudiera comprarse» (Hobsbawm, 1995:507). Tal vez por ello no dudó en afirmar que con la caída de las «viejas ideologías de la izquierda» emergió un «pensamiento radical o de izquierdas, pero sustentado en una base de clase media», cuyas inquietudes políticas diferían cada vez más de las aspiraciones de los «movimientos obreros». *A fortiori*, «allí donde concebían una transformación social, ellos mismos constituían una protesta más que una aspiración». No era difícil observar cuáles eran sus campos de oposición y beligerancia puesto que todos concurrían en un exaltado anticapitalismo, sin embargo «era casi imposible identificar lo que proponían como alternativa» (Hobsbawm, 2012:422). Fue también la generación sesentayochista –afirma Therborn– la «que vivió tanto el ápice de la fuerza de la clase obrera en el capitalismo desarrollado como el comienzo de su declive». Pronto quedó manifiestamente claro que el derrumbamiento del Imperio Soviético (1985-1991) selló la larga «perspectiva revolucionaria» que se había inaugurado con 1789 y mucho más decididamente con la Revolución de Octubre (Therborn, 2007:106). De hecho, el término «revolución» perdió el sentido histórico que había inspirado a las generaciones precedentes formados entre los cuadros políticos de la izquierda tradicional y por los partidos de masas obreros. Con la caída del muro de Berlín transformado en un psicodrama mediático, donde «la gente» –escribió Pomerantsev– parecía tomar el «poder de las elites mientras celebraban el efecto subversivo de U2», la «revolución» dejó de ser concebida como una expresión de transformación radical, convirtiéndose en el «nombre de una tecnología política» (Davidson, 2015:109). Pronto surgirían nuevos conceptos como «resiliencia» (que

<sup>1</sup> Una detallada revisión de las teorías de la crisis puede leerse en dos obras de Wolfgang Streeck: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017, y *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, 2017. Esta última, según la acertada afirmación de Habermas, una evocación del *Dieciocho de Brumario* de Karl Marx.

«no es exactamente resistencia, sino un ajuste adaptativo más o menos voluntario»), así como otros convencionalismos del pragmatismo académico del momento que vinieron a sustituir el edificio teórico de la economía política de inspiración estructural<sup>2</sup>. Parecía, en cualquier caso, que la sentencia thatcheriana TINA [*There Is Not Alternative*] había penetrado y transformado de forma extraordinaria a gran parte del mundo intelectual y político, pero también a una parte nada desdeñable de la sociedad posmoderna que había interiorizado el «mito de que todo el mundo podía [y debía] ser capitalista» (una sociedad de emprendedores), y que el proletariado keynesiano había pasado a mejor vida (Boldizzoni, 2020). En el ambiente intelectual comenzó a proliferar un cierto *pessimismo dell'intelligenza*. Como le hizo saber Donna Haraway a David Harvey poco después del derrumbamiento de la URSS: «Creo que el problema más difícil al que me enfrento, lo confieso, es que he perdido la capacidad de imaginar cómo sería un mundo diferente al capitalista» (Davidson, 2015:109-110). Para muchos círculos intelectuales el futuro era algo menos y algo más que el *fin de la historia*, era como la amarga expresión de *fin de siècle* enunciada en *El retrato de Dorian Gray* de Wilde: «Sí que me gustaría que fuese *fin du globe* –dijo Dorian con un gran suspiro–, la vida es una gran desilusión»<sup>3</sup>.

Desde la caída soviética y el extraordinario auge de la contrarrevolución de la derecha mundial «los regímenes neoliberales y el capital», argumenta Davidson, penetraron en una turbulenta fase que inhibía a los Estados la posibilidad de actuar de «manera efectiva» y a largo plazo en favor del capitalismo mismo, conduciendo en cambio hacia una dirección en la que la nueva «ideología» iba a minar las bases mismas de la «economía sensata». La gravedad fue más acusada cuando se hizo evidente que cualquier política reformista adquiriría el «potencial de constituir demandas revolucionarias en un contexto donde los regímenes» en permanente estado de excepción no podían «permitirlas» (Davidson, 2016). En *Cómo cambiar el mundo* Hobsbawm afirmó que «el efecto que tuvo el periodo 1973-2008 en la socialdemocracia fue que abandonó a

<sup>2</sup> Cada cierto tiempo, cuando los recursos intelectuales se agotan en las minas académicas surgen nuevos conceptos que anuncian (y celebran) la defunción del pasado y la necesidad imperativa de interpretar el mundo con otras lentes más refinadas. Así por ejemplo, la citada resiliencia, empoderamiento, emprendimiento, *bottom up/top down*, entre otros neologismos o términos extraídos de campos del conocimiento tan variopintos, y ajenos a la economía política, como la tecnología informática o la psicología, han nutrido desde hace unos años el patrimonio intelectual y la retórica política, incluso, o tal vez sobre todo, de una izquierda que se alejó de las causas subyacentes y complejas del mundo que pretende interpretar. Términos que, como diría Marx contra la economía vulgar, son «rumiados» por sus cultivadores «hasta convertirlos en papilla para el uso doméstico»; una práctica pedante y «autocomplaciente» con el *statu quo*, por supuesto, cuya finalidad implícita (o no) es anunciar que vivimos en «el mejor de los mundos posibles». Véase en el Volumen I de *El Capital* (Marx, 2010:92).

<sup>3</sup> Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, Madrid: Edaf Ed., 1969, pp. 204-205.

Bernstein» y que la crisis de 2008 fue el «equivalente de derechas de la caída del muro de Berlín». En cierto modo, la demonización del Estado social por parte de la derecha política que abrazó sin fisuras el proyecto neoliberal no era diferente de la indiferencia que mostraron amplios sectores de la izquierda ante el papel que había desempeñado el aparato estatal durante el periodo señalado para llevar a cabo de forma sistemática la «privatización y liberalización» de la propiedad pública (Hobsbawm, 2012:420). Hasta tal punto se produjo un giro incondicional del «centrismo extremo»<sup>4</sup> hacia la ideología neoliberal que cualquier objeción hacia sus fundamentos, por más irracionales o precarios que fuesen, hallaban la misma recusación que Marx observara en los economistas victorianos acerca de las instituciones feudales: «no hay más que dos clases de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales» (Marx, 1847/1987:77). Así lo entendió Harvey en su *Breve historia del neoliberalismo*:

El mundo capitalista fue dando tumbos hacia la respuesta que constituyó la neoliberalización a través de una serie de zigzagueos y de experimentos caóticos, que en realidad únicamente convergieron en una nueva ortodoxia gracias a la articulación de lo que llegó a ser conocido como el «Consenso de Washington» en la década de 1990. Por entonces, tanto Clinton como Blair pudieron haber dado la vuelta sin problemas a la observación de Nixon [hoy todos somos keynesianos] y decir de manera sencilla que «ahora todos somos neoliberales» (Harvey, 2007:20).

Y sin embargo, en retrospectiva, esa incapacidad de imaginar alternativas había permanecido con más costumbre de la observada por los analistas entre el ambiente político de la izquierda al oeste del muro de Berlín desde los años de la segunda posguerra mundial. Dado que la única elección al capitalismo realmente existente residía en la toma de poder político y en asumir el modelo extremo de capitalismo de Estado soviético (sobre todo tras la contrarrevolución de 1928), la izquierda se mantuvo relativamente autocomplaciente con la socialdemocracia reformista, al menos hasta los años de plomo del neoliberalismo angloamericano. Hasta aquel momento los movimientos y organizaciones de izquierdas se sintieron satisfechos con un «capitalismo reformado que reconociera la importancia de la mano de obra y de las aspiraciones socialdemócratas» (Hobsbawm, 1995:275; Davidson, 2015:111). Naturalmente, allí donde las condiciones materiales o de cualquier otra naturaleza de los trabajadores

---

<sup>4</sup> La expresión la he tomado del análisis de Tariq Ali sobre la deriva política occidental desde 1989. Véase *El Extremo Centro*, Madrid: Alianza Ed., 2015.

fordistas no se ajustaban a sus expectativas, la fuerza sindical en un entorno productivo industrial keynesiano podía, y de hecho lo hacía, corregir las consecuencias de la naturaleza acumulativa del capital, tal como atestiguan las arraigadas tradiciones de disidencia política de los decenios de 1960 y 1970 que habían caracterizado a las sociedades estadounidense y británica. Sin embargo, esas energías sociales y políticas alternativas a interpelar congruentemente la naturaleza del capitalismo quedaron virtualmente socavadas no solo en su expresión social, también en cierto modo en sus bases teóricas. Mientras el proyecto neoliberal se expandía globalmente, argumenta Therborn, «el movimiento obrero estaba debilitado y las alternativas sistémicas embrionarias se venían abajo o quedaban completamente marginadas» (Therborn, 2007:61).

El universalismo que había guiado y caracterizado a los movimientos tradicionales de izquierda, expresado en las ideas de justicia social, democracia, solidaridad, *inter alia*, inspirado en las «revoluciones americana y francesa», así como en el posterior socialismo obrero, comenzó a redactar su obituario desde el decenio de 1970. Desde entonces, de forma progresiva pero imparable, se fue extendiendo una contratendencia a aquel universalismo. Las protestas y reivindicaciones por parte de la izquierda política e intelectual se fueron transformando en una heterogeneidad de coaliciones de «grupos e intereses minoritarios: de raza, género, preferencia sexual, u otras preferencias culturales». Tendencia que ha conllevado una exacerbación de los particularismos que puede ser comprensible socialmente, aunque peligrosa políticamente porque, como advirtió elocuentemente Hobsbawm: «conquistar mayorías no equivale a sumar minorías». Lo cierto es que cada vez fue más evidente que «los socialistas, marxistas o de otra índole» habían perdido su «tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta que, reflexionen sobre lo que querían decir con el término socialismo y abandonen la presunción de que la clase obrera (manual) será necesariamente el principal agente de transformación social» (Hobsbawm, 2000:121; 2012:424).

Paradójicamente, veinte años después el núcleo de los argumentos hobsbawmianos no se ha visto prácticamente alterado. La interpelación que hace Nancy Fraser a los dispersos movimientos sociales y políticos que intentan «salvar el planeta» de un desastre ecológico sin precedentes en la historia, no es otra que la búsqueda de un «nuevo sentido común» unitario contrahegemónico. En sus propios términos, existen «elementos transmedioambientales» como, por ejemplo, los «derechos de los trabajadores y trabajadoras, feminismo, antirracismo, antiimperialismo, conciencia de clase, prodemocracia, anticonsumismo, antiextractivismo» que, lamentablemente, no han convergido en una «perspectiva clara y convincente que conecte todas nuestras aflicciones presentes, ecológicas y de otro tipo, al mismo sistema social y a través de ello nos permita pensar integralmente otro» (Fraser, 2021:137). Parece que, al contrario de lo sucedido en el periodo de entreguerras, ahora no hay ejemplos de «régime-

nes comunistas o socialdemocráticos inmunes a la crisis», y los sectores intelectuales, socialistas o militantes de izquierdas carecen de «propuestas realistas» para un cambio sistémico (Hobsbawm, 2012:421).

El capitalismo *ab initio* es una formación social que cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que es la acumulación ilimitada de capital. Y es ahí, en el corazón mismo del sistema, en los conflictos distributivos que aprovecharon en su favor las oligarquías neoliberales con el incondicional apoyo de la política pública, donde probablemente la oposición política y los movimientos sociales anticapitalistas debieran haber sido más sólidos e inquebrantables (Carrillo, 2020a). ¿Se trata de una apelación del principio determinista que reduce al capitalismo a la mínima variable de las fuerzas productivas? «Las fuerzas y relaciones de producción» –afirma Davidson inspirándose en la lectura de Marx y Engels– son antes que nada elementos constitutivos de lo social «más que de lo económico», puesto que tratan en esencia de la «organización de la cooperación y la explotación en y entre las clases» (Davidson, 2013:742-743). Por tanto, como desea recordarnos Piketty en *Capital e Ideología*, la presunta muerte de las ideologías por parte de aquellos que dicen defender un «pragmatismo absoluto» apenas «logra disimular su falta de interés por los hechos, la dimensión de su ignorancia histórica, lo cargante de sus prejuicios y su egoísmo de clase» (Piketty, 2019: 22-23).

## Crash

Ese pragmatismo político, libre del peso de las ideologías, dirigió sin obstáculos la era de fantasía crediticia y de fiebre especulativa maníaca de la década 1990. Las políticas clintonianas y sus retoños de la Tercera Vía europea formados en torno al centro-izquierda por los cuadros políticos de Blair, Jospin y Schröder, impusieron una severa restricción a cualquier movimiento político que se opusiera a la desregulación del sector financiero<sup>5</sup>. Fue el periodo del triunfalismo del capitalismo global (aunque no todos sintieran o valoraran en la misma medida sus virtudes). «El dominio casi absoluto de las ideas y de las prácticas neoliberales», escribe Boldizzoni en *Foretelling the End of Capitalism*, otorgó al capitalismo una

<sup>5</sup> Durante la década de 1980 los partidos políticos de izquierdas mostraron avances electorales considerables como fue el caso del partido comunista italiano, cuya identificación política con la socialdemocracia era cada vez más evidente, así como la Francia de Mitterrand en 1981, o la España del PSOE en las elecciones de 1982. En general los partidos socialistas mostraron una «evolución hacia la derecha» bajo el pretexto de la desfavorable coyuntura económica y el «endeudamiento que había implicado el desarrollo del Estado de Bienestar». El caso italiano fue una excepción, tal como atestigua la terrible violencia desatada por la explosión terrorista durante los «años de plomo» entre las guerrillas heredadas del 68 y grupos terroristas de tinte neofascista, apoyadas por el gobierno y «probablemente por la CIA». Véase Fontana (2017:484).



especie de «caparazón inquebrantable» en el que las esperanzas y alternativas a un sistema transformado parecían haberse volatilizado. «El capitalismo era inmortal» y con el consabido y huero entusiasmo posmoderno de las economías posindustriales, fue desplazado fuera del «tiempo y el espacio» (Boldizzoni, 2020). Con una extraordinaria lucidez el sociólogo alemán Wolfgang Streeck en *Comprando tiempo*, cuyo subtítulo es mucho más clarificador: *la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, ha argumentado, a mi juicio acertadamente, que «desde hace muchos años el capitalismo en los países democráticos ricos ha estado en medio de una triple crisis, sin final a la vista: una crisis bancaria, una crisis de las finanzas públicas y una crisis de la economía real». Su detallado análisis sobre las corrientes teóricas del capitalismo tardío, especialmente el énfasis depositado en el progresivo y desafortunado desplazamiento de la economía política del centro de gravedad de las teorías de la crisis, admite pocas objeciones. Seguramente la confluencia de esa triple crisis no fue advertida por nadie, según afirma, «nadie en la década de 1970, pero tampoco en la de 1990» (Streeck, 2016:21). Sin embargo, como bien sabe Streeck, es imposible ofrecer un cuadro detallista sobre el futuro, porque «ser capaz de predecir tendencias generales», que es por cierto donde reside la fuerza persuasiva de la ciencia histórica, «no equivale a poder predecir qué consecuencias concretas tendrán en las circunstancias del futuro, que, aparte de ser complejas, son en muchos casos desconocidas» (Hobsbawm, 2014:31-32).

De hecho, en la década de euforia especulativa de 1990 una minoría de analistas inteligentes comenzaron a albergar sólidas suspicacias acerca del futuro de un capitalismo que había penetrado en una fase peligrosamente autodestructiva. El economista Anwar Shaikh fue uno de ellos. Si la política conservadora, incapacitada por la teoría económica convencional y el afán insaciable de lucro del capital, halla la manera de debilitar las políticas de provisión social y los límites al capital financiero, «un devastador colapso está garantizado» (Shaikh, 1990:400-401). «El futuro no sólo no puede ser una prolongación del pasado –escribió Hobsbawm en su *magnum opus*, *Historia del siglo XX* (1994)– sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica [...] Nuestro mundo corre el riesgo a la vez de explosión y de implosión, y debe cambiar». Para el historiador era evidente que «la historia de los veinte años que siguieron a 1973» podía ser escrita como «la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis» (Hobsbawm, 1995: 576,147).

Políticamente, en *The Retreat of Western Liberalism* Edward Luce argumenta que «Donald Trump y sus homólogos en Europa no causaron la crisis del liberalismo democrático. Son un síntoma. Esto puede ser difícil de digerir, particularmente para los liberales estadounidenses, cuya visión del mundo se ha visto sacudida por su victoria, pero que mantienen la fe de que las cosas eventualmente saldrán bien». Pero no ha sido así y, efec-

tivamente, el «dios occidental de la democracia liberal» alberga signos inequívocos de decadencia al mismo tiempo que no han dejado de brotar gobiernos autoritarios por todo el mundo. Luce, en contra del estupor de ciertos sectores progresistas y niveladores de opinión mediáticos, concluye que la «reacción violenta de las clases medias, que son los mayores perdedores en una economía global» se ha ido «gestando desde principios de la década de 1990». Desde los *left-behinds* procedentes de los cinturones desindustrializados de la *Union Jack* del norte, hasta los *couches moyennes* de los barrios marginales de Francia, o los *squeezed middle* del universo Walmart estadounidense, la cantidad de infortunados de este sistema económico y político irracional no han dejado de crecer, como también su «impaciencia» (Luce, 2017).

Pero la desigualdad existencial y el resentimiento social han sido explotados por el *establishment* global y la derecha política para nutrir las filas del nuevo autoritarismo. Por su parte, el pragmatismo político arremetía contra los resentidos que, según su perspectiva, carecían de la suficiente educación y sensibilidad para apreciar las ventajas del cosmopolitismo global. Palabras como «populismo», «fascismo», «comunismo» y otros ismos del pasado, se empleaban de forma anacrónica y por tanto acrítica en los campos de batalla políticos y mediáticos. Esta forma de aproximarse al pasado, ha escrito Riley, «distorsiona la cuestión central de la política contemporánea». Al carecer de una perspectiva histórica y de contraejemplos al programa neoliberal, las causas de la polarización existencial y la parálisis de la reproducción social terminaron siendo interpretadas erróneamente a través de lo que Hegel denominó la «forma pragmática de la historia reflexiva»: el pasado terminó siendo un depósito de ideas moralizantes para juzgar los acontecimientos del presente (Riley, 2019:8-9). Sin embargo, y contra el anacronismo, no estábamos en la época de entreguerras, ni siquiera en la de la Guerra Fría, sino en la del capitalismo neoliberal planetario gobernado por la mano visible de las finanzas.

Económicamente, de acuerdo con Shaikh, «la crisis económica general que se desató internacionalmente en 2008 es una Gran Depresión. Fue iniciada por una crisis financiera en Estados Unidos, pero no fue la causa» sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980. Desde aquel momento, el capitalismo de las economías avanzadas contuvo la contracción salarial y la explosión social bajo el control de mando de las «tasas de interés decrecientes y un crédito cada vez más fácil» (Shaikh, 2011:44-63). Las democracias occidentales y el deterioro acelerado de los sistemas de gobierno representativos, al menos allí donde tales formas políticas se desarrollaron, comenzaron a resquebrajarse. A partir de entonces y con demasiada frecuencia la democracia se convirtió en un fetiche del capital ficticio, es decir, la «acumulación de derechos de giro sobre la riqueza que aún no se ha producido, que toma la

forma de endeudamiento privado y público, capitalización bursátil y diversos productos financieros»<sup>6</sup>.

Es evidente que no estábamos únicamente ante un problema de tipo económico, no al menos en el sentido que lo entiende la disciplina académica así denominada. Parecía que las sociedades habían sido secuestradas por la racionalidad de un sofisticado y complejo capitalismo rentista, limitando severamente la posibilidad de organizar su propio futuro (Durand, 2018). Dicho de otro modo, la política en las economías del Atlántico Norte consistió en un «proceso insostenible de pedir prestado al futuro década tras década: desde la inflación de la década de 1970, pasando por la deuda pública de 1980 y la deuda privada en la de 1990 y principios de la siguiente, hasta la explosión final en la crisis de 2008» (Streeck, 2012: 55-62). Y aunque la crisis había estallado «principalmente en el mercado de la vivienda en el sudoeste (California, Arizona y Nevada) y en el sur (Florida y Georgia) de Estados Unidos», las consecuencias del terremoto económico tuvieron resonancias transnacionales. Particularmente en China se produjo una vasta masa de desempleados que podían contarse por millones a principios de 2009, especialmente «en las regiones industriales» (Harvey, 2018: 9-10). Si las sociedades del Norte global reducían su consumo, las fábricas asiáticas colapsaban. La economía mundial había dejado paso gradualmente a la economía global.

De forma inevitable, el núcleo del capitalismo avanzado y el complejo sistema de países que habían formado parte de la periferia convergieron. De hecho, fueron muy frecuentes las analogías entre los «programas que el FMI (a veces con el Banco Mundial) impuso a los países en vías de desarrollo, así como a los mercados emergentes» y la disciplina política de austeridad a la que se sometió a Grecia y en general a los demás países perturbados por la Gran Recesión de 2008. La *reductio ad absurdum* neoliberal que había socavado desde la década de 1980 las «promesas del desarrollo» en gran parte de los países del Sur Global con el simple pero peligroso precepto de que «había que privatizarlo todo, desde las fábricas a la seguridad social» (Stiglitz, 2017:15; 2016:55), entró a formar parte del vocabulario político global. Y sus consecuencias fueron verdaderamente dramáticas. Paradójicamente, o tal vez por lo mencionado no, a pesar del estruendoso fracaso de las políticas neoliberales angloamericanas que condujeron irrevocablemente al colapso de la Gran Recesión, el consenso en torno a la ortodoxia economicista no se vio alterado. La «arrogante autocomplacencia» que surgió con la denominada Gran Moderación, que

<sup>6</sup> Con la terminología de Marx, «With the development of interest-bearing capital and the credit system, all capital seems to double itself, and sometimes treble itself, by the various modes in which the same capital, or perhaps even the same claim on a debt, appears in different forms in different hands. The greater portion of this “money capital” is purely Fictitious. All the deposits, with the exception of the reserve fund, are merely claims on the banker, which, however, never exist as deposits» (Marx, 2010:470).

supuestamente ponía fin al ciclo de perturbaciones macroeconómicas gracias a las acertadas «reformas» del ultraliberalismo y a las sabias decisiones de los «banqueros centrales», parecía no tener límites (Grahl, 2017:148).

La amplitud de los cambios y las expectativas de una crisis global donde convergían elementos políticos, sociales, culturales y ecológicos provocaron que los augurios del fin del capitalismo, incluso de la humanidad à la Karl Kraus, fueran terreno común especialmente en el discurso intelectual de tendencia izquierdista. Un estado de ánimo similar al que Richard Overy observó al estudiar la Gran Bretaña del periodo de entreguerras, es decir, como el «presentimiento de un desastre inminente», parecía recorrer el mundo en forma de tragedias personales y colectivas. Como escribió Hobsbawm en una crítica a la obra de Overy *The Morbid Age*: «No hay nada especialmente británico o exclusivo del siglo XX en esa clase de ánimo». Los auspicios del fin de los días se hallan inscritos en el código genético del ser humano (Hobsbawm, 2013:158).

Hay, sin embargo, una brecha con frecuencia insuficientemente cubierta entre gran parte de los pronósticos intelectuales que auguran una sociedad sin futuro y la labilidad de sus propios argumentos. En parte, por la misma razón que Marx puso patas arriba a Proudhon cuando le conminó a revisar su sesgo antidialéctico que reducía al capitalismo como formación social distinguiendo laxamente entre los aspectos «buenos» y aquellos otros que constituían su lado más abyecto. Había que descender, según la visión marxiana, a las simas donde operan las contradicciones subyacentes mutuamente interdependientes para entender la racionalidad del sistema (Davidson, 2013:920). Y en parte, como consecuencia del sesgo anterior, porque las cáusticas críticas lanzadas sobre el disfuncional sistema encarnado en el capitalismo neoliberal, adolecen frecuentemente de capacidad interpretativa. La recriminación que el biólogo y filósofo Richard Levins lanzó contra lo que denominó «literatura capitalista» puede extrapolarse también a la debilidad argumental de una parte nada desdeñable del actual izquierdismo político e intelectual. Cuando afrontan un problema que perturba a la humanidad, dice Levins, la «parte final es la parte más débil, ya que después de ir explicando por qué es imposible continuar como hasta ahora, terminan diciendo que necesitamos mejor educación y buena voluntad» (Levins, 2015:28). Algo parecido ha sugerido Robert Pollin a aquellos que dicen defender un programa «multiuso y no detallado» de una economía basada en el «decrecimiento», especialmente si la izquierda desea tomarse en serio un «proyecto mundial viable de estabilización del clima» (Pollin, 2018:30).

Paradójica aunque no sorprendentemente dada la extraordinaria aculturación neoliberal, mientras el mundo ha quedado de forma inextricable envuelto por la última fase de globalización, los estudios estructurales, las grandes sistematizaciones y las fórmulas del materialismo histórico, con-

tinúan siendo marginales. Como consecuencia persiste de forma obsesiva una tendencia a reemplazar el análisis científico de las causas subyacentes, el estudio del cambio histórico, por la simplicidad de discutir de forma tautológica sobre los síntomas y epifenómenos que afloran constantemente en la superficie social, cuando realmente causas, síntomas y consecuencias deberían analizarse orgánicamente, como una unidad contradictoria (Carrillo, 2020b).

En este ensayo he intentado contribuir al fecundo debate sobre la crisis del capitalismo global inspirándome en esa perspectiva histórica y dialéctica. En primer lugar, se analizan las consecuencias del proyecto neoliberal a partir de su expansión desde la crisis del capitalismo keynesiano de posguerra a finales de la década de 1960, crisis que acelera y confluye con la decadencia de las políticas desarrollistas en América Latina y en el continente africano. La anhelada industrialización siguiendo el modelo histórico del capitalismo avanzado sería sustituida durante la década 1980 por las políticas de ajuste estructural: la versión neoliberal impuesta por las instituciones supranacionales del nuevo orden monetarista en gran parte del Sur global. Por supuesto, en el saqueo neoliberal participaron enérgicamente amplios sectores de las élites neocoloniales, políticas y empresariales, que como decía Hirschman coincidiendo con Fanon, siempre se mostraron reacias a «dar algo para no perderlo todo» (Hirschman, 1979:96). El auge de la contrarrevolución neoliberal liderada por Thatcher-Reagan (1979 y 1981 respectivamente), así como el derrumbamiento del contraejemplo Soviético (1985-1991), convergieron con el extraordinario ascenso de la China posmaoísta. Durante la era de Deng Xiaoping, iniciada en 1978, en el país asiático se desarrolló un capitalismo de Estado que dos décadas después, y a pesar de continuar enarbolando la bandera comunista, se había transformado en una especie de régimen híbrido socialista con características chinas y afinidades neoliberales.

El blairismo y los acólitos de la Tercera Vía europea demostraron ser alumnos aventajados de la nueva derecha mundial. El programa neoliberal había alcanzado un grado ecuménico y el margen de gobernabilidad estatal quedó erosionado gravemente. Por usar una analogía orwelliana, parecía que no importaba «quién detentara el poder con tal de que la estructura jerárquica fuera siempre la misma. Todas las creencias, costumbres, aficiones, emociones y actitudes mentales que caracterizan a nuestro tiempo sirven para sostener la mística»<sup>7</sup> del neoliberalismo. En segundo término, se analizan algunos de los problemas centrales de nuestro tiempo que se levantan sobre las condiciones históricas de los acontecimientos esbozados en la primera parte de este trabajo: la desigualdad existencial global de una ciudadanía sometida por la lógica del capital ficticio a una implacable servidumbre por deudas; la explotación laboral expresada

<sup>7</sup> George Orwell, 1984, Barcelona: Austral, 2010, p. 267.

simultáneamente en las economías posindustriales y en el Sur global a través de la destrucción no tan creativa de las cadenas de valor, y otras formas vinculadas a la expansión de la *gig economy* y el tecnoutopismo del silicio; así como la alteración antropogénica de la biodiversidad terrestre sin precedentes en el registro histórico.

## Consecuencialismo

### Convergencia y Ajuste

Giovanni Arrighi interpretó los años que siguieron a 1970 como el resultado de una crisis dual de rentabilidad y legitimidad. La primera de ellas fue consecuencia, fundamentalmente, de la asombrosa «intensificación a escala mundial de las presiones competitivas sobre las empresas en general, y sobre las firmas industriales en particular», originada en la «gran expansión del comercio y la producción mundiales durante las décadas de 1950 y 1960». La segunda, «la crisis de legitimidad», fue el resultado lógico de la «crisis de rentabilidad». El keynesianismo de posguerra había perdido su credibilidad, al menos cuando la crisis precipitó la intensificación de la «competencia por recursos cada vez más escasos, tanto humanos como naturales». Las cruentas guerras de Vietnam (1955-1973) y Corea (1950-1953), como parte del programa ideológico de «coerción para afrontar el desafío comunista en el Tercer Mundo» (Arrighi, 2002:16), que generaron un rastro de muertes y gigantescos déficits fiscales cubiertos con emisiones, se combinaron con una creciente ralentización en el crecimiento de la productividad manufacturera estadounidense (Brenner, 2006).

Las contradicciones endógenas del capitalismo keynesiano, virtualmente latentes desde mediados de la década de 1960, convergieron a finales de la siguiente con la crisis subyacente de buena parte de las economías del por entonces denominado Tercer Mundo. Aunque los proyectos desarrollistas desplegados por la topografía social de América Latina y buena parte del continente africano durante casi toda la década de 1970 fueron capaces de elevar sus tasas de crecimiento económico, no hubo sin embargo una correlación con el bienestar de sus poblaciones que si bien en algún caso mejoraron lentamente, la pobreza, el analfabetismo y el desempleo estructural no dejaron de acrecentarse. Además, en los países de la periferia del sistema capitalista pronto estallarían las consecuencias de la crisis de la deuda, en parte precipitada por la sobreabundancia de liquidez derivada de la inflación de los beneficios petrolíferos depositados en «bancos occidentales y mercados financieros» *off shore*. Un dinero que procedente de los países del Golfo iba a ser reciclado «como préstamos de capital en términos altamente favorables» para los países periféricos (Arrighi, 2002:17). Pero entonces, la crisis de rentabilidad se combinó con

la crisis inflacionaria derivada en parte de la crisis del petróleo y, en parte, de los citados déficits de guerra contra el comunismo.

Cuando los años setenta dejaron paso a los ochenta se puso de manifiesto que los problemas del capitalismo keynesiano no podían interpretarse en términos estrictamente económicos, eran también políticos e inevitablemente sociales. De hecho, la guerra contra la inflación no era solo una guerra económica; como escribió Hirschman «ciertas fuerzas sociales y políticas subyacentes» se encontraban entre las variables decisivas de este desorden económico (Hirschman, 1984:225). La inflación representaba, en cierto modo, el inductor que exacerbaba a la masa laboral para reclamar del capital un ajuste salarial ante el incremento de los precios. Dicho de otro modo, la inflación constituía el «instrumento para cerrar la brecha entre las reivindicaciones de los ciudadanos y las de los mercados». Pero cuando la inflación desapareció en 1979 gracias a la intervención de un monetarista «extravagante» (Palma, 2020:1024), Paul Volcker –presidente de la Reserva Federal (Fed) durante la administración Carter (1977-1981) y hasta agosto de 1987 con Reagan (1981-1989)–, la responsabilidad «de asegurar la paz social recayó sobre el Estado». El *shock* de Volcker «elevó los tipos de interés a alturas sin precedentes provocando que el desempleo alcanzara niveles nunca vistos desde la Gran Depresión» (Streeck, 2017a:104). Las tendencias de la crisis económica se vieron de este modo reforzadas hasta tal punto que,

Pulled down by record high real interest rates, capacity utilization plummeted and manufacturing profitability fell 50 per cent below its level of 1978, leaving it 54 per cent below its level of 1973 and more than 70 per cent below its level of 1965. Unemployment (at 11 per cent), bankruptcies, and bank failures reached levels hitherto unapproached during the postwar epoch (Brenner, 2002: 195).

Los bancos occidentales desesperados por hallar nuevas fronteras de inversión en una época en la que las fuentes de rentabilidad se estaban secando, se dedicaron a realizar préstamos masivos en la periferia. Con la «crisis de la deuda soberana» durante la década de 1980 más de 40 países fundamentalmente latinoamericanos y africanos, de acuerdo con Harvey, tuvieron que afrontar serios problemas para «pagar sus deudas cuando los tipos de interés aumentaron repentinamente a partir de 1979» (Harvey, 2016:21-23). El reciclaje de los petrodólares de Nueva York y Londres reconfiguró la economía política de los países del Sur global, sellando su destino con la carga de la deuda. Como señalaron Panitch y Gindin en *The Making Global Capitalism*, «la relación deuda/PIB total de África aumentó del 20 por ciento en 1980 al 60 por ciento en 1990», al finalizar dicha década su deuda se aproximaba a un escandaloso 70 por ciento. Los lectores de los informes del Banco Mundial podían leer en 1997 que «a pesar de la expansión de la liberalización comercial, la participación del

comercio en el PIB disminuyó en cuarenta y cuatro de los noventa y tres países en desarrollo» entre 1985 y 1995. Como consecuencia muchos países comenzaron a colapsar «desde dentro» (Panitch and Gindin, 2013:219).

Como demostraría el ilustrativo caso latinoamericano, la crisis de la deuda internacional se convirtió en el «episodio económico más traumático» de su historia. El anhelado deseo a instancias de Washington de convertir a los países al sur de río Bravo en clientes, había sido consumado. Los «prestatarios latinoamericanos fueron cortejados por los prestamistas» y guiados por «la vía del jardín», tras la cual se les suministró convenientemente el *Volcker shock* de las tasas de interés vertiginosamente crecientes (Hirschman, 1987:799-803). Durante aquel nefasto periodo se produjo un retroceso del «121 por ciento de promedio del PIB per cápita mundial al 98 por ciento, y del 34 al 26 por ciento del PIB por habitante de los países desarrollados». Las instituciones supranacionales actuaron en defensa de los intereses especulativos de los acreedores, reduciendo a los países a meras variables que debían cumplir con la servidumbre de la deuda. La región fue sin duda la «víctima» propiciatoria de una estrategia de la solución de la crisis, no sólo de la deuda interna, también de la «crisis bancaria estadounidense» (Ocampo, 2014:40). Naturalmente, las élites políticas y amplios sectores empresariales participaron de forma consciente y muy activa en el asombroso saqueo que las políticas de ajuste estructural extendieron por la mayor parte de los países del Sur global. En cierto modo se produjo una conversión incondicional al proyecto neoliberal que podía expresarse como lo hizo Gustavo Franco –un desertor de la economía heterodoxa y Director del Banco Central de Brasil bajo el primer gobierno de Cardoso (1995-2002)–, cuando fue interrogado sobre sus motivaciones para abrazar el nuevo credo, su respuesta fue lisa y llanamente: «en Brasil en ese momento la elección [era] entre ser neoliberal o neo-idiota [neoburro]» (Palma, 2014).

Y sin embargo, con anterioridad a la conversión monetarista en América Latina durante las décadas de 1940 y 1950 se habían producido una serie de cambios tan profundos que la «industria y el PIB real en gran parte de las repúblicas fueron capaces de orientarse en la dirección opuesta a la exportación de bienes primarios» (Bulmer-Thomas, 2002). Para «combatir y neutralizar» las consecuencias del «efecto de polarización», es decir, la brecha que separaba al núcleo central del capitalismo noratlántico de los países que englobaban a la heterogénea periferia mundial, Hirschman afirmaba que no debía eludirse la gestión política de la economía por parte de regímenes de planificación estatal (Hirschman, 1984). Este *ethos* del capitalismo de Estado se prolongaría con el apogeo del comercio internacional de la década de 1960, estimulando así la diversificación de las exportaciones de la región e incentivando el crecimiento eficiente de exportaciones manufacturadas, especialmente en países



donde el modelo de industrialización se había constituido más sólidamente, como fue el caso de México, Brasil y Argentina, pero también en países más pequeños como Chile y Uruguay. Durante la siguiente década, sin embargo, el crecimiento económico se basó en una combinación de creciente «endeudamiento externo» y nuevos hallazgos de reservas petrolíferas. Pero también estuvo marcado por un nuevo entorno económico resultado de un «programa radical de liberalización comercial y financiera» que debilitó la economía política planificada por el Estado provocando, entre otras consecuencias, una «abrupta reversión» en las estrategias de industrialización (Palma, 2005), así como una «regresión extrema en el equilibrio de poder de las clases sociales» (Sader, 2008: 5-6). Políticas neoconservadoras que, como decía lacónicamente Hirschman en 1987, eran adoptadas como una nueva «religión económica» por la mayor parte de las élites latinoamericanas, con todas sus prerrogativas: «mercados libres, privatización e inversión extranjera privada» (Hirschman, 1987:769-804); eludiendo por supuesto cualquier indeseable e innecesaria injerencia política en los asuntos económicos, al menos según las ambiguas prescripciones de los teóricos neoclásicos (Davidson, 2008:36-38).

Pero además, allí donde el *doux commerce*<sup>8</sup> no podía actuar con «libertad», la mano visible y violenta de los regímenes militares despejaba «el camino» para aplicar las políticas de ajuste estructural. ¿Cómo, en todo caso, se pudo llevar a cabo la venta masiva de los patrimonios industriales nacionales, dilatada mucho más notablemente durante las dictaduras en Chile, Uruguay y Argentina, sin debilitar cuando no hundir «la capacidad del pueblo para defender sus intereses»? Los tres países citados habían alcanzado éxitos considerables e incluso disfrutaron de amplios sistemas de protección social públicos, con una importante actividad en la expansión de los mercados domésticos, satisfaciendo así el «bienestar social de la población» a través de la prestación de servicios públicos (Sader, 2008:6).

No sería del todo preciso, sin embargo, afirmar que las dramáticas consecuencias del llamado «Consenso de Washington» en América Latina, o la tragedia africana de finales del siglo XX, podían reducirse exclusivamente a la variable dependiente de la deuda externa, o a la declarada hostilidad imperial estadounidense. Sin la menor duda, los obstáculos al desarrollo se podían encontrar también en la «burguesía de espíritu», tal como Fanon caracterizó peyorativamente el inmovilismo de las élites de los países «subdesarrollados» para «crear un embrión de industrialización» (Davidson, 2013:877). Es probable que la tragedia africana hubiera adquirido otros visos si, por ejemplo, los ingresos

---

<sup>8</sup> Expresión satirizada por Marx, quien al interpretar la fase de acumulación primitiva del capital «revisa algunos de los episodios más violentos de la historia de la expansión comercial europea». Véase Hirschman, (2014: 83-84).

obtenidos durante los años dorados del desarrollismo (1960-1975) gracias a los términos de intercambio favorables de las exportaciones de café, cacao o cobre, no se hubieran empleado en su mayor parte en «estériles proyectos de industrialización, mal planteados o fraudulentos», o con frecuencia ambos combinados (Fontana, 2013a:707). En cualquier caso omitir la larga y dramática historia del imperialismo contemporáneo no solo sería un error, sino una mendacidad. Una historia que podía ser esbozada con las palabras del diplomático y ardiente defensor de la guerra de Vietnam Zbigniew Brzeziński extraídas de un pasaje de *The Grand Chessboard* (1997): «los tres grandes imperativos orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana son impedir la colusión entre –y preservar la dependencia de– los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias y prevenir la unificación de los bárbaros» (Panitch and Gindin, 2004:2).

En efecto, allí donde el *establishment* capitalista ha sentido que sus intereses podían ser vulnerados por la corrección de la política democrática, ha predominado la justicia de mercado de forma irrevocable. Bastaría como hace Davidson repasar «las actividades antidemocráticas apoyadas y en algunos casos promovidas por Estados Unidos en los territorios más próximos, limitando nuestras consideraciones a los dirigentes elegidos cuyos nombres comienzan por la primera letra del alfabeto», es decir, Allende en Chile, Arbenz en Guatemala y Aristide en Haití para corroborar dicha afirmación (Davidson, 2013:19). En el primero de esos países se representó el primer acto de la historia del drama neoliberal, protagonizado por los catequistas de la escuela de Chicago y sus fieles reaccionarios chilenos. El incendio monetarista llevó a cabo la privatización del Estado, la represión política y social, así como una reversión de las políticas sociales reformistas. «Este es el lado inquisitivo de la economía de libre mercado» (Hudson, 2012:25). Pero, incluso allí donde las decisiones políticas pretendían reorientar la discrecionalidad de la «mano invisible» de los mercados «autorregulados», las instituciones financieras supranacionales, con su imperialismo encubierto, empleaban todo su arsenal ideológico para disuadirlas. Así por ejemplo, cuando a finales de la década de 1990 el Estado chileno decidió usar los recursos económicos ahorrados en un fondo de estabilización, creado en 1985, con el fin de corregir políticas excesivamente procíclicas inducidas por la bonanza exportadora del cobre, el FMI insistió en que no lo hiciera, basando su argumento en que se trataba de un «gasto deficitario». En consecuencia, y de acuerdo con Stiglitz, la economía chilena sufrió un acusado descenso del crecimiento. Pero también un espectacular incremento de la concentración de la riqueza que, al escribir esto, detenta un minúsculo 1 por ciento formado por élites empresariales que se apropian de un tercio del ingreso nacional (Stiglitz, 2016:195-196).

En términos generales, en la periferia del sistema capitalista las deficiencias económicas y políticas endógenas se combinaron con la crisis de la deuda, la «inflación galopante» y el monetarismo irracional del FMI y el BM, destruyendo «la mayor parte de los incentivos a la inversión industrial y al empleo público», canalizando «el ahorro nacional desde las actividades productivas hacia la especulación del suelo». En el continente latinoamericano «la obligada austeridad que impusieron los Planes de Ajuste Estructural en la década de 1980 redujo la inversión pública en sanidad y agua potable, acabando con el descenso de mortalidad infantil que se producía en aquel momento». El resultado «del ajuste estructural en África» produjo entre otros factores «la huida de capitales, el colapso de la producción, un descenso o un insignificante aumento de los ingresos por exportaciones, un recorte drástico de los servicios públicos urbanos, un aumento vertiginoso de los precios y una caída de los salarios reales» (Davis, 2014:114-115,200-201).

Una vez enterrado el proyecto desarrollista, los países del Sur global, con la excepción de los que pronto liderarían las curvas de crecimiento económico mundiales situados en Asia pacífico, de forma voluntaria o forzada adaptaron «sus economías a las nuevas circunstancias de la acumulación a escala mundial creadas por la reorientación de los flujos de capital hacia Estados Unidos». Probablemente las opciones de autonomía para los países neocoloniales siempre fueron ajustadas y controladas por la «jerarquía global de la riqueza» pero, como escribe Arrighi, «siempre hay algo que pueden llevar a cabo para aumentar (o disminuir) el bienestar de sus ciudadanos en un determinado nivel de pobreza o riqueza» (Arrighi, 2002:22,33). Pero la ironía histórica del «Consenso de Washington», que pretendía corregir las desigualdades globales a través de un «proceso de convergencia en la distribución del mercado», y cuyo apostolado miró con desprecio al keynesianismo de posguerra, es que dicha «convergencia» se produjo «exactamente al revés». Durante las primeras décadas del siglo XXI, y especialmente durante los años que siguieron a la Gran Recesión, los países de ingresos altos pertenecientes a la OCDE confluyeron con los de ingresos medios «altamente desiguales», como los de América Latina. «Esto significa –afirma sarcásticamente Palma– que este modelo de desarrollo en vez de incentivar a Latinoamérica a «europeizarse», ha llevado a la OCDE a «bananizarse». Seguramente hasta el mismo Marx podría haber pensado que el proyecto neoliberal era «cualquier cosa menos un desarrollo capitalista como tal; pero sea por la razón que fuese, la tendencia actual es vivir en un mundo al revés del prometido» (Palma, 2020).

Varios factores iban a minar severamente la autonomía económica de los Estados para escapar de la hegemonía de las potencias que controlaban a finales del siglo XX los sistemas financieros globales. El ascenso político del thatcherismo-reaganismo, el derrumbamiento del imperio soviético y el fin de las experiencias desarrollistas en los países

pertenecientes al Tercer Mundo, así como la asombrosa transformación de la China posmaoísta, hicieron converger al mundo en una economía cada vez más interdependiente y por ello mismo más vulnerable. Estos acontecimientos fueron decisivos y reconfiguraron drásticamente el mapa de la economía política mundial. En parte, fueron desencadenados por una acción política consciente y, en parte, fueron el desenlace inevitable de las contradicciones internas del sistema económico de posguerra. Una dinámica del orden mundial que en cierto modo reforzó la desintegración interna de la Unión Soviética, disolviendo las alternativas sistémicas al capitalismo realmente existente. Una vez que los restos de la revolución de Octubre fueron enterrados, la ofensiva de la derecha mundial fue mucho más flagrante.

### **Derrumbamiento**

El bloque soviético no se derrumbó por la acción directa del ascenso del programa neoliberal durante la década de 1980, aunque la dinámica de la economía mundial contribuyó a ello, y en cierto modo la política estadounidense actuó como un factor perturbador. Desde el interior, la implosión soviética no estuvo dirigida por «los románticos nacionalistas de las repúblicas no rusas», ni por «intelectuales democráticos de Moscú o Leningrado»; obedeció principalmente al extraordinario «fracaso de la acción colectiva» que desde la era de Stalin se combinó con los «acontecimientos políticos» precipitados durante los cuatro años que transcurrieron entre el inicio de la Perestroika en 1985 y la caída del muro de Berlín (1989). Durante ese periodo Mijaíl Gorbachov aprovechó sus «poderes supremos» para asegurar la continuidad de sus políticas, controlar «las redes internas de patronazgo» y el poder de la *nomenklatura* (Derluguian, 2015:148-149). En aquel momento ya era evidente la asombrosa brecha que separaba la retórica política de la Perestroika y la realidad económica subyacente. Los reformistas soviéticos tenían claro aquello que «deseaban abolir», sin embargo, la alternativa que perseguían inspirada en una «economía socialista de mercado» con un tejido industrial autónomo y viable, gobernado «macroeconómicamente por el centro de decisiones económico», no dejaba de ser «poco más que una frase». Como escribió Hobsbawm poco después del derrumbamiento, lisa y llanamente «los reformistas querían tener las ventajas del capitalismo sin perder las del socialismo» (Hobsbawm, 1995:478).

Económicamente, el sistema soviético «operaba con costes fijos muy altos», y sus gastos estructurales eran vastísimos. En palabras de Galbraith, «para producir cualquier cosa (o, en este caso, incluso para no producir nada) debían asumirse tales costes fijos». Naturalmente, la asunción fiscal de los costos era inevitable y debía de «pagarse sin importar si la producción llegaba a los consumidores» o, en todo caso, «si el consu-

midor quería o no tal producción cuando le llegaba». Pero también había factores exógenos que contribuyeron a la caída del Imperio soviético y estos, en cierto modo, se hallaban vinculados con la riqueza de sus recursos naturales y la «influencia política» que ante la mirada geopolítica de los «estrategas estadounidenses» estaba adquiriendo en Europa oriental; región a la que abastecía con sus reservas de petróleo y gas natural. Como se ha dicho ya, la estrategia del control del «tipo de interés mundial» que llevó a cabo Volcker «como arma contra el precio de un bien estratégico que Estados Unidos ya no controlaba: el petróleo», disparó la deuda mundial de los países de la periferia. Así fue como a finales de la década de 1980 los efectos combinados de la deuda (que frecuentemente se pagaba mediante el «desvío de recursos naturales a mercados exteriores»), los tipos de interés elevados y el descenso de los «precios de la energía a nivel mundial», contribuyeron a llevar a la Unión Soviética a su hundimiento. Cuando este se produjo, la producción industrial descendió en torno al 40 por ciento y la demanda interna de productos básicos, tales como el níquel, el acero y el gas, pero también el petróleo, se contrajo drásticamente. El cierre de fábricas siguió al drenaje de trabajadores y a la quiebra de los sistemas de salud y educación; se abandonaron las «inversiones básicas en vivienda e infraestructuras». «Los estándares de vida» se precipitaron al vacío, y la mortalidad creció de forma asombrosa, fundamentalmente debido a la «violencia y al abuso del alcohol». Una «nueva sociedad» había surgido: «más pobre, con mucha más desigualdad y dependiente de la explotación eficiente de los recursos naturales restantes» (Galbraith, 2018:53-54)<sup>9</sup>. Políticamente, la decadencia del comunismo occidental tras 1968 combinado con la «incapacidad de los dirigentes de la Unión Soviética» y de sus países satélites para «aceptar el desafío del programa de socialismo de rostro humano que se había planteado en la primavera de Praga, demostraron que su vocación revolucionaria había terminado» (Fontana, 2017:641).

Sin embargo, la pesadilla para los hombres y mujeres de aquel país no había concluido. Cuando la economía postsoviética rusa comenzó a recuperarse de la «demolición neoliberal» durante los últimos años de la década de 1990, «Estados Unidos reanudó de inmediato una estrategia de desestabilización de Rusia, debilitando su posición política e impidiendo la reconciliación con los Estados de Europa Occidental». Los oligarcas neoliberales, con el apoyo perpetuo de sus hienas mediáticas, no dudaron en afirmar que si la nueva Rusia no funcionaba adecuadamente, esto no se debía al correcto programa neoliberal introducido sin piedad en aquel

---

<sup>9</sup> Además, como ha escrito Therborn, «casi nadie ha caído en la cuenta de que la restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética se cobró más vidas que las guerras de Iraq y Siria combinadas» (Therborn, 2017:85).

país, ise trataba de la adopción de un capitalismo «equivocado» gobernado por una oligarquía corrupta! (Davidson, 2015).

Evidentemente, después del fin del socialismo errático de la URSS la historia *à la* Fukuyama no había finalizado. Lo que realmente sucedió fue que la versión fundamentalista del capitalismo neoliberal se halló liberada de la pesadilla del comunismo que como había escrito con extraordinaria lucidez Karl Kraus en los años 1920 suponía, al menos, «una amenaza constante sobre las cabezas de los que poseen riquezas». «Que Dios nos conserve para siempre el comunismo», decía cáusticamente Kraus, «para que esta chusma no se vuelva todavía más desvergonzada» (Fontana, 2017:641). Aunque la superioridad del capitalismo occidental era más que evidente ya en la década de 1960, el contraejemplo ideológico del socialismo soviético había permanecido gravitando como una pesadilla sobre las cabezas de los capitalistas occidentales. Cuando se derrumbó, la contrarrevolución neoliberal adquirió un poder ilimitado.

### **Contrarrevolución**

Con el ascenso del reaganismo-thatcherismo se dismanteló «el tejido industrial tradicional», se coartó al sindicalismo y al movimiento obrero y se limitaron todas las restricciones a la *reductio ab absurdum* del mercado autorregulado. El «brazo represor del Estado» se fortaleció y en general se extendió una «nueva filosofía social: la de la más descarada codicia». Se produjo un «desplazamiento de las inversiones desde el sector de la industria al de los servicios, las finanzas y las comunicaciones» (Eagleton, 2011:5). El espíritu rentista, enterrado por el programa reformista Smithiano y en general por los teóricos clásicos para «liberar las economías del legado» feudal, fue resucitado. El neoliberalismo alteró convenientemente la noción de libre mercado para dejar las puertas abiertas a los cazadores de rentas (Hudson, 2018:62-71). En la economía estadounidense de mediados de la década de 1980 «los servicios financieros (banca, sector inmobiliarios, publicidad y marketing) aportaron por primera vez una parte mayor de la renta nacional que los productos industriales» (Standing, 2017:38). Al finalizar la década de 1990 el número de trabajadores contratados por la industria manufacturera había descendido 2,5 millones con respecto a las cifras de 1979, a pesar de que el empleo en general en aquel país se había duplicado desde entonces. Detroit iba a dejar paso a Walmart y con ello reconfiguraría a la sociedad estadounidense hasta quedar irreconocible con respecto a su pasado industrial-fordista.

Un neoprottestantismo angloamericano inspirado «en el trabajo duro, la responsabilidad y el éxito» individuales, respaldado por la huera pero efectiva retórica política del partido republicano del «derecho de los individuos a conservar y gastar el dinero que ganan» como deseen, cautivó

no solo a los retoños de la Tercera Vía europea, como veremos, también a la vasta masa de población de las economías posindustriales cada vez más castigada por la deflación por deudas, la flexibilidad laboral y la devaluación salarial. Paradójicamente, la política económica que subyacía en esta neolengua no hacía más que desintegrar (léase privatizar) las bases del Estado Social de Bienestar de los *trente glorieuses*; o dicho de otro modo, proporcionó un grado de vulnerabilidad social que evocaba los años treinta del siglo XX. En el caso estadounidense la fiscalidad impositiva entró en declive, al menos para el gran capital: si en 1970 la recaudación fiscal podía alcanzar un 62 por ciento, dos décadas después había descendido veinte puntos porcentuales (Fontana, 2017:447). Durante los treinta años que precedieron al colapso financiero de 2008, esto es, desde el inicio de las políticas neoliberales, «el salario medio por hora de trabajo, ajustado a la inflación» se redujo algo más del 7 por ciento, al mismo tiempo que «la parte de los ingresos totales» que ascendían hacia la cúspide de la estructura social, es decir, lo que se denominó acertadamente como el 1 por ciento de la sociedad, no dejó de acrecentarse (Fontana, 2013a:932).

Un sector elitario que se benefició –y por supuesto participó activamente– de la radical reconfiguración de la política económica estadounidense, cuyas consecuencias, como era de prever, serían globales. Cuando Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal entre 1987 y 2006, «bloqueó los intentos de los miembros del consejo de frenar las prácticas de deuda deshonestas y puso a desreguladores al mando de unos organismos de supervisión que ya contaban con poco personal» (Hudson, 2018:270-271), el capitalismo occidental entró en una fase de desregulación y fraude cuyo único precedente en la historia podía hallarse en la «desigualitaria globalización comercial y financiera propia de la *Belle Époque* (1880-1914)». Una fase de la historia que, por cierto, solo podía ser calificada como «bella» si se comparaba con la terrible violencia desatada durante las guerras industriales que la siguieron (Piketty, 2019:14). La historia del capitalismo corrupto a la Greenspan selló el destino de los banqueros que quedaron protegidos de las veleidades de los tribunales de justicia: «Citigroup, JP Morgan Chase, Goldman Sachs y otros bancos pagaron miles de millones de dólares en multas corporativas para zanjar casos de fraude de cientos de miles de millones de dólares por parte de sus *managers*» (Hudson, 2018:271). Ciertamente, en el espíritu del capitalismo siempre había anidado el suficiente grado de interés individual o, por decirlo en los términos de James Mill «egoísmo racional»; sin embargo, parecía que el neoliberalismo estaba arrastrando al mundo hacia una versión extrema de la consideración de Mandeville consistente en la aparente conversión de los «vicios privados» en «beneficios públicos» (Hirschman, 2014:42,213). Si la codicia había existido en todas partes desde siempre, el sector financiero surgido de la contrarrevolución neoliberal constituye una «industria»,

donde la innovación es difícil de distinguir del retorcimiento o el infringimiento de las normas; donde los beneficios por actividades semilegales e ilegales son especialmente altos; donde el gradiente en conocimiento experto y pago entre las empresas y las autoridades reguladoras es extremo; donde las puertas giratorias entre ambos ofrecen oportunidades sin fin para la corrupción sutil y no tan sutil (Streeck, 2017a:92).

Durante la presidencia de Bill Clinton (1993-2001) se ampliaron irracionalmente las expectativas de los animales rentistas, sobre todo cuando el 11 de noviembre de 1999 su administración sancionó la *Gramm-Leach Bliley Act* (Ley de Modernización de los Servicios Financieros). Este nexo Estado-finanzas, por usar la acertada expresión de Harvey, significó un estímulo al capital ficticio y contó con el apoyo del Secretario del Tesoro Robert Rubin que en 1993 había descendido de las alturas de Wall Street, «como vicepresidente de Goldman Sachs», para asumir el cargo de director del Consejo Económico Nacional. Rubin encarnaba el nuevo espíritu del capitalismo forjado durante la década de 1990 «entre demócratas centristas y banqueros de inversión»: un nuevo *establishment* tecnocrático que con «mentalidad global» iba a «reconfigurar» hasta sus cimientos la economía política estadounidense. La Ley de Modernización abrió un espacio virtualmente ilimitado para la especulación y la codicia sin precedentes en la «historia de las finanzas» (Fontana, 2013:933a; Tooze, 2018), donde por usar un paralelismo con los años «felices» que precedieron al *crac* de 1929, «los más ricos se enriquecían mucho más deprisa que los pobres dejaban de serlo» (Galbraith, 1976:32).

Una década antes de la Gran Recesión el Subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos Lawrence Summers, un destacado apóstol del «modelo económico de los Estados Unidos», no pudo dejar de «reconocer las ironías del actual boom económico». En un discurso pronunciado ante un selecto público de ejecutivos de Silicon Valley afirmó: «un niño que nace hoy en Nueva York tiene menos probabilidades de llegar a la edad de cinco años que un niño nacido en Shanghai» (Brenner, 2006:3). Sin embargo, ¿por qué iban a ser alteradas estas condiciones después del colapso financiero de 2008 si los asesores económicos de la administración de Barack Obama fueron reclutados entre «los veteranos del Tesoro de Rubin»? (Tooze, 2018:37).

Ciertamente, los niveles de simplificación de la realidad no tenían límites. Amplios sectores del izquierdismo cosmopolita, seducidos por el culturalismo y la fiebre consumista, convergían con autores verdaderamente populares como Thomas Friedman que en su *The World Is Flat* (2005) observaba el mundo a través de las lentes exitosas de altos directivos, «genios tecnológicos y expertos de toda clase» para los que el impa-



rable progreso del mundo se fundamentaba en una combinación de libre comercio, propiedad privada y libre mercado (Harvey, 2017:63-65). Todo ello, bien aderezado por la aculturación global de la eficiencia y la innovación, la ley inflexible del neoprottestantismo laboral, el fetichismo tecnológico y la exclusión sin fisuras de cualquier proyecto colectivo. Los cuadros políticos y los movimientos sociales que mantenían ciertas suspicacias, cuando no disentían totalmente, con respecto al nuevo orden económico mundial, eran calificados peyorativamente como «ideológicos», mientras que la política centrista del estatus neoliberal decía ser absolutamente pragmática y por tanto postideológica. Sin embargo, su miopía, desde cualquier punto de vista, no podía ser más acusada.

A pesar de las evidencias derivadas de un sistema económico y político irracional, las guerras culturales predominaron en los campos de batalla mediáticos y políticos; como consecuencia, la gestión de la economía bajo el control de mando del *statu quo* neoliberal no fue impugnada debidamente. Buena parte de los sectores intelectuales y políticos progresistas se abstenían conceptual y empíricamente de las herejías económicas y de los conflictos distributivos como resultado directo de la lucha de clases. Persistía insistentemente «el estereotipo de intelectual izquierdista que mira por encima del hombro la actividad económica y concibe el mercado como algo sucio e inmoral» (Boldizzoni, 2013:19-22); consecuentemente, no lograban comprender que el capitalismo cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que no es otra que la perpetua búsqueda de beneficio. Paradójicamente, mientras que los cauces del debate político y académico se llenaban de inocentes conceptos como poscapitalismo, gobernanza, resiliencia, *inter alia*, fue el inteligente multimillonario Warren E. Buffett el que conversando un año antes de que estallara la Gran Recesión con el periodista Ben Stein acerca del sistema fiscal tributario estadounidense, un sistema que procuraba una mayor presión a sus empleados que al rendimiento de su capital, señaló que, efectivamente, había una guerra de clases, «but it's my class, the rich class, that's making war, and we're winning» (Stein, 2006).

Aunque el terremoto económico de 2008 puso al descubierto los factores perturbadores de las manipulaciones financieras que lo desencadenaron, no hubo signo alguno de rectificación política. Y, lógicamente, en el campo de batalla de la guerra de clases, la victoria continuó inclinándose a favor de los sectores elitarios. La gran esperanza para la nueva izquierda política encarnada en la figura de Barak Obama no solo fue decepcionante en cuanto a su gestión política, sino que siguió la trayectoria de sus precedentes en la Casa Blanca; por supuesto, mientras guardaba silencio con respecto a la agenda económica, su énfasis se desplazó a subrayar las políticas identitarias y los valores culturales (Hudson, 2018:390). A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales situados en la cúspide social, al tiempo que la «desigualdad social y los niveles de pobreza» no dejaban de

acrecentarse (Fontana, 2017:568-569). La recuperación económica estadounidense tras la hecatombe financiera se cimentó en la infame consolidación de la desigualdad: el 95 por ciento del crecimiento económico se concentró de forma escandalosa en el 1 por ciento más rico de la población, a la vez que se abandonó a su suerte a los titulares de hipotecas y al nuevo proletariado de aquel país bajo el timón de mando de Walmart y los ultrarricos del valle del silicio.

Debería quedar claro ahora por qué el magnate inmobiliario Trump que prometía despertar del letargo al sueño americano no tuvo dificultad en obtener la victoria presidencial. Como ha escrito Perry Anderson, «mientras Trump preparaba su llegada a la Casa Blanca, Obama le decía a la gente que ignorara los pronósticos sociales sombríos sobre el estado de la sociedad y paseara bajo el sol, mirara a sus hijos jugar y escuchara cantar a los pájaros, recordando cómo era la vida estadounidense normal». Así fue como se allanó el terreno desde la era Reagan para que las políticas neoliberales se extendieran en forma de privatizaciones de la provisión pública, desregulación de los sectores industriales y financieros, desintegración de los movimientos sindicales, inversión decreciente en los sectores productivos, así como su deslocalización hacia los bordes exteriores del capitalismo avanzado. Y todo ello se compensaba debidamente «por el reconocimiento de las reivindicaciones de género y multiculturales». Sin embargo, concluye Anderson, «El primero de esos paquetes ha sido mucho menos cuestionado que el segundo» (Anderson, 2019:93,98-99).

Por las razones precedentes, los analistas políticos e intelectuales (especialmente de izquierdas) que consideraban que la causa que subyacía tras el ascenso del capital financiero al pináculo de los dioses se debía principalmente a la «desregulación» de dicho sector, es decir, a la retirada del Estado como regulador y planificador de la economía, no habían entendido lo que Philips Abrams quería decir cuando afirmaba que el Estado es un «mito que convierte lo abstracto en concreto» (Abrams, 1988:69). El neoliberalismo no supuso una «retirada institucional» sino que, como han argumentado sólidamente Panitch y Konings, supuso la «expansión y consolidación de las redes de vínculos institucionales que sostenían el poder imperial de las finanzas estadounidenses». Y aunque la mayor parte de la literatura académica, especialmente después del «tratado de paz parsoniano» entre la sociología y la economía (Streeck, 2017a:291), afirmaba que el Estado y el mercado no «deberían» ser considerados como antagonistas irreconciliables, en general tendían a realizar análisis superficiales que concluían afirmando que «la expansión financiera» se debía sobre todo a la «atenuación del Estado» (Panitch and Konings, 2009). Al contrario, dicha expansión se basó en un arraigado consenso en torno al neoliberalismo en el que el Estado y el mercado habían formado un nexo indisoluble favoreciendo de ese modo el ascenso del capital

rentista. El asombroso volumen de dinero desembolsado entre el otoño de 2008 e inicios de 2009 con el fin de rescatar al sector financiero (*to big to fail*) de los países del capitalismo occidental que superó por cuatro décimas el equivalente al 50 por ciento del PIB mundial parece confirmar dicha tesis (Anderson, 2019:55). A pesar de la extraordinaria oferta de dinero que la política monetaria *quantitative easing* inyectó en la economía, tan solo un 20 por ciento se invirtió en alguna actividad productiva. El resto, como señala Harvey en *The Anti-Capitalist Chronicles* «was used to buy back stocks invest in asset values in the stock market or buy up natural resource assets (including land and property). So, it didn't to go anything productive» (Harvey, 2020). Particularmente en Estados Unidos después de la Gran Recesión la junta de la Fed y el Departamento del Tesoro acudieron sin objeciones al rescate de las «empresas en situaciones apuradas en tiempos de crisis», proporcionando además un «alud alucinante de obsequios a los bancos y entidades no bancarias beneficiadas por un total de 7,7 billones de dólares». Pero también se aseguraron de que los «beneficios del rescate no se extendieran al grupo análogo de prestatarios hipotecarios en peligro de perder su vivienda y a quienes las instituciones financieras rescatadas habían concedido los préstamos correspondientes». El resultado fue una depredación social sin precedentes que, además, suministró más capital a los codiciosos fondos buitres. Como afirmó Robert Brenner en «saqueo pantagruélico», el «*establishment* político bipartidista» estadounidense ha llegado «consciente o inconscientemente» a la dramática conclusión de que,

la única forma en que pueden asegurar la reproducción de las corporaciones no financieras y financieras, de sus altos directivos y accionistas, así como de los dirigentes de los principales partidos estrechamente conectados con ellas, es intervenir políticamente en los mercados de activos y en el conjunto de la economía con el fin de respaldar la redistribución de la riqueza hacia arriba por medios directamente políticos (Brenner, 2020:26-27).

Cuando se produjo el «asalto al Capitolio» el 6 de enero de 2021, de nuevo el *establishment* neoliberal manifestó una profunda consternación. No eran capaces de observar, ni siquiera superficialmente, la enorme brecha que separaba, desde hacía décadas, a una considerable parte de la sociedad del país con el mayor PIB del planeta, de la inmensa riqueza que el neoliberalismo había proporcionado a la segunda generación de *Robber barons*. Muchos observadores y comentaristas habían quedado incapacitados intelectualmente para establecer la correlación que existía entre la explosión de violencia social y la asombrosa cifra de pobres que había brotado en el país, y que según la ONU podía alcanzar en 2018 la escandalosa cifra de 40 millones de personas. El sueño americano se

había distribuido de forma anómala y en ocasiones para la gran mayoría de hombres y mujeres cuyas vidas transitaban entre subempleos precarios y el desempleo temporal o definitivo, terminó siendo una pesadilla. Como ha escrito elocuentemente Therborn, únicamente «el sida en África austral y la restauración del capitalismo en Rusia han tenido un impacto más letal que la polarización social producida en los años de auge económico de Clinton y Bush en Estados Unidos». Durante los diez años que precedieron a la Gran Recesión, la «esperanza de vida de los estadounidenses blancos sin título universitario se redujo tres años, y en el caso de las mujeres blancas de baja educación esta reducción superó los cinco años» (Therborn, 2015:17).

Una de las principales fuentes de empleo durante las primeras décadas del siglo XXI era proporcionada por la citada distribuidora global Walmart, si bien gran parte de sus trabajadores no podían sobrevivir con el salario percibido en «régimen de jornada completa», lo que los arrastraba de forma implacable a recurrir a la beneficencia de los «cupones para alimentos»<sup>10</sup>. Pero la irracionalidad del sistema podía llegar a extremos insospechados. Así, mientras ascendía la desigualdad existencial, la filantropía se colaba por las grietas abiertas en la política pública abandonada o, más preciso, guiada por los intereses particulares de la política bipartidista. Walmart tranquilizaba a la sociedad afirmando descaradamente que «sus bajos salarios» no debían de ser una preocupación, debido a que estaba inundando de millonarias «donaciones caritativas» el vacío público para la creación de nuevas escuelas, por supuesto, «disruptivas». Una buena forma de reemplazar, como ha escrito Phillips-Fein, «cualquier esfuerzo para construir un sistema de escuelas públicas más fuertes para todos» (Phillips-Fein, 2018). Curiosamente fue el hijo de un magnate al frente de una organización de munificencia el que objetó en un giro *brechtiano* que «The Charitable-Industrial Complex» mantenía la desigualdad irrevocablemente en el mismo lugar donde la había encontrado. Tal como escribió para los lectores del *New York Times*: «Se debe gastar dinero en probar conceptos que rompan las estructuras y sistemas actuales que han convertido a gran parte del mundo en un gran mercado [...] Pero mientras la mayoría de la gente se dé palmaditas en la espalda por actos de caridad, tenemos una máquina de pobreza perpetua. Es una vieja historia» (Buffet, 2013).

Pero la aculturación neoliberal ha sido extraordinaria, y al contrario de la demonización que los demócratas estadounidenses hicieron de la primera generación de *magnates ladrones* durante el último tercio del siglo

---

<sup>10</sup> En algún momento durante las dos primeras décadas del siglo XXI, es probable que algo más de 5 millones de estadounidenses vivieran en condiciones de pobreza absoluta, que la ONU calificó como «propias del tercer mundo». Véase, Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2018).

XIX, en las postrimerías del siguiente y muy especialmente en el actual se produjo un asombroso consenso en torno a los hombres y mujeres que con independencia del origen de sus fortunas, habían alcanzado el estatus de multimillonarios. Así, mientras la pobreza a nivel planetario se acrecentaba y las contradicciones de la crisis del capitalismo global se hacían cada vez más evidentes, el nuevo opio del pueblo había sido inoculado por el centrismo neoliberal y sus incondicionales instalados en universidades y medios de comunicación niveladores de opinión pública. Bajo el mando orwelliano de la utopía neoliberal todos debían pensar y actuar como empresarios en un mundo económico dinámico y flexible, inventivo y en constante mutación tecnológica. La codicia que antaño había sido condenada por la política laica se había transformado ahora en una virtud para millones de jóvenes que aspiraban a emular las ascéticas vidas de los nuevos ultrarricos cuyas fortunas habían sido amasadas de la noche a la mañana. Como había sucedido en el pasado, durante los años que precedieron al *crac* del 29, «la fe de los norteamericanos en la posibilidad de enriquecerse aprisa y sin esfuerzo gracias a la Bolsa fue cada día más firme» (Galbraith, 1976:38). Ingenuamente, o tal vez no, muchos observadores afirmaban que las viejas barreras a la libertad individual habían quedado obsoletas y que los «usuarios de Facebook, Twitter y WhatsApp parecían capaces de derribar regímenes totalitarios en todo el mundo». Sin embargo, los trabajadores al servicio de Uber o Amazon, auténticos estajanovistas con ridículos beneficios, representaban el único destino al que descendían hombres y mujeres que la política pública y los medios de comunicación denominaban ahora con el abstruso término de «emprendedores». Durante las primeras décadas del siglo XXI se hizo más evidente que nunca que la formidable economía globalizada estaba lanzado a la «papelera de la historia oficios y normas que la tecnología» dejaba obsoletos a una velocidad sin precedentes en la historia (Mishra, 2017:278-279).

La polarización económica precipitó la crisis política y está a su vez una profunda crisis social. Una polarización que podía observarse, por ejemplo, en la expansión de ciudades estadounidenses (casi 600 durante la segunda década del siglo XXI) que habían brotado bajo la protección de los nuevos «barones ladrones posindustriales» dedicados a la especulación inmobiliaria, a los fondos de inversión, a los casinos y a «servicios ligados a los ejércitos privados y la usura en cadena». Ciudades que ofrecían un nítido ejemplo de la nueva América republicana de piel blanca y «enfáticamente evangélica». También se podía observar nítidamente el incremento de la desigualdad ante la asombrosa «gentrificación rural», especialmente en el centro y sur del país. Allí, habitantes de rentas media y alta procedentes de grandes urbes fueron creando un particular mundo más «parecido al Off World de *Blade Runner*» que a las tradicionales urbanizaciones de clase media que surgieron durante los años 1990. El éxodo hacia ese mundo fue consolidando los «nuevos patrones de segregación ra-

cial y política» del siglo XXI (Davis, 2021). Difícilmente si los analistas tenían la suficiente capacidad intelectual para observar estos procesos pudieron reducir de forma taxativa la exaltación social que se había extendido por la calles de aquel país a una ciudadanía virtualmente analfabeta y «populista», seducida por la retórica del estólido magnate Trump y sus cuadros políticos<sup>11</sup>. No cabe duda, allí donde la ciudadanía ha quedado huérfana de los resortes institucionales básicos y donde la política de la procrastinación ha favorecido los intereses de una minoría plutocrática, las formas de exaltación violenta adquieren visos que abarcan desde el racismo a la xenofobia, el suicidio o cualquier otra forma de degradación humana. ¡La anomia durkheimiana había regresado al corazón del capitalismo!

### **Trahison en Europa**

Pero las elites europeas, como sus homólogos estadounidenses, tampoco desearon mantenerse al margen de los monumentales beneficios personales que podían adquirirse con la consolidación de políticas de perfil neoliberal. La Fed y el Departamento del Tesoro estadounidense tendrían sus instituciones análogas en la Comisión Europea y en el Banco Central Europeo (BCE). El espíritu político fundacional de la Unión Europea se desvanecía en favor de una ilusión económica que parecía servir incondicionalmente al *establishment* global. La estatura política e intelectual de los sucesores de Adenauer, Schuman, o De Gasperi, e incluso de Mitterrand, iba a disminuir abrumadoramente. Mientras los fundadores del proyecto europeo imaginaron «un mercado común como el primer paso hacia la unificación política, no como un acto de sumisión a los intereses financieros», el «centrismo extremo» de Tony Blair, que sirvió de inspiración a Hollande, Renzi o a la canciller Angela Merkel, se basó en «la mentira, el oportunismo y el arribismo político» (Traverso, 2016). Eric Hobsbawm, como en tantas ocasiones, observó con notable antelación que a pesar de que el «estatus político internacional de la nueva Unión Europea aspiraba a tener un programa político común», no fue sin embargo capaz de conseguirlo, «salvo en cuestiones económicas»

---

<sup>11</sup> La vulgata mediática que reduce la irracionalidad de las masas exaltadas a un déficit educativo, debería modular sus argumentos y no desconocer, como escribe Fontana, la «baja calidad intelectual» de la representación política. Por citar solo algunos ejemplos, el congresista republicano hasta 2015 Paul Broun, «miembro del Comité de ciencia, espacio y tecnología del Congreso» y doctor en medicina, afirmó «públicamente que la evolución, la teoría del Big Bang y la embriología son mentiras que salen directamente del pozo del infierno». El congresista John Shimkus, miembro de un subcomité de Cambio Climático, afirmó en 2009 que la «Tierra solo acabará cuando Dios lo decida»; de la misma guisa, Joe L. Barton, vinculado al lucrativo negocio petrolífero, se mostró receloso de la energía eólica porque, según sus palabras, «es el medio con el que Dios controla el calor y las turbinas frenarían el curso del viento» (Fontana, 2013b:32-34).

(Hobsbawm, 1995:552). Los euroescépticos, al menos desde Maastricht (1993), sabían que la balanza entre los anhelos democráticos de la ciudadanía política y el rendimiento del capital, se inclinaría casi siempre a favor de este último. Como ha escrito Jean-Luc Gréau en *La Trahison des économistes*, gran parte de las «instituciones europeas» fueron colonizadas por «representantes y discípulos del modelo angloamericano» devotos al programa neoliberal. Pero el entusiasmo de ciertos sectores de «funcionarios europeos» por el nuevo credo hayekiano les llevó incluso a «sobrepasar a ingleses y estadounidenses en términos ideológicos» (Grahl, 2011:50).

Un modelo híbrido entre el conservadurismo thatcheriano y la gestión empresarial de la Tercera Vía se había filtrado por las grietas de la política europea, alcanzado a buena parte del izquierdismo social y político. El partido del Nuevo Laborismo de Tony Blair en Gran Bretaña, el Partido Socialista francés de François Hollande, o el partido PASOK de Grecia con George Papandréu bajo su dirección, constituyen algunos ejemplos del giro político que desplazó cualquier alternativa económica o financiera a la «privatización, a la austeridad o a la desviación de la presión fiscal desde el sector FIRE [financiero, inmobiliario y aseguradoras, por sus siglas en inglés] a la mano de obra». Incluso los cuadros políticos de izquierdas que habían presentado cierta ofensiva a los programas antidemocráticos de austeridad fiscal y privatización, parecían haberse quedado sin alternativas políticas o, al menos, eran muy limitadas. Una regresión que pudo verse con nitidez cuando la «troika» lanzó su «guerra financiera totalitaria» contra Grecia después de que el partido de izquierdas Syriza ganara las elecciones en enero de 2015 y, finalmente claudicara ante el extremismo de la cúpula financiera de la eurozona. Si para algunos representantes de la izquierda, después de la rendición, la alternativa al totalitarismo financiero era la anarquía, como fue el caso del líder del partido Syriza, Alexis Tsipras, para otros el capitalismo no podía ser todavía sustituido por un impreciso programa socialista (Hudson, 2018:387, 389-390, 637). Como admitió uno de los principales portavoces del izquierdismo europeo, Yanis Varoufakis: «no estamos listos para cubrir con un sistema socialista en funcionamiento el abismo que se abriría con el colapso del capitalismo europeo» (Davidson, 2015:109-110).

De hecho, el momento de euforia especulativa de la década 1990 generó un ambiente político intolerante al disenso, una actitud que al parecer permaneció escasamente alterada. «Ni el alcalde más de izquierdas de Londres» pronunciaría «una palabra contra las efervescentes actividades en las que se emplea la población de la City», escribía con la debida causticidad Gréau<sup>12</sup>. Y continúa: «La ciudad de Londres y toda la región,

<sup>12</sup> Conviene recordar que «durante el periodo de entreguerras, pese a toda su cháchara sobre la eutanasia del rentista, fue Keynes quien siguió considerando la City no solo vital

puede que incluso Inglaterra entera, se han convertido en tributarios económicos [de los mercados de valores secundarios]» (Grahl, 2011:49). El programa político presentado por el Partido Laborista británico durante las elecciones del 12 de diciembre de 2019 puede servir de ejemplo para reforzar dichas afirmaciones. La propuesta política que dirigió el entonces líder del partido Jeremy Corbyn, inspirada en una combinación de *New Deal Green*, recuperación de empresas públicas privatizadas durante la escalada ultraliberal, así como un incremento considerable del gasto público, recuperando impuestos perdidos de los que se beneficiaban algo más de un centenar de ultrarricos del modelo de economía rentista británico, fue considerado como un programa excesivamente radical a ojos de la prensa liberal. Y sin embargo, como ha escrito Michael Roberts, solo recuperando el «control de lo que solía llamarse los puestos de mando de la economía», es decir, bancos, aseguradoras, fondos de pensión y empresas estratégicas manufactureras, así como la industria energética y otros sectores productivos, podría el país reunir las condiciones básicas para restaurar una economía que ha producido niveles de desigualdad de riqueza e ingresos similares a los de la Gran Depresión (Roberts, 2019). Y es que la decadencia de la quinta economía más grande del mundo, desde cualquier perspectiva, ha sido abrumadora. Mientras que por sus alcantarillas transcurrían hacia el Támesis los residuos del mayor consumo de cocaína de Europa (*The Guardian*, 2015), aproximadamente 14 millones de personas sufrían los estragos de la pobreza (ONU, 2019).

Cuando las contradicciones internas del keynesianismo se combinaron con el correctivo neoliberal, el modelo económico del antiguo Imperio británico colapsó. Los efectos combinados de la desindustrialización, la «hipertrofia de los servicios financieros y comerciales», la enorme desigualdad regional, la devaluación salarial, o el extraordinario aumento de los precios de los bienes básicos como la vivienda y la educación o la salud privatizadas, terminaron en la crisis bancaria de 2008 para dejar paso a la «imposición de la austeridad para contenerla». Sin embargo, esta tuvo como consecuencia inmediata la «convulsión del Brexit» y con ella se vio en el horizonte la posibilidad de un descenso del PIB británico «potencialmente mayor» que en cualquier época precedente (Anderson, 2020). Pero la decadencia no solo afectó a la *Union Jack*, o a Grecia, era perfectamente observable por todo el solar europeo, como resultado directo del irracional mimetismo de las fracasadas políticas neoliberales del mundo angloestadounidense.

---

para impulsar la economía global (ningún otro centro podía ofrecer su combinación única de capital de inversión, finanzas comerciales, seguros y otros servicios), sino también para asegurar el liderazgo de Gran Bretaña como gran potencia junto a Estados Unidos, la cual contaba además con una moneda internacional independiente» (Anderson, 2020:77).



En primer lugar, al menos desde el citado Tratado de Maastricht ratificado durante el espejismo posmoderno de los años 1990, el proyecto común europeo había enterrado el reformismo inspirado en la socialdemocracia clásica. La política pública europea ya no se escribía en los términos de Bernstein, ni siquiera de Keynes, sino en el compromiso de mercado de Hayek. *A fortiori*, la austeridad fiscal, esto es, la «reducción progresiva del gasto público y la privatización de las infraestructuras» (Hudson, 2018:405-407), se combinaría con una integración monetaria que iba a agravar tendencias regionales de tintes políticos, económicos y socioculturales preexistentes, especialmente en los que pronto serían calificados como países deudores del Sur. Esta integración regional puramente economicista que supuso la abolición de las monedas nacionales conllevó, entre otros factores, una renuncia a la devaluación como instrumento monetario para mejorar la situación económica. De este modo, «enmarcado plenamente en el programa neoliberal, el euro impidió que una importante variante del libre arbitrio político se inmiscuyera en la constitución del mercado común» (Streeck, 2016:167). Para muchos analistas, era evidente que la legitimación de la democracia se hallaba en una situación peliaguda, especialmente cuando la soberanía de los respectivos parlamentos de los Estados nacionales de la Unión había sido limitada por el poder ejecutivo de Bruselas.

Pero además, el corrosivo neoliberal había barrido la memoria política y colectiva acerca de las desastrosas consecuencias sociales del periodo de entreguerras. Los partidos que decían estar a la izquierda del espectro político no recordaban, o no deseaban hacerlo, las palabras de un lúcido economista escritas en 1943: «la lucha de las fuerzas progresistas por conseguir el pleno empleo es al mismo tiempo la de prevenir la recurrencia del fascismo» (Kalecki, 1943:6). Durante los años que siguieron al colapso financiero de 2008, los efectos combinados de la retirada de las fuerzas progresistas y el fortalecimiento del poder financiero gracias a las políticas centristas y pragmáticas de los bloques políticos tradicionales, provocaron un incremento asombroso de la pobreza y un renacimiento de partidos políticos de extrema derecha. Como pudieron leer con asombro los lectores de los informes de Naciones Unidas, cuando habían transcurrido algo más de diez años desde la Gran Recesión, el 21 por ciento de la población del viejo continente, es decir, algo más de 92 millones de personas, vivía en la pobreza (casi 20 millones de niños y niñas se hallaban en ese dramático estado). En España, cuarta economía de la eurozona según los estándares convencionales, con anterioridad a la propagación de la pandemia global de 2020, la pobreza y la exclusión social afectaban al 26,1 por ciento de su población (ONU, 2020). Como consecuencia, se produjo un resurgimiento de la derecha radical, virtualmente latente entre los sectores afines al aznarismo. El partido ultraderechista VOX, a través de una retórica especializada en el retorno al pasado, especialmente al franquista, pretendía dar respuesta a los perdedores, o a los que se consideraban

víctimas, de la globalización neoliberal. La depresión que lanzó al abismo a Grecia y que duplicó su tasa de pobreza entre 2009 y 2012 (esto es, cuatro de cada diez griegos), provocó un fortalecimiento electoral del partido de extrema derecha Amanecer Dorado. Fundado en 1985 por fanáticos que decían anhelar el nefasto periodo de la Dictadura de los Coroneles (1967-1974) adquirió una representación insospechada durante las elecciones de 2014, situándose como tercera fuerza política en el parlamento heleno hasta que en 2020 fue declarado una organización criminal por el Tribunal de Apelaciones de Atenas, dejando a sus bases escindidas en partidos afines a la ultraderecha. En Hungría, la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa», provocó que este país de la *Mitteleuropa* tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», lo que generó irremediablemente una reacción nacionalista que contribuyó dos años después a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara (Durand, 2019:224). En una Francia posindustrial y con un sorprendente crecimiento de barrios periféricos llenos de jóvenes sin futuro, la fuerza que adquirió el partido político Frente Nacional (a partir de 2018 pasó a denominarse Agrupación Nacional) no fue un hecho accidental de la historia. Como tampoco lo fue el ascenso imparable de partidos nacionalistas en Austria, Polonia y el Partido por la Independencia de Reino Unido. Todos ellos constituyen algunos de los ejemplos que surgieron de los escombros neoliberales en Europa, como consecuencia directa de la «ausencia de una alternativa socialista a la financiarización bajo el *dirigismo* del BCE y del FMI» (Hudson, 2016:345,352).

En segundo lugar, la decadencia europea también estuvo marcada por la profundización del «efecto polarización» hirschmaniano, relacionado con la citada integración asimétrica de los Estados miembros. «Los desequilibrios comerciales surgen en una economía unificada cuando los costes relativos son fijos y una región –el centro– tiene ventajas comparativas respecto a otras». Alemania había adquirido ese estatus central en Europa y, por tanto, redujo a los países de la periferia a variables dependientes de sus manufacturas y de su poder (Galbraith, 2018:198-199), dentro del entramado jurisdiccional construido para favorecer la justicia de mercado. Por ello, no fue un hecho fortuito que los denominados países PIIGS (por sus siglas en inglés, Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) se vieran atrapados por la pesada carga del endeudamiento financiero; este hecho se debió en parte «a su mala gestión de la crisis, pero también porque sus economías eran particularmente vulnerables al colapso del crédito y al repentino declive de los mercados inmobiliarios y del turismo (financiados en gran medida por el capital especulativo del norte de Europa)» (Harvey, 2016: 226). Una serie de

efectos nocivos para estas economías que respondían, sin duda, a la ausencia o debilidad de sus bases industriales, como las que sí disponía la economía alemana.

De este modo, los Estados miembros de la eurozona entraron en un proceso de contradicciones internas difícilmente resolubles. Al mismo tiempo que debían continuar haciéndose cargo de los estabilizadores sociales del Estado de Bienestar keynesiano, debían aplicar el corrosivo neoliberal que en la práctica política suponía una privatización, es decir, un despojo permanente de los derechos sociales adquiridos. La democracia estaba ahora dirigida por la mano visible y experta de la gerencia bancaria, abstrusa para el común de los mortales pero que, sin embargo, podían sentir en sus cuerpos: «aumentos de la productividad y la competitividad con flexibilización del mercado laboral, salarios más bajos, ampliación de la jornada de trabajo, mayor participación en el mercado laboral y remercantilización del Estado de Bienestar» (Streeck, 2016:167).

En tercer lugar, y este fue un factor que afectó prácticamente a todas las economías occidentales y sobre el que volveremos más adelante, nadie fuera del cada vez más minoritario *statu quo* escapaba de la servidumbre por deudas. Las clases medias dejaron de ser identificadas por su filiación laboral y fueron juzgadas en relación a las posibilidades de consumo (Therborn, 2020), siempre estiradas gracias a tasas de interés decrecientes de un crédito presumiblemente ilimitado. A lo largo de la escalera descendente de las clases medias que conducía hacia el piso bajo de la deflación por deudas se encontraban, irrevocablemente, la deuda hipotecaria, «créditos de estudios para acceder a la educación necesaria para conseguir un buen empleo, un préstamo para el coche con el que ir al trabajo y una deuda de tarjeta de crédito solo para que el deudor pueda mantener su nivel de vida mientras va hundiéndose en el pozo» (Hudson, 2018:49,402). Desde la década de 1990 en países con economías tan dispares como Hungría, Suiza, Alemania, España, Grecia, Islandia o Portugal, los ingresos de la *middle class* «aumentaron un tercio menos que el ingreso promedio del 10 por ciento más rico». Unos ingresos decrecientes que se fueron ajustando con un drástico incremento de los precios de los bienes básicos del «estilo de vida de la clase media» (Carrillo, 2020a). El precio de la vivienda creció hasta «tres veces más rápido que el ingreso medio de los hogares» durante las dos últimas décadas. Lo mismo podía afirmarse con respecto al acceso a recursos públicos esenciales de salud y educación. La clase media ya no podía ser considerada como el «centro de gravedad económica» del que había disfrutado durante todo el periodo de expectativas y seguridades efectivas de los años dorados del capitalismo Occidental. Las certidumbres económicas, laborales, y en última instancia existenciales de los *baby boomers* se desvanecían en el territorio líquido de los *millennials*. Ahora, uno de cada seis trabajos de «ingresos medios» se hallaba amenazado por un «alto riesgo de automati-

zación». Los gastos superaban a los ingresos en algo «más de uno de cada cinco hogares» identificados con la ambigua etiqueta de clase media. Y, por su parte, el «sobrendeudamiento» era superior para los ingresos medios que para aquellas clases sociales de «ingresos bajos y altos» (OCDE, 2019:13-14,24).

Las consecuencias de la extraordinaria decadencia en las regiones industriales de Occidente, cuyas poblaciones habían sido resguardadas de la pobreza durante un tiempo por las políticas sociales del Estado de Bienestar y por un crédito virtualmente ilimitado, estallaron durante las primeras décadas del siglo XXI. La estabilidad laboral y la precisión de la división técnica del trabajo dejaron paso a un mundo flexible de trabajadores emprendedores subempleados o autoempleados en un deprimido sector servicios. La fábula de la meritocracia de las sociedades contemporáneas parecía desvanecerse ante la cruda realidad que había impuesto el pragmatismo político.

Pero su dramática situación estaba convergiendo, como veremos, cada vez más con la depresión de las «clases medias emergentes del Sur global» que al parecer, como ha escrito Therborn en un análisis comparativo, se estaban precipitando peligrosamente hacia la «vorágine de la desigualdad capitalista» (Therborn, 2020). Una convergencia predecible para muchos observadores inteligentes. La contrarrevolución neoliberal, «liderada por las élites en el poder de los países desarrollados, muy presionada por los mercados financieros, las grandes cadenas de venta al por menor y las multinacionales más poderosas», inculcó convenientemente en el cuerpo político y mediático el deliberadamente ambiguo «proyecto de libre mercado». El turbocapitalismo estadounidense, flanqueado por sus incondicionales robots intelectuales, se lanzó a una nueva aventura imperialista consistente en «aculturar a las poblaciones atrasadas para lograr que aceptaran las normas económicas y culturales de Norteamérica» (Grahl, 2011:42). ¿No terminaron, acaso, las televisiones locales de cualquier país del mundo colonizadas «prácticamente por completo por shows norteamericanos importados»? Actualmente, argumenta Jameson, no quedan «enclaves, ni estéticos ni de ninguna clase en los que no impere la forma mercancía» (Jameson, 2013:511-512). Y, como sabemos, esta ha sido la forma política y cultural de expansión económica del capitalismo secular, tal como habían escrito Marx y Engels en el presciente *Manifiesto*: «mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción y los inmensos medios de comunicación facilitados, la burguesía conduce a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, a la civilización». Esto es, «crea un mundo a su propia imagen» (Marx y Engels, 2011). La nueva división del trabajo adquirió una fisonomía transnacional, desintegrando las antiguas formas de trabajo, no solo en los tradicionales cinturones industriales del núcleo del capitalismo avanzado, sino también en los países de la periferia, donde los ejércitos de

trabajadores procedentes de las zonas rurales, o de las nuevas ciudades-empresa, terminaron fabricando la enorme masa de productos que saturaba a los mercados globales. Los denominados «países emergentes» y, sobre todo, la impresionante potencia económica del país más poblado del mundo, China, adquirieron un papel insoslayable en esta nueva reestructuración del sistema mundial.

### **Xiaokang**

El gigante asiático continuaba enarbolando la bandera comunista como lo hacían Cuba, Laos o Corea del Norte muchos años después de la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, también era «universalmente reconocido, incluso por el Departamento de Economía de Chicago, como uno de los centros más dinámicos del capitalismo global». Por ello los enfrentamientos entre comentaristas políticos e incluso figuras intelectuales que tendían a interpretar la nueva hegemonía mundial de China en términos estrictamente ideológicos, como replicantes nostálgicos de la Guerra Fría, eran abiertamente banales. De hecho, con frecuencia se asemejaban a los términos mecanicistas y deterministas típicos de las interpretaciones teleológicas de la historia. Puede parecer un «signo relativamente trivial», escribe Davidson, el hecho de que el académico que sentenció el «fin de la historia» con la caída del Imperio soviético, Francis Fukuyama, haya sido una inspiración para los altos cargos del Partido Comunista Chino que disponían de una edición privada de su obra *Political Order and Political Decay* (2014).

Previsiblemente, el extraordinario crecimiento económico que estaba situando a China como el nuevo centro de gravedad geopolítico global desencadenó ardientes debates acerca del modelo de desarrollo que había guiado al Partido Comunista chino. En *Adam Smith in Beijing* (2006) Arrighi planteó una interesante perspectiva dual y convergente del debate con claras reminiscencias políticas. Por un lado, mantenía cierta suspicacia con aquellos sectores intelectuales de la izquierda que veían en el modelo chino una variación del neoliberalismo con «características chinas». Por otro, en el «extremo ideológico opuesto» se hallaba el apostolado institucional del «Consenso de Washington», es decir, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los bonos del Tesoro estadounidense y británico, «respaldados por medios de opinión como el *Financial Times* y *The Economist*». Si los primeros, decía Arrighi, ofrecían argumentos a favor de equiparar a Reagan con Deng Xiaoping como «great fans of the neo-liberal guru Milton Friedman», los segundos al analizar el decrecimiento de la desigualdad global no podían excluir de sus estadísticas el asombroso crecimiento de China desde la década de 1980 (sobre todo porque cuando lo hacían la tasa de desigualdad ascendía severamente). Para gran parte de la derecha política o al menos para sus ideólogos, estaba claro que China había abrazado sus prescripciones. Sin embargo,

Arrighi concluía acertadamente que dicha afirmación no se verifica con la «larga serie de desastres económicos que la adhesión real» al Consenso de Washington había provocado en el África Subsahariana, América Latina y la antigua Unión Soviética (Arrighi, 2006:353-354).

Ahora bien, el asombroso proceso de mercantilización de todas las esferas desde la productiva hasta la cultural durante la era reformista de Deng Xiaoping iniciada el 18 de diciembre de 1978 –coincidiendo con el giro neoliberal en Estados Unidos y Gran Bretaña–, no constituyó un asunto trivial; así como tampoco China podía calificarse de forma estricta como «socialista». La sociedad armoniosa, o *xiaokang*, el inocente término con el que Deng abrió su programa de modernización que teóricamente pretendía satisfacer todas las necesidades de todos los ciudadanos de aquel país, iba a tener consecuencias dispares, tal como veremos. En cualquier caso, no podían equipararse las consecuencias del capitalismo de Estado de la década de 1980, con una cierta autosuficiencia del mercado doméstico, una revitalización del mundo rural y un crecimiento industrial, con los años que siguieron a la década de 1990, es decir, cuando se produjo «la mayor afluencia de capital extranjero» (Harvey, 2007:131,166). Probablemente, como arguye Arrighi, el principal atractivo para los inversionistas no fue el enorme ejército de reserva de mano de obra de la República Popular China, sino la «alta calidad de esas reservas –en términos de salud, educación y capacidad de autogestión–, en combinación con la rápida expansión de las condiciones de oferta y demanda para la movilización productiva». Una predisposición humana, normativa e institucional que según el economista se gestó bajo unas condiciones encarnadas en una tradición histórica dual: *indigenous traditions* y una «tradición revolucionaria» que dio origen a la China posmaoísta. «El capital extranjero intervino tarde en el proceso, sosteniéndolo en algunas direcciones pero socavándolo en otras» (Arrighi, 2006:351). *Pace* Arrighi, a pesar de todo, pocas objeciones se pueden plantear a las palabras de la ensayista Wang Chaohua:

Si desalojan a los aldeanos de sus hogares por los embalses del Yangzi, o a los pastores de sus pastos en Mongolia Interior, todo se hace por la causa del mayor bien «socialista». Ahí se encuentra la utilidad positiva del discurso del socialismo con características chinas para enmascarar lo contrario de los principios que supuestamente defiende (Davidson, 2015:107).

En términos sociales, dice lacónicamente Therborn, «la extraordinaria desigualdad generada en China durante los últimos treinta y cinco años (tan diferente de las trayectorias igualitarias y de crecimiento rápido de Japón, Corea del Sur y Taiwán) hace insostenible la imagen de sí misma como una sociedad armoniosa» (Therborn, 2014:15). De hecho, mientras

los altos cargos del Partido Comunista leían a los gurús del *establishment* neoliberal, autocomplacientes con las ventajas del socialismo con características chinas, muchos jóvenes de la *Gen Z* frustrados ante unas expectativas de futuro decrecientes con respecto a las de sus progenitores, afectados por una reducción de las oportunidades económicas y exhaustos por las largas jornadas de trabajo, optaron por refugiarse en la lectura de las obras de Mao Zedong (Yuan, 2021). Como en tantas ocasiones en la historia, cuando el presente no ofrece las expectativas anheladas y se carece de contraejemplos ideológicos, se gira el rostro peligrosa y anacrónicamente hacia un pasado estilizado y moralizante. Y es que el fracaso estrepitoso del comunismo en cualquiera de sus versiones lo convirtió en un aliado natural del capitalismo neoliberal. Así lo ha entendido también Piketty:

El hecho de que el poscomunismo (en Rusia, en China y, en cierta forma, en su versión de Europa del Este, con las debidas diferencias entre estos tres casos) se haya convertido a comienzos del siglo XXI en el mejor aliado del hipercapitalismo es la consecuencia directa de los desastres comunistas estalinista y maoísta, así como del abandono de cualquier ambición igualitaria e internacionalista que se derivó de su fracaso (Piketty, 2019:22).

Sin embargo, la imagen no del todo precisa de una «China imperialista» ha sido proyectada tanto por la derecha estadounidense (y su secular pavor al comunismo), como por sus devotos medios de comunicación. «Incluso algunos observadores de izquierdas han argumentado acriticamente que China se ha convertido ahora en el enemigo número uno de la clase trabajadora mundial». La mezquindad de tales argumentos, sin embargo, sirve para encubrir la ideología pero no la realidad de la larga historia de hostilidad imperialista desatada globalmente por Estados Unidos; pero también el compromiso político plutocrático del bipartidismo de la Casa Blanca por hundir a su propia clase trabajadora (Xu, 2021). Ahora bien, esto no significa que en la economía política china el neoliberalismo fuera una influencia de baja intensidad. Retrospectivamente, las consecuencias de la neoliberalización china comenzaron a observarse más o menos al mismo tiempo que en Europa, Estados Unidos de Norteamérica y en el desintegrado Imperio soviético, cuando todos comprometieron su destino con el sector financiero en la década de 1990. Durante la tercera sesión plenaria del Undécimo Congreso del Comité Central del Partido Comunista Chino, celebrada en diciembre de 1978, Deng Xiaoping anunció el programa de las Cuatro Modernizaciones, abriendo desde entonces, como ha escrito Davidson, una «importante grieta que se convirtió en grandioso portal de acceso a la era neoliberal». Tal vez pueda parecer un acontecimiento simbólico, pero en su famosa «gira por el Sur» iniciada en Wuhan en 1992, un anciano Deng

presumiblemente satisfecho de la asombrosa transformación que los programas de modernización habían operado en el país, realizó una proclama sin duda extravagante para un líder comunista, a saber, «hacerse rico es glorioso» (Davidson, 2013:879).

Y lo fue, especialmente para el capital transnacional «fuertemente invertido en las principales corporaciones de China». En el año de la Gran Recesión una de las estrellas *Forbes*, Warren Buffet, había invertido unos 500 millones de dólares en China National Petroleum Corporation, la «quinta empresa productora de petróleo más grande del mundo», cuyo poder no quedaba limitado al vasto territorio asiático. Desde los primeros años del siglo XXI fue evidente que la asombrosa y compleja «fusión entre empresas chinas y transnacionales y el capital financiero» contradecía cualquier argumento a favor de variedades de capitalismo dentro del nuevo e inextricable orden global. Como ha escrito William Robinson «los bancos transnacionales se convirtieron en accionistas minoritarios de las principales instituciones financieras chinas y, a la inversa, los bancos chinos invirtieron en instituciones financieras privadas de todo el mundo» (Robinson, 2014a:41-42). Ahora bien, varias matizaciones deben ser introducidas con respecto a la neoliberalización del gigante asiático.

En primer lugar, durante las turbulencias provocadas por la crisis económica en Asia Oriental entre 1997 y 1998, el país no se sometió a la «terapia de choque» promovida por el Consenso de Washington. La creencia dogmática en los «mercados autorregulados» que el *establishment* neoliberal creía haber leído en Smith no fue adoptada por los planificadores chinos. De hecho sabían que, como había escrito el padre del liberalismo, allí donde «vastos sectores de la economía» se habían visto perturbados, el cambio no debía nunca ser introducido «de repente, sino de forma lenta, gradual y después de una advertencia muy prolongada» (Arrighi, 2006:43-44). De ese modo, una regulación macroprudencial y expansionista (contrariamente a las recomendaciones del FMI) hizo que su tasa de crecimiento durante la crisis asiática oscilara entre un 7 y 10 por ciento (Stiglitz, 2016:59). En segundo lugar, las virtudes de ese crecimiento económico fueron distribuidas entre amplias capas sociales, especialmente entre las poblaciones de los núcleos urbanos y de las ciudades costeras por las que el capital financiero se había filtrado desde inicios de la década 1990; primero desde el caótico y empresarial Hong Kong, después desde de los principales centros del capitalismo global, desde Japón a Corea del Sur y, por supuesto, desde Estados Unidos. Diez años después de que Deng ensalzara la riqueza personal y no viera en ello contradicciones con los postulados del comunismo, en torno al 40 por ciento del PIB chino correspondía a la inversión extranjera directa. Aunque todavía a mediados de 1990 solo un 10 por ciento de los hombres y mujeres de aquel país podía ser calificado con la etiqueta de clase media (en una población que superaba los 1.000 millones), sin duda suponía una



proporción nada desdeñable para estimular el consumo del mercado doméstico e inundarlo de «automóviles, teléfonos móviles, DVD, televisores y lavadoras, así como también centros comerciales, autopistas y viviendas» (Harvey, 2007:149-150). Lo cierto es que para aquellos que todavía conservaban viva la memoria, sabían que antes de que el comunismo tomara el poder en 1952, «el chino promedio vivía básicamente con medio kilo de arroz o de cereales al día, consumía menos de 80 gramos de té al año, y adquiriría un nuevo par de zapatos cada cinco años» (Hobsbawm, 1995:461). Una situación que cambió drásticamente entre 1978 y 2005, cuando las poblaciones urbanas alargaron su esperanza de vida y frenaron la mortandad de sus hijos, hasta el punto de que, según ciertas estimaciones, habían superado a sus homólogos estadounidenses (Fontana, 2013a:893).

Para los que disfrutaban de las condiciones del «socialismo con características chinas», ya se tratase de la emergente clase media del país o de los inversores extranjeros, la dirección adoptada por el partido comunista era la correcta. Como había escrito el historiador Jacob Burckhardt en 1870 «las masas [y podemos añadir nosotros, el capital] solo desean su tranquilidad y su recompensa. Si las consiguen de una república o de una monarquía se adherirán indiferentemente a una o a otra» (Burckhardt, 1961:262). Por otro lado, y como era presumible, en el país que ocupaba el segundo lugar en el ranking económico mundial después de Estados Unidos, esa clase media se pudo incorporar profesionalmente a las nuevas oportunidades que ofrecía la «servisificación» de la economía. Durante los cinco años que transcurrieron desde el colapso financiero de 2008 el número de empresas dedicadas al sector servicios se acrecentó un 60 por ciento; en 2014, seguramente con unas cifras subestimadas, la industria terciaria podía alcanzar un 48,2 por ciento del PIB, superando por unas cinco décimas al sector manufacturero (Molnar and Wang, 2015). Aunque la formulación de Marx acerca de que «el país más desarrollado industrialmente muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro» se suele diluir ante la naturaleza de la riqueza histórica y empírica, como de hecho Marx sabía, es poco objetable afirmar que la «sociedad armoniosa» fue adquiriendo una fisonomía, con frecuencia extrema, del desarrollo *à la Occidental*. «La cultura posmoderna, afirma Harvey, ha llegado a Shanghai, y a lo grande». En las principales ciudades del país se ha consolidado una «vibrante cultura de consumo», y pueden observarse urbanizaciones bien protegidas para las clases ricas, algunas con nombres como Beverly Hills, que evocan la cultura competitiva hedonista estadounidense.

Sin embargo, pronto se hicieron evidentes las profundas desigualdades que estaban distanciando a las poblaciones rurales de las ciudadinas, así como dentro de aquellas, la brecha que se abría entre la agricultura industrial y la población campesina; o en las ciudades, entre aquellos hombres y mujeres que disfrutaban de una renta solvente y los que

trabajaban como ilotas en las ciudades entregadas a la superproducción global. La descolectivización de las comunas, como parte del programa neoliberal introducido durante los últimos años de la década de 1980, trajo consigo un aumento de la «disparidad de los ingresos entre el ámbito rural y urbano». La población rural que sufrió la descolectivización y, por tanto, la «pérdida de los derechos sociales colectivos previamente establecidos dentro de las comunas –a pesar de lo débiles que pudieran haber sido– supuso que los campesinos tuvieran que afrontar onerosas tarifas para poder asistir a las escuelas, obtener atención sanitaria o recibir otros servicios asistenciales» (Harvey, 2007:162,138).

La asombrosa expansión urbana centrada en las provincias de la costa durante la década de 1990 se desplazó sucesivamente diez años después hacia las regiones del interior; allí, con el objetivo de levantar «parques industriales o proyectos inmobiliarios», las expropiaciones y su correspondiente exacerbación social, fueron terreno común. Y sin ningún género de duda, infravalorar lo que sucedía en la China rural, donde todavía durante las primeras décadas del siglo XXI algo más del 40 por ciento de su población (unos 700 millones) dependía relativamente de la tierra, era y es un error. En parte, porque «los problemas de la tierra» no pueden o no deben disociarse de la «seguridad alimentaria, la sostenibilidad medioambiental, los ingresos gubernamentales y el mercado de vivienda». Y, en parte, porque para la población migrante desencantada de las duras condiciones del empleo informal, el subempleo o cualquier otra forma de explotación laboral en las ciudades-empresa, el campo constituía un resguardo existencial, el lugar al que *siempre* se podía regresar. Tras el *crash* de 2008 se estima que «unos 25 millones de trabajadores migrantes perdieron sus empleos y regresaron al campo». Por supuesto, en esta atracción migratoria influían muchos factores, pero ciertamente el de mayor peso era que los pobres urbanos vivían casi siempre en peores condiciones que el «residente rural medio». En suma, como ha escrito Zhan, el asombroso nivel de «empleo precario en China certifica la incapacidad de su modelo capitalista a la hora de proporcionar suficientes empleos para su enorme población, lo cual representa un desafío directo a las soluciones propuestas por las perspectivas del libre mercado y de la modernización» (Zhan, 2020:132, 136,143-144).

Y sin embargo, fue ese modelo de capitalismo de estado (bajo el disfraz comunista) el que «asumió el liderazgo para salvar al capitalismo global del desastre de 2008, con su urbanización masiva y sus inversiones en entorno construido». La ingente movilización de capital que llevó a cabo el país de la *xiaokang* fue posible gracias a un endeudamiento virtualmente ilimitado que a pesar de que supuso un sorprendente incremento de la relación deuda/PIB (contabilizada en renminbi), siempre podía ser cubierta por las reservas de divisas extranjeras depositadas en su Banco Central. Paradójicamente, el aparato burocrático chino asumió la «visión

de Ronald Reagan» consistente en que el «déficit y el endeudamiento no importan»; así fue como durante un tiempo la *prestissima* economía china revivió al moribundo sistema global. En el breve lapso transcurrido entre 2011 y 2013 las ingentes obras públicas y en general los entornos construidos en el vasto país absorbieron más de 6.000 millones de toneladas del «material más destructivo de la tierra» (Watts, 2019), el cemento, una cantidad que excedía ampliamente la usada por la economía estadounidense durante todo el siglo XX! (Harvey, 2018:9-12). Durante los primeros veinte años del siglo XXI el PIB de la República Popular China osciló entre máximos de diez y mínimos de seis, y solo después de la pandemia global se redujo a un escaso 2,3 por ciento. A su vez, el aumento exponencial de demanda de materias primas por parte del país asiático provocó un alza favorable de los términos de intercambio para los países productores y exportadores. Pronto se hizo evidente, una vez más, que la clásica imagen de las economías periféricas podía ofrecer un cuadro hiperrealista de regiones delimitadas por un patrón intensivo de especialización, combinado con altos niveles de desigualdad y abundancia de recursos naturales.

Probablemente, el ejemplo más nítido de este fenómeno tan característico de la nueva división global del trabajo, de la producción y del comercio lo representó América Latina. Allí, las cinco principales exportaciones de bienes primarios y materias primas del conjunto de países integrantes (exceptuando a México y a Costa Rica) representaban en 2014 nada menos que el 80 por ciento del valor total de las exportaciones dirigidas al pujante mercado chino. Sin embargo, con frecuencia *magna fortuna est magna servitus*: la industria y el crecimiento económico en América del Sur, tal como había sucedido durante los años de plomo del neoliberalismo en la región, no se orientaron hacia una dirección opuesta a la exportación de materias y bienes primarios. Este comportamiento procíclico-neoextractivista tendría severas consecuencias económicas y políticas, y por supuesto sociales. Allí donde la estabilidad del crecimiento ha perdurado ha sido porque, como acertadamente ha escrito Dani Rodrik en *One Economics, Many Recipes* (2007), los gobiernos reestructuraron y diversificaron sus economías, aprovechando las fuerzas de la globalización en su favor. Cuando el flujo constante de crecimiento de la infraestructura china comenzó a detenerse, los países exportadores de bienes primarios entraron en recesión, o comenzaron a sentirla. En 2014, la mayor parte de los municipios chinos habían entrado en quiebra, se había extendido un «sistema bancario clandestino» con el fin de «disfrazar» la formidable suma de préstamos concedidos a «proyectos no rentables» y, además, el sector inmobiliario se había transformado en un «auténtico casino de volatilidad especulativa» (Harvey, 2018:12).

No parecía ahora tan alejada de la realidad la afirmación de Neil Davidson acerca de que China se había transformado en una versión ex-

trema de neoliberalismo. Se llegó a un punto de «sobreinversión» y previsiblemente los «efectos colaterales positivos» del crecimiento económico se vieron alterados. La desaceleración provocó una devaluación de los precios de materias primas y con ello arrastró a una crisis política y económica a gran parte de los países neoextractivistas: Chile, Australia, Brasil, Ecuador... (Harvey, 2018:11-12). No fue fortuito, por tanto, que el recrudecimiento de la pobreza en América Latina coincidiera, precisamente, con el debilitamiento de los precios de las materias primas, la moderación del crecimiento global y un deterioro de los flujos de capital, vinculados estrechamente a la ralentización del crecimiento de la economía china. Factores perturbadores que, a su vez, provocaron que el vigoroso crecimiento de las economías latinoamericanas con tasas del 5 por ciento durante los años 2010, fuera reemplazado por tasas más austeras del 1 por ciento. Cuando desde 2012 las tendencias apuntadas se acrecentaron, la favorable disminución de los niveles de pobreza que había sido reducida del 45,9 por ciento de principios de siglo a un 28,5 por ciento, según estimaciones para 2014, (atenuando también la extremadamente pobre del 12,4 al 8,2 por ciento) comenzó a invertirse. El escenario económico neoextractivista había cubierto relativamente y por un tiempo las fallas sociales de la región, pero su carácter procíclico y volátil se hizo evidente cuando el ciclo de acumulación de capital se agotó y con ello el número de personas calificadas oficialmente como pobres podía alcanzar en 2017 la dramática cifra de 187 millones, o sea, un 30,7 por ciento de la población latinoamericana (Carrillo, 2018). La crisis económica precipitó la crisis social y política. Y una vez más, el incremento de la desigualdad en la región pronto arrojó a las calles a los movimientos sísmicos de protesta social, pero también provocó el auge del autoritarismo político de extrema derecha. El desvanecimiento de la *Pink Tide* dejó paso al militarismo neoliberal. Como veremos, se trataba de un estallido social que pronto adquirió visos globales, porque la realidad subyacente no era otra que las consecuencias de las ruinas sociales, económicas, políticas, culturales y ecológicas que el terremoto neoliberal había dejado a su paso desde 1970.

Como hemos argumentado, China no fue un actor inocuo en esta nueva reestructuración del sistema mundial. En realidad, aprovechó la asombrosa transformación endógena desde la era Deng y el nuevo escenario mundial caracterizado por el «nodo financiarización-globalización» (Durand, 2018:153); en otras palabras, el gigante asiático fue al mismo tiempo producto e impulsor del nuevo orden global. Un nuevo orden que, como ha escrito Robinson, sepultó la era de la economía mundial caracterizada por un mercado internacional integrado. Durante las primeras décadas del siglo XXI se había materializado en toda su extensión una «economía global» donde las operaciones de las respectivas economías nacionales quedaron «vinculadas» orgánicamente «a través de la transnacionaliza-

ción del proceso de producción, de las finanzas y de los circuitos de acumulación de capital» (Robinson, 2014b:14-16). La tragedia histórica de esta nueva economía política global residía en el grado de dependencia, y por tanto de vulnerabilidad que había alcanzado.

## **Anti-Valor**

### **Asimetrías**

La profundidad y la velocidad del avance de esta nueva economía política global, puede ilustrarse con el inocente término «cadenas de valor» que, pese a la simplicidad de ciertas escuelas de negocios, ha sido la forma de expansión de la geografía relacional del anti-valor, empleada jerárquicamente por el capital transnacional para minimizar costes de producción y evitar cualquier responsabilidad corporativa ante su «destrucción no tan creativa» del mundo. De hecho, allí donde los estudiosos de las «cadenas mundiales de mercancías» adoptaron un discernimiento razonado del academicismo, no les resultó difícil demostrar sólidamente que la «polarización a escala planetaria» obedecía a la relación mutuamente interdependiente entre, por un lado, el «control oligopólico del acceso a los mercados finales y a las tecnologías clave» y, por otro, a la asombrosa «oferta de mano de obra» global al servicio de la producción de manufacturas, así como de los «servicios de información estandarizados» (Durand, 2018:156).

En cierto modo, y de forma predecible, el auge de las cadenas de valor globales que coincide también con el ápice de la globalización neoliberal en la década de 1990, no alteró la situación de subordinación de la periferia del sistema mundial con respecto a las economías del capitalismo avanzado. Como demostraron Smichowski y colegas, el patrón de desarrollo podía reducirse a «un espejismo de mejora social», a una «reproducción del núcleo» del capitalismo avanzado y, lógicamente, a un «crecimiento desigual» (Smichowski, Durand and Knauss, 2018). Lenin lo había expresado con extraordinaria lucidez con un siglo de antelación en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*: «El desarrollo desigual y espasmódico de las distintas empresas, ramas industriales y países es inevitable bajo el sistema capitalista» (Lenin, 1916/1970:741).

En realidad, las principales «firmas dominantes», cuyas ostentosas sedes destinadas a la administración y gestión (realización del valor) se localizaron por lo general en los países del capitalismo avanzado, podían beneficiarse de una «forma de intercambio desigual en su relación con las redes de suministro» que explotaban las «reservas de mano de obra recientemente disponibles» (Durand, 2018:156), cuyas fuentes provenían fundamentalmente del Sur global, aunque también de los deprimidos mercados laborales del Norte. De ese modo fue como se produjo un

extraordinario poder, desde cualquier punto de vista, por parte de las corporaciones privadas y las sociedades de cartera tales como Walmart, The Gap, Ikea, Inditex, McDonalds, Kentucky Fried Chicken, entre otras, o las poderosas compañías del utopismo tecnológico (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft). Todas ellas (especialmente sus CEO ultrarricos) obtenían desorbitados beneficios de la radical transformación del mercado global, al mismo tiempo que elevaban el subempleo y la depresión salarial a categorías universales. De hecho, como ha escrito Streeck en una afirmación tan plausible para la superproducción de dispositivos electrónicos en FoxConn (Shenzhen) como para el universo Walmart:

allí donde el empleo se ha restaurado en cierta medida, tiende a hacerlo con menores salarios y peores condiciones de trabajo, debido al cambio tecnológico, a las «reformas» en los sistemas de seguridad social, que reducen el salario de reserva efectivo de los trabajadores, y a la desindicalización, que aumenta el poder de la patronal (Streeck, 2017a:34).

Solo los incondicionales fieles del credo hayekiano habían adquirido la incapacidad intelectual para observar que «los rendimientos obtenidos por los accionistas que se encuentran en lo alto de la cadena», no se pueden desconectar de la «explotación descarada del trabajo que se situó en el otro extremo, en particular en las zonas francas de exportación» que proliferaron desde la década de 1980 por gran parte del Sur global (Durand, 2018). Esta economía transnacional, afirmó elocuentemente John Grahl citando *L'Avenir du capitalisme* de Gréau, quedó atrapada en los dominios de los «grandes inversores institucionales» caracterizados por un impaciente e insaciable anhelo «por realizar sus tasas de retorno» y, por tanto, por una indiferencia ante la «economía misma». *A fortiori*, todos los argumentos a favor de un mercado «libre» y transnacional ya no podían seguir sosteniéndose, y esto a pesar de que el sentido común mediático y político propagado por el *statu quo* estaba impregnado de la inocente equiparación de libertad con mercado. Esta nueva economía global tampoco promovía la competencia, de hecho «la mayoría de las exportaciones de China a Occidente» procedían de multinacionales occidentales. Y no mejoró «la situación de los países más pobres exportadores de materias primas»; contrariamente, fueron adquiriendo un «estatus no declarado de colonias productoras de algodón barato», transformado posteriormente en ropa en talleres cautivos en China o Indonesia (Grahl, 2011:42, 44).

Sin embargo, ¿hasta dónde alcanza la posibilidad de desembarazarse del club de los países perdedores de la globalización? ¿Se trata de un destino fatídico e irrevocable de la historia que inhibe cualquier opción política

para cambiar su desafortunado rumbo? En parte, la dinámica del capitalismo global y la deriva neoliberal de las instituciones supranacionales durante las últimas décadas habían reducido considerablemente la posibilidad de reestructurar las economías nacionales, con el fin de distribuir la riqueza nacional y proporcionar el bienestar prometido a sus ciudadanos. Pero también puede argumentarse sólidamente que «no es creíble por más tiempo seguir afirmando que somos espectadores inocentes de fundamentos exógenos» (Palma, 2019). ¿Cómo deberíamos interpretar, por ejemplo, que mientras la familia empresarial coreana Samsung competía «mano a mano» con la empresa global Apple en el sector de tecnología punta, «algunos de sus análogos chilenos» no solo incrementaban considerablemente su riqueza personal, mucho más que sus pares coreanos, sino que sus empresas terminaran exportando «concentrado de cobre», barro cuyo contenido de metal apenas alcanzaba un 30 por ciento? (Palma, 2016:13-14). «Si China e India no tuvieran nada más que prendas de vestir y productos agrícolas para exportar –escribió Rodrick–, las ganancias del comercio exterior y la inversión no habrían sido tan grandes» (Rodrick, 2007:2). Lo que tampoco garantizaba, por supuesto, que los niveles de desigualdad de ingresos, salariales y de riqueza en general fueran a ser menores en estos países que en los pertenecientes al club de las economías centrales. Aunque la «emergente clase media» de India, China, Tailandia, Vietnam, o Indonesia había incrementado sus ingresos un 70 por ciento o tal vez más desde los últimos años de 1980 (Therborn, 2017:73-74), continuaba manteniendo un estatus de relativa pobreza al ser comparada con la clase media occidental. De hecho, parecía que la tendencia global no era otra que la de nivelar la desigualdad de las clases sociales más desfavorecidas y de hundir en el pozo de la deuda a las clases medias de cualquier parte del mundo. En India, una promesa de desarrollo emergente, en torno a la mitad de su población sufría «retrasos en el crecimiento físico y mental durante la niñez», un problema que probablemente arrastrarían toda la vida. Pero también en el Reino Unido la «impronta de clase» era ya «visible a la edad de veintidós meses». Durante los primeros años del siglo actual, el PIB per cápita de la economía estadounidense era solo cuatro veces superior al de China. Y el del continente africano era 1,9 veces mayor que los niveles que tenía en 1970. América Latina no mantuvo un ritmo de crecimiento constante y sólido como «para empezar a converger con Europa y América del Norte» (Therborn, 2017:70,76-77). De hecho, como se ha señalado, el modelo de desarrollo dominante provocó un resultado sorprendentemente opuesto: en vez de incentivar a América Latina a «europeizarse», incentivó a los países miembros de la OCDE a «bananizarse» (Palma, 2020).

Previsiblemente, la pandemia global agravó estas tendencias. Antes de que el mundo sufriera las turbulencias económicas y sociales de la crisis pandémica, en la mayor parte de las economías capitalistas, ya sea en el núcleo de las economías occidentales o en los países del Sur global, la

actividad económica se hallaba en proceso de desaceleración. Mientras algunas se estaban contrayendo en los sectores productivos y en la inversión nacional, muchas otras se hallaban frente al precipicio de la recesión. Dicho de otro modo, la epidemia asestó un duro golpe cuando las economías del capitalismo avanzado ya parecían estar languideciendo desde una perspectiva macroeconómica. Estados Unidos, Europa y Japón compartían un frágil crecimiento del PIB que no superaba el 2 por ciento. Pero también las llamadas «economías emergentes» tales como México, Brasil, Turquía, Argentina, Sudáfrica y Rusia se estaban enfriando antes de la llegada del virus. Los dos gigantes asiáticos, China e India también habían entrado en una fase de desaceleración económica desde 2019 (Carrillo, 2020a).

### **Popolo grasso e popolo minuto**

Pero la nueva economía global del programa neoliberal no solo amplió las expectativas de la desigualdad económica, política, o de cualquier otra índole entre las poblaciones de los países periféricos. Ahora también era perfectamente observable en los barrios empobrecidos y desindustrializados del decadente *rust belt* estadounidense, en las antiguas regiones industriales del norte del Reino Unido, o en la Europa de la austeridad fiscal autoinfligida. Es una paradoja de nuestro tiempo que no resultara extraño «recoger las descripciones de las condiciones laborales, por ejemplo, en las fábricas de componentes electrónicos de Shenzhen, en las fábricas de ropa de Bangladés, o en los talleres y pequeñas fábricas de trabajo esclavo de Los Ángeles» y encajarlas sin dificultad alguna dentro del análisis de la Jornada Laboral de *El Capital* de Marx y, sorprendentemente, ino percibir diferencia alguna! (Harvey, 2014:291-292). Mientras la presión ejercida sobre los trabajadores chinos de la industria digital podía conducirlos a la muerte (en 2010 se produjo una oleada de suicidios en las instalaciones de Foxconn), la ciudad de San Francisco, base de operaciones de los *geeks* del fetichismo tecnológico, ocupaba el primer puesto de la desigualdad económica en el estado de California. Con el esclarecedor título *California Feudalism* Kotkin y Toplansky mostraron que el ingreso promedio del 1 por ciento más rico de los hogares de la ciudad del Golden Gate, podía ser hasta 44 veces superior al ingreso medio del resto de la población. En la tierra donde habían brotado las mayores fortunas durante las últimas décadas, pero también la lábil retórica que envolvía el utopismo tecnológico, en torno al 45,8 por ciento de los niños «vivía en o cerca de la pobreza». En un día cualquiera antes de la pandemia por las calles de *Los Angeles County* podían contarse en torno a 50.000 *homeless*; su número había crecido un 75 por ciento desde principios de siglo (Kotkin and Toplansky, 2018:13). Un dramático fenómeno que no era exclusivo de



Estados Unidos de Norteamérica, al contrario, proliferó por todo el Norte global.

Las «oscuras fábricas» de *fast fashion* que habían proliferado en los países en vías de desarrollo desde la era de la deslocalización (1980-1990), lo hicieron también en el corazón del capitalismo avanzado. Así, por ejemplo, desde la Gran Recesión en la ciudad británica de Leicester, situada en el *Midlands* del Este, había prosperado una industria de confección textil en cuyos talleres, frecuentemente clandestinos, los salarios podían equipararse con los percibidos por los trabajadores de Coketown de la novela de Dickens *Tiempos Difíciles*. Mahmud Kamani, «emprendedor» de éxito y cofundador de Boohoo, empresa en línea que suministraba trapos para satisfacer los deseos *tutto e subito* de la «generación Instagram», obtenía en torno al 40 por ciento de su ropa del Reino Unido y gran parte de ella provenía directamente de Leicester (O'Connor, 2020). Seguramente Kamani, surgido de la nada vendiendo bolsos en las calles de un mercado local hasta llegar al espacio social reservado a los ultrarricos, podía ahora reprochar a los trabajadores de la industria textil británica lo mismo que Dickens ponía en boca de cualquiera de los capitalistas de la era victoriana, a saber: «Lo que hice yo también lo puedes hacer tú. ¿Por qué no vas y lo haces?»<sup>13</sup>. Esta idea tan fuertemente arraigada en la «mitología del capitalismo norteamericano» desde finales del siglo XIX, de «hombres hechos así mismos»<sup>14</sup>, había regresado al escenario neoliberal incluso con más vehemencia social y mediática y, sin duda, con un incondicional apoyo político. El relato hegemónico en las «sociedades contemporáneas» cimentado en tres mandamientos del capital: «propietarista, empresarial y meritocrático», ha legitimado la desigualdad como el justo castigo del que rehúye los valores del esfuerzo, de la innovación y del emprendimiento.

Al igual que para la moral conservadora victoriana, ahora, la pobreza era responsabilidad exclusiva de los propios empobrecidos. Retóricamente, la desigualdad podía ser transitoria al estilo del *trickle down* de Ayn Rand, porque el *popolo minuto* al final, un final tal vez inalcanzable, se beneficiaría de la «acumulación de riqueza» del *popolo grasso*, entre los cuales se hallaban los «más emprendedores, los que más lo merecen y los más útiles». Y, sin embargo, como ha escrito Piketty, «el mercado y la competencia, las utilidades y los salarios, el capital y la deuda, los trabajadores cualificados y los no cualificados, los nacionales y los extranjeros, los paraísos fiscales y la competitividad, no existen como tales». Se trata de construcciones sociohistóricas que «dependen completamente del sistema legal, fiscal, educativo y político que decidimos establecer» (Piketty,

<sup>13</sup> Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, Madrid: Alianza Editorial, 2018, p. 190.

<sup>14</sup> Para un análisis de la primera generación de magnates ladrones, véase el extraordinario trabajo de Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona, 2003.

2019:13-20). Esta *raison d'être* de los regímenes neoliberales que ha generado las condiciones subyacentes de la desigualdad, ha permitido a una segunda generación de *Robber barons* enriquecerse de la noche a la mañana, con cierta aquiescencia cuando no devoción inquebrantable por parte de unas sociedades que parecían estar saturadas y sin historia (Baudrillard, 1970).

Políticamente, financieros, especuladores, políticos y toda una cohorte de «hombres hechos así mismos», alteraron la sintaxis del mundo público y social haciendo que sus extraordinarias fortunas no fueran demonizadas por los medios de comunicación de masas. Como afirmó Hobsbawm en un comentario sobre Gramsci, «los acuerdos políticos se han convertido en un poderoso medio para reforzar la hegemonía burguesa», de modo que la retórica política que rodea la «defensa de la república, la defensa de la democracia, o la defensa de las libertades y de los derechos civiles unen a los dirigentes con los dirigidos para beneficio primordial de los dirigidos; pero esto no significa que sean menos relevantes para los dirigidos» (Hobsbawm, 2012:336). Ejemplificando, sin el monopolio de las patentes otorgado por el gobierno estadounidense a Bill Gates, el cuarto hombre más rico del mundo en el año que comenzó la pandemia, y el mayor propietario de tierras agrícolas en su país natal, «todavía estaría trabajando para ganarse la vida» (Baker, 2020). Un monopolio que defendió de forma incongruente (o tal vez no, si consideramos sus propios intereses) el filántropo siatelita ante la audiencia del *Sky News* británico, cuando afirmó que la normatividad de las patentes no debía alterarse, ni siquiera para alentar la producción y distribución de vacunas más allá de las vetustas fortalezas de las compañías farmacéuticas (Savage, 2021a).

Los magnates de la era neoliberal, como sus predecesores de *fin de siècle*, se abastecían de información privilegiada de los cuadros políticos, e incluso de los políticos mismos. Sabían que la política «era algo que había que comprar en vez de practicar» (Hobsbawm, 2003:156). El citado Robert Rubin, secretario del Tesoro entre 1995 y 1999 bajo la administración Clinton, o Hank Paulson ocupando el mismo mando entre 2006 y 2009 con Bush Jr., después de abandonar temporalmente sus intereses particulares en Goldman Sachs (donde eran directores ejecutivos), decidieron entregarse encarecidamente al interés público, el primero desregulando el sector financiero, el segundo «trató de poner algún remiendo a sus resultados en 2008» (Streeck, 2017a:48-49). Jay Carney, exsecretario de prensa de la Casa Blanca durante la administración Obama, pudo dejar cómodamente la carrera política y pasar a supervisar las relaciones públicas del monopolio Amazon propiedad del magnate Jeff Bezos. Este magnate de la *Gen X*, que se había convertido en el año de la pandemia en el hombre más rico del globo gracias al drástico confinamiento social que provocó un aumento exponencial del volumen de comercio en línea, también había aprendido de la primera generación de magnates cómo debían

ser disciplinados sus trabajadores. Al igual que sus pares de finales del XIX, la compañía de Bezos contrató los servicios de la agencia de espionaje Pinkerton (fundada en Chicago en 1850) conocida por sus actividades antisindicales. Otro discípulo de Obama, Robert Gibbs, se adaptó confortablemente en 2015 a su nuevo empleo como director global de comunicaciones de McDonald's, al mismo tiempo que la proveedora mundial de *fast food* presionaba contra el aumento del salario mínimo (Savage, 2021b). Tom Vilsack, cuyo compromiso instrumental con la *Big Ag* quedó ampliamente demostrado cuando bajo su supervisión (y el beneplácito de la Unión Europea) se selló el matrimonio endogámico entre Monsanto y Bayer, fue restituido como Secretario de Agricultura, después del traumático gobierno del magnate Trump, por Joe Biden. Vilsack no menospreció las oscuras artes de la mendacidad política para endosarse algunos millones de dólares después de haber defendido los intereses de la gran industria agroalimentaria (Rappeport and Corkery, 2020).

Como sucedió en el pasado, los magnates posmodernos «aprovecharon la filantropía, la preocupación social y un mito de excepcionalismo personal para ocultar su papel real como capitalistas» (Savage, 2020). A pesar de la aparente diferencia filantrópica entre los «donantes conservadores», como por ejemplo los hermanos Koch, y los tecnófilos de Silicon Valley siempre dispuestos a apoyar una «renta básica universal», ambos podían converger, y de hecho lo hacían, en la suposición de que solo los ricos tienen la capacidad de saber «cómo gastar el dinero». Ciertamente, como afirma Phillips-Fein, ambos saben con certeza que su filantropía, «que depende de la desigualdad y la defiende, se parece más al lavado de dinero espiritual que a la justicia» social que dicen favorecer (Phillips-Fein, 2018).

Culturalmente, ciertos sectores de ultrarricos defendían o, más preciso, cultivaban una ética neoascética ridícula, cuando no peligrosa si la emulaban los millones de jóvenes incondicionales de los *geeks* de Silicon Valley. Como les dijo Jack Dorsey a sus *followers* a través de la red social que el mismo había fundado, Twitter: «He estado jugando con el ayuno durante algún tiempo. Hago un ayuno de 22 horas todos los días [...] ¿Alguien más tiene esa experiencia?» (Papazoglou, 2019). Al igual que la joven generación de sus ancestros de la *Belle Époque*, eran individuos a los que les movía la «lógica de la multiplicación de beneficios en vez de la del vivir, y que contaban con suficiente competencia, energía, inhumanidad y avaricia. Las diversiones eran mínimas» (Hobsbawm, 2003:156). En cierto modo, compartían el programa psicologista neoliberal basado en una combinación de «automejora competitiva, el cultivo insaciable del capital humano comercializable, la dedicación entusiasta al trabajo y la aceptación alegremente optimista y jovial de los riesgos a un mundo que ha dejado atrás el gobierno». Así, la nueva

cultura mundial de consumidores «temporales», embargados por los vacíos pero seductores y efectivos mensajes de *La société du spectacle*<sup>15</sup>, redujo la socialización a una «interacción social» modelada por las redes sociales (Twitter, Facebook...), que no solo proporcionó un «conjunto de instrumentos» para profundizar aún más la «mercantilización» de una sociedad de sujetos solipsistas, también ofreció a «empresas, políticos y celebridades de todo tipo» un espacio virtual donde «crear comunidades imaginarias» de «seguidores» alienados «dispuestos a recibir mensajes seudopersonales en cualquier momento del día» (Streeck, 2017a:55-56,130). Como demostraron numerosos estudios en el campo de la neurociencia, la radical reestructuración del tiempo social invertido en esta hipérbole mediática y en unos sistemas educativos acosados y seducidos por el uso frecuentemente irracional de nuevas tecnologías, provocó una inopinada reversión del *efecto Flynn* (cociente intelectual). La sociedad de los *Big Data*, pegada permanentemente a una pantalla, creía que la simple acumulación de información, o de lo que fuese, equivalía necesariamente a un ascenso proporcional de las capacidades intelectuales humanas. Tal como informó en el *New York Times* un directivo del Departamento de Comunicación de Google que decidió inscribir a sus hijos en un centro educativo alejado de la enseñanza digital: «En Google y en todas sus filiales, hacemos que la tecnología sea tan estúpidamente fácil de utilizar como resulte posible» (Desmurget, 2020:47-48). Y es que, «mientras la tecnología especializada se puede usar (aunque no seguir desarrollando) sin pensamiento original, la ciencia necesita ideas» (Hobsbawm, 2013:196).

De hecho, las enormes riquezas personales que acumularon particularmente los «barones del silicio» no se debían tanto al poder de invención o de innovación que ostentaban ante la sociedad global, sino más bien a la «inversión estatal y la investigación pública» (un argumento, por cierto, perfectamente extrapolable al asombroso poder adquirido por las industrias farmacéuticas). Cornelius Vanderbilt «el mayor ladrón de la primera generación» (Hobsbawm, 2003:153) no inventó el transporte ferroviario, así como Bezos no concibió la logística moderna, o el magnate sudafricano Elon Musk las «transacciones electrónicas» (Savage, 2020). Ma Huateng, miembro fundador de Tencent Holdings, empresa global ubicada en las torres gemelas de Shenzhen, no debía su enorme fortuna precisamente a grandes invenciones disruptivas, sino a liderar las curvas mundiales de consumo lúdico gracias a la fabricación de

<sup>15</sup> Como escribió Guy Debord en ese presciente libro: La emancipación no podrá alcanzarse «pas même l'individu isolé, pas même la multitude atomisée soumise à la manipulation ne peut y parvenir» (Debord,1967). Años después, Thatcher introdujo uno de sus famosos principios que retrataría con extraordinaria nitidez la sociedad que su programa político estaba cultivando: «who is society? There is no such thing!».

videojuegos. Sin embargo, todos compartían una riqueza y un poder inalcanzable por parte de una sociedad cada vez más polarizada.

Hay además sólidas razones para argumentar, como hace Robert J. Gordon, que «algunos inventos son más importantes que otros». Probablemente Gordon exagera sus argumentos, pero con certeza desde la década de 1970 el crecimiento económico ha sido «deslumbrante» y al mismo tiempo «decepcionante». «Esta paradoja –continúa el economista– se resuelve cuando reconocemos que los avances» desde la era neoliberal se han canalizado hacia «una esfera estrecha de la actividad humana que involucra el entretenimiento, la comunicación y la recopilación y procesamiento de información». Sin embargo, en lo que concierne al resto de lo que les «importa a los seres humanos: comida, ropa, refugio, transporte, salud y condiciones de trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, el progreso se ralentizó tanto cualitativa como cuantitativamente después de 1970» (Gordon, 2016).

Probablemente el cataclismo que experimentó con más profundidad el *popolo minuto* fue el de la explotación laboral, liderada por las plataformas digitales de los *geeks* del silicio. La nueva economía digital y su modelo de servidumbre, denominado con el eufemismo *gig economy*, se había extendiendo pródigamente impulsando la «externalización y deslocalización de la producción de bienes y servicios» sin precedentes. Un *ménage à trois* entre «telefonía inteligente, sistemas de pagos sin efectivo» y, por supuesto, la emergencia de una nueva clase social que Standing ha puesto en circulación global con el término «precariado», han encumbrado el fetichismo tecnológico a una especie de *ethos* poscapitalista. Compañías como Handy, Luxe, Drizly, BorrowMyDoggy, Deliveroo, TaskRabbit, ThumbTack, o plataformas de externalización del trabajo creadas por Amazon (Upwork, PeoplePerHour, etcétera), son calificadas por el autor de *La corrupción del capitalismo* como «entidades rentistas». Al actuar como meros «intermediarios laborales», gracias a su prodigiosa innovación *app*, pueden llegar a percibir un 20 por ciento de las transacciones realizadas, a veces incluso más. ¿Podríamos denominar a dicha forma de extracción discrecional de renta con el término deliberadamente ambiguo de «economía colaborativa»? Como dijo uno de los directores ejecutivos de esas plataformas: «Puedes contratar a 10 mil personas durante 10 a 15 minutos. En cuanto han terminado, esas personas sencillamente desaparecen» (Standing, 2017:208-209). Y, sin embargo, muchos de esos hombres y mujeres que sufrían el peso de este anómico sistema social no tenían más remedio que compartir las palabras que la economista poskeynesiana Joan Robinson (1903-1983) decía a sus estudiantes con respecto al desempleo: «Lo único peor que ser explotado por el capital es no ser explotado por el capital» (Baker, 2020).

Pero los miembros del *popolo grasso* no solo provenían del valle del tecnoutopismo californiano. En cierto modo, la neoliberalización global provocó la emergencia de oportunistas que supieron hacerse con la esfera

pública sin demasiadas objeciones políticas, de hecho, contaron con la clase política como aliada. El caso de Carlos Slim, «el industrial más maligno de México» es ilustrativo. La crisis de la deuda mejicana de 1982 provocó que el nivel de vida de su población decreciera una cuarta parte tras cuatro años de rescate al sector financiero; por su parte, la liberalización del comercio que vinculó de forma asimétrica a México con respecto a los intereses de las empresas estadounidenses y canadienses a través de la ratificación del Tratado de Libre Comercio (TLCAN) en 1994, benefició considerablemente a los intereses de un reducidísimo sector social. Personajes como Slim se valieron de sus amistades políticas y otras venalidades para lucrarse con las privatizaciones estatales durante la década de 1990. En 2007 «el tesoro de Slim» equivalía «a algo menos del 7 por ciento de la producción total de bienes y servicios de México», un país en el que según estimaciones del Banco Mundial en 2016 probablemente el 50 por ciento de los hogares vivía en el umbral de la pobreza (Hanson, 2010; Porter, 2007). En el año de la pandemia global los medios de comunicación no dejaron de alabar la asombrosa solidaridad del multimillonario Slim que a través de su fundación filantrópica pretendía financiar la vacuna contra el virus. De ese modo, la captura de la política pública dejaba en manos lucrativas la salvación de la carne. Como escribió Camus en *La Peste*: «la enfermedad, que aparentemente había forzado a los habitantes a una solidaridad de sitiados, rompía al mismo tiempo las asociaciones tradicionales, devolviendo a los individuos a su soledad. Esto era desconcertante»<sup>16</sup>.

En su forma más extrema, durante la monumental privatización de la antigua Unión Soviética, se otorgaron a «clientes políticos derechos sobre el petróleo y el gas, minerales, bienes raíces e infraestructura a precios de saldo». Una generación de nuevos oligarcas se enriqueció de forma extraordinaria y redujo al país de la revolución de Octubre, tal como vimos, a una nueva «sociedad feudal» (Hudson, 2018:77). En ese contexto político y jurídico, propicio para el imperativo de acumulación capitalista («acumulación por desposesión» por usar la expresión de Harvey), el *steel magnate* Lakshmi Mittal se lucró del negocio de las privatizaciones en los países de la órbita soviética (Polonia, Bosnia o Rumanía, entre otros) para transformar su modesta fortuna en una de las más abultadas del mundo.

## Yobel

La reproducción de este sistema mundial, irracional desde cualquier perspectiva lógica, se basaba en buena medida en generar la suficiente cantidad de deuda pública y privada que mantuviera relativamente constante la demanda efectiva de consumo. También, y probablemente como efecto colateral, los nuevos y sofisticados instrumentos financieros

---

<sup>16</sup> Albert Camus, *La peste*, Buenos Aire: Editorial Sudamericana, 1979, p. 158.

se convirtieron pronto en un obstáculo para que la «oposición anticapitalista» identificara con relativa claridad dónde se hallaba el «enemigo de clase» (Harvey, 2019:104-105). Como sucedía con frecuencia, la economía política global había generado una compleja red de dependencias difícilmente comprensibles para el común de los mortales. Así por ejemplo, los fondos de pensiones tan relevantes para las poblaciones envejecidas de los países occidentales, después de ser en gran medida privatizados y por tanto dominados por la lógica especulativa, podían quedar vinculados al iacaparamiento de tierras en África y América Latina! Como ha escrito Harvey con justificada angustia e impotencia: «I don't like it and I protest. But then management says that the fiduciary obligation of a pension fund is to get the highest rate of return possible, and if there is the highest rate of return for land grabbing in Latin America, that's what we have to do» (Harvey, 2020).

El cuerno *Yobel* que soplabla el hebreo anunciando el perdón de las deudas en el mundo antiguo («un pueblo con deudas no puede vivir libremente»), fue destrozado y enterrado convenientemente. Ahora, parecía que el único viento que soplabla era el de la servidumbre por deudas que arrastraba al «ángel de la historia» de Benjamin hacia el futuro, mientras enormes montañas de ruinas se levantaban ante él. «De la misma manera que los individuos» quedaron «sometidos por sus deudas», los Estados terminaron doblegados por el «peso del antivalor» de los principales centros del poder financiero. Como observó Marx durante la era victoriana, el sector bancario y el crédito se estaban transformando en los «medios más poderosos para impulsar la producción capitalista más allá de sus propios límites»; transgrediendo incluso las fronteras racionales donde se «interrompía la conexión con los procesos de valorización del capital» (Harvey, 2019:105).

El orden neoliberal vigente desde 1980 conllevó la resurrección del espíritu parasitario del rentista, estableciendo un amplio consenso político en torno a la idea de que el sector financiero debía de ser el centro de gravedad de la economía de mercado. Pero cuando llegó la Gran Recesión también se puso de relieve, al menos para aquellos que deseaban interpretar la naturaleza de las causas subyacentes del colapso económico, que era más sensato leer a Marx que a Friedman. Porque para Marx, «el sistema crediticio, que tiene su foco en los llamados bancos nacionales y en los grandes prestamistas y usureros que los rodean», confiere a esta «clase de parásitos un fabuloso poder, no solo para despojar periódicamente a los capitalistas industriales», sino también para cruzarse de la forma más «peligrosa» en la «producción real», cuando realmente esta «banda no sabe nada sobre producción y no tiene nada que ver con ella» (Marx, 2010:541-542).

Económicamente, esta parecía ser la forma en la que el capital se estaba reproduciendo desde la década de 1970. Desde aquel momento, el descenso sustancial de la tasa de interés, después del breve lapso Volcker,

contribuyó a alimentar un «nuevo boom en los principales países capitalistas» al aumentar la «diferencia neta entre la tasa de ganancias y la tasa de interés». Pero el descenso de la tasa de interés también contribuyó a una «expansión» sin precedentes «del capital en todo el mundo», promoviendo a su vez un «incremento sustancial de las deudas de consumo» y alimentando «internacionalmente las burbujas inmobiliarias y financieras». Como argumenta Shaikh, a la vez que se creaban asombrosas cantidades de capital, «en países como Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña, hubo un aumento sin precedentes en la explotación de la fuerza de trabajo, a través de la reducción del crecimiento de los salarios en relación con la productividad». Previsiblemente, «el resultado directo fue un importante aumento de la tasa de ganancia». Y lógicamente, la consecuencia «colateral» de la contracción salarial hubiera sido un estancamiento de la demanda efectiva, es decir, del «gasto real en consumo». Sin embargo, una combinación de «tasas de interés decrecientes» con un crédito cada vez más generoso, provocó que «el gasto en consumo» y en otros aspectos continuara creciendo «como una boya en un mar de deudas» que irrevocablemente terminó con el diluvio financiero de 2008. En resumen, la causa de la Gran Recesión no fue la crisis financiera estadounidense, sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980 (Shaikh, 2011). Pero lo que subyacía bajo este mar de deudas era la «hegemonía de las finanzas, la forma más fetiche de la riqueza» (Durand, 2018:167).

En el primer año de la pandemia, la suma total de la deuda acumulada por hogares, empresas y gobiernos en las economías de los países centrales del capitalismo podía alcanzar un asombroso 383 por ciento del PIB. Y aunque el peso de la deuda en las «economías emergentes» era menor, alcanzando una relación deuda/PIB del 168 por ciento, sus condiciones históricas junto al nuevo imperialismo oligopolístico ejercido sobre las empresas y trabajadores del Sur global, mantenía a la periferia en un «estatus económico colonial y semicolonial». ¿Debía ser cuestionado este nuevo status de servidumbre por deudas en el que se hallaba la mayor parte de la población mundial? El jueves 9 de abril de 2020 Christine Lagarde –ex-directora gerente del FMI hasta 2019 y desde entonces en la sala de mandos del BCE–, cuya fortuna personal podía alcanzar los 150 millones de euros, «se manifestó enérgicamente en contra de dicha idea» (Chesnais, 2020). Ya no estábamos en la era del capital productivo, al menos en Occidente, sino en la del capital ficticio, y sus consecuencias fueron globales. «Desde hace medio siglo –argumenta Durand–, el crecimiento económico se ha ralentizado en los países ricos. El aumento de los pagos y de los ingresos financieros de las sociedades no financieras indica una aversión a la inversión doméstica que alimenta estas fuertes tendencias al estancamiento». La conclusión de Durand, coincidiendo con el citado Robert J. Gordon, es que nada asegura «que la sofisticación tec-



nológica acelerada vaya a generar una nueva fase de expansión económica» (Durand, 2018:165).

Políticamente, el peso desorbitado que las «promesas financieras» estaban adquiriendo parecía dejar a las sociedades sin futuro. De acuerdo con Durand, la lógica del capital ficticio depende fundamentalmente de varios factores que se vinculan mutuamente; por un lado, de los «beneficios financieros» que no producen valor por sí mismos y, por otro, de dos «factores menos vistosos: la desposesión y el parasitismo». El primero, adquiere la fisonomía de la expropiación de la esfera pública a través de la austeridad fiscal y de las reformas estructurales. El segundo, la «lógica del parasitismo», actúa como un filtro selectivo de los «proyectos productivos eliminando aquellos que, aun siendo rentables, no lo son suficientemente». Esta selección sintética encarnada en la codicia del capital ficticio no ha favorecido el crecimiento económico y, visto retrospectivamente, ha ido dejando un rastro de desempleo estructural, subempleo y precariedad en los mercados de trabajo globales. Pero el capital ficticio solo evoluciona, en parte, con el apoyo incondicional de la esfera pública cuya oposición política, como vimos, ha sido insuficiente, y en parte se desarrolla dentro de los cauces de un mercado de «bonificación imperial». En ningún caso, tal como hemos analizado, estas tendencias pueden desvincularse de su contexto histórico. El derrumbamiento del contraejemplo soviético y su integración en los dominios del capitalismo global, junto a la extinción del desarrollismo en la periferia, fueron alimentando la insaciable sed de acumulación sin valor del capital ficticio «gracias a la disminución de los precios de los insumos importados o a los dividendos repatriados del extranjero» (Durand, 2018:166), o ambos juntos. El capital ficticio, epígono del proyecto neoliberal, ha provocado un auge exponencial de los movimientos políticos extremistas, pero también una justificada rabia social con resonancias transcontinentales (Carrillo, 2020a). La intensidad de los flujos migratorios o la competencia voraz de la fuerza de trabajo global, en correlación con las «complejas cadenas mercantiles» en mercados nacionales asimétricos, han puesto de relieve, junto a la reestructuración del capital, una «gama de tensiones y respuestas políticas que varían desde los movimientos antiinmigrantes a la reavivación de fervores nacionalistas» (Harvey, 2019:229-231).

Sociológicamente, con demasiada frecuencia estos movimientos sociales tectónicos han sido interpretados como un renacimiento del fascismo o del comunismo por parte de sectores políticos e incluso académicos. La labilidad de tales afirmaciones demostró una vez más la evanescencia de la memoria y de los hechos históricos, así como sus peligrosas consecuencias. Como sucede con la errónea «tesis de continuidad» (Davidson, 2015:120) que traza una línea histórica e ideológica sin interrupciones y divergencias entre Lenin y Stalin, o Marx, la cartografía social de la confrontación y el resentimiento era vista a través de unas lentes anacrónicas. Con admirable claridad lo expresó Hobsbawm al

referirse a los conflictos sociales vinculados a la explosión de nuevas ideologías nacionalistas en las postrimerías del siglo pasado:

En el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro; y en el peor, de ciegas protestas, particularmente de aquellos sin esperanza. No ofrecen ninguna solución política o de ningún otro tipo porque no piensan en términos de soluciones. Mi conclusión es una advertencia contra el anacronismo: no confundamos a los neonazis de la Alemania actual ni tan siquiera con los nacionalsocialistas originales. Se trata de movimientos diferentes (Hobsbawm, 1994:5-17).

Resulta difícil no asociar, de una u otra manera, los estallidos sociales y políticos que se produjeron durante las primeras décadas del siglo XXI a las consecuencias de medio siglo del devastador tsunami neoliberal. En territorio Occidental, la *trahison* del «centrismo extremo», caracterizado por un consenso normativo en torno al poder financiero, fue aplastando sistemáticamente a unas sociedades cuyas expectativas de futuro eran cada vez más inciertas. La *middle class* fue sometida a la severidad de la deflación por deudas y su perfil histórico como agente del cambio social fue sustituido por el más mundano de variable dependiente del consumo. Por su parte, las clases trabajadoras (que ya no vestían de azul) sufrieron un estancamiento salarial y una pérdida extraordinaria de oportunidades de movilidad social de las que habían disfrutado durante los años del capitalismo de posguerra, al menos allí donde se desarrolló alguna forma de democracia distributiva. En el otro extremo, el sector financiero estadounidense había quintuplicado su tamaño desde 1970, un sector del que solo se benefició un reducidísimo sector elitario. En Europa, al principio fue el *thatcherismo*, y después el *blairismo*, inspiración de todos los vástagos de la Tercera Vía postideológica que capturaron por unanimidad la soberanía democrática del *popolo minuto*. El resultado fue un ordoliberalismo *à la* Schäuble, es decir, «un capitalismo no sometido a reglas, sino el capitalismo financiero que dicta sus propias reglas» (Traverso, 2016).

La polarización económica que ciertos sectores intelectuales y académicos frecuentemente confunden con la «brecha educativa», precipitó la exacerbación y el *ressentiment* sociales. El vacío dejado por la política pública democrática, pronto comenzó a cubrirse con posiciones ideológicas que decían defender los intereses antagónicos del *establishment* arraigado en los partidos tradicionales. Por su parte, estos no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que suponía para las democracias parlamentarias la emergencia de posiciones políticas extremas. Pero su respuesta fue tan ambigua como la seductora y desleal relación mantenida con la ortodoxia neoliberal que, de hecho, había creado toda una acumulación de despojos sociales que dio como resultado una ciudadanía exacerbada a la que ahora pretendían combatir. «El

concepto empleado en esta lucha y rápidamente incluido en el vocabulario posfáctico» no fue otro que «populismo», al que fueron asimiladas bajo un estricto ajuste *procusteano* todas las «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha» que no compartían la «lógica TINA [*There Is Not Alternative*] de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal». Si bien el problema subyacente no era otro que el campo de batalla entre «el capitalismo global y el sistema estatal», los conflictos sociales derivados fueron interpretados con demasiada frecuencia, o instrumentalizados de forma deliberada, como simples actitudes irracionales de una ciudadanía incapacitada para valorar adecuadamente las ventajas de la nueva dinámica del capitalismo global (Streeck, 2017b:16,13).

Pero la exacerbación no se limitó a la topografía social de los países del capitalismo central. El imperialismo económico de las instituciones supranacionales, que hundía sus raíces en el «Consenso de Washington» de las décadas de 1980 y 1990, junto a las guerras neoliberales lideradas principalmente por Occidente («Adonde tú vayas iré yo», le informó complacientemente Tony Blair a Bush cuando Washington preparaba su intervención militar en Irak) (Anderson, 2020:82), habían dejado un rastro de inequidad, inseguridad y devastación en gran parte del Sur global. De hecho, como observó elocuentemente Traverso, la crisis de los refugiados en Europa, agudizada durante la segunda década del siglo XXI, que demostró, una vez más, la arrogancia y el cinismo de la cúpula política del continente, no era más que el resultado lógico de la «desestabilización de Oriente Medio y el Norte de África»; regiones balcanizadas por la guerra y sociedades atormentadas por las políticas de ajuste estructural (Traverso, 2016)<sup>17</sup>. Secularmente, el capital ha robado «al pueblo la esperanza», concluye Durand, sin embargo «ahora la capa del plomo del capital ficticio le priva de lo que creía adquirido» (Durand, 2018:167).

### **Antropoceno**

Pero la nueva economía global y el peso muerto del capital ficticio no solo representan una clara amenaza para el cuerpo social, también han contribuido a ampliar las expectativas de la segunda contradicción del capitalismo, tal como fuera formulada por James O'Connor, a saber: «el sistema destruye las bases naturales de su propia reproducción». Al igual

---

<sup>17</sup> Paradójicamente, o tal vez no debido a la absoluta aculturación neoliberal, las protestas sociales que perturbaron los territorios del Medio Oriente y el Norte de África fueron interpretadas como un «movimiento contra» estados autoritarios o, más preciso, interventores, que dificultaban la «búsqueda del interés individual a través del mercado». Como había sucedido con los ideólogos monetaristas que vendieron al mejor postor los restos del Imperio soviético, y ante su fracaso adujeron un déficit de buen capitalismo, los estallidos sociales de la «Primavera Árabe» se debían según esta interpretación a una «falta de capitalismo más que a su normal funcionamiento (Davidson, 2015).

que el thatcherismo no solo se propuso «cambiar la economía, sino también cambiar el alma», y en eso «tuvo cierto éxito» (Harvey, 2007), las trazas de las consecuencias del «neoliberalismo planetario pueden sentirse en todos los niveles de la organización biocultural, hasta la escala del virión y la molécula» (Wallace y Wallace, 2017:46).

El actual modelo de financiarización y de producción globales que configura y «estructura gran parte de la vida cotidiana de la humanidad, se incorpora al control y la explotación de sistemas no humanos» (Wallace, 2016:59,53). Como sabemos el núcleo de estos argumentos del biólogo evolutivo Rob Wallace no encierra ninguna novedad en sí mismo: está razonablemente claro que la historia del capitalismo se ha escrito de espaldas a sus consecuencias ecológicas. Pero sí albergan, no obstante, una reformulación radical del pensamiento convencional dominante. Como escribió hace mucho tiempo Engels: «La ciencia social de la burguesía, la Economía Política clásica, sólo se ocupa preferentemente de aquellas consecuencias sociales que constituyen el objetivo inmediato de los actos realizados por los hombres en la producción y el intercambio». Lo mismo puede afirmarse con respecto a las «consecuencias naturales de esas mismas acciones». Y concluía, con el actual sistema productivo y por lo que concierne «tanto a las consecuencias naturales como a las consecuencias sociales de los actos realizados», lo que realmente importa son únicamente «los primeros resultados, los más palpables. Y luego, hasta se manifiesta extrañeza de que las consecuencias remotas de las acciones que perseguían esos fines resulten ser muy distintas, y en la mayoría de los casos, hasta diametralmente opuestas» (Engels, 1895-1896:545-554)<sup>18</sup>.

Durante la larga historia de la formación social capitalista –escribieron Lewontin y Levins en «The Return of Old Diseases and the Appearance of New Ones»–, con demasiada frecuencia «la estructura organizativa y económica de la industria del conocimiento» ha reforzado las «pautas de sabiduría y de ignorancia características de cada campo de estudio por separado», convirtiendo así «las sorpresas en inevitables»<sup>19</sup>. Cuando el 11 de

---

<sup>18</sup> Merece la pena citar el ejemplo con el que Engels reforzaba sus argumentos: «Cuando en Cuba los plantadores españoles quemaban los bosques de las laderas de las montañas para obtener con la ceniza un abono que sólo les alcanzaba para fertilizar una generación de cafetos de alto rendimiento, ipoco les importaba que las lluvias torrenciales de los trópicos barriesen la capa vegetal del suelo, privada de la protección de los árboles, y no dejasen tras de sí más que rocas desnudas!» (Engels, 1895-1896:545-554).

<sup>19</sup> La ciencia «verdadera», argumentaban cáusticamente los biólogos, se ha dedicado al estudio de los «microbios y moléculas» pero no ha prestado la debida atención a las relaciones mutuamente dependientes entre aquellos y, por ejemplo, los «procesos sociales de pobreza y de opresión y las condiciones del comercio mundial». Una crítica proporcionalmente inversa e igualmente correcta podría esgrimirse sobre las ciencias sociales. Lamentablemente, la combinación del cultivo insular del conocimiento con una posición teórica presuntamente neutral en el campo científico –«la ciencia siempre está involucrada en las luchas de la humanidad»–, conlleva un alejamiento de las causas finales y de

marzo de 2020 el director general de la Organización Mundial de la Salud, Tedros Adhanom, decretó el estado de pandemia mundial, en gran medida el debate público y mediático asumió esa perspectiva. Es decir, la contingencia o, más preciso, la casualidad, siempre contingente e inevitable, precipitó la crisis pandémica. Y, sin embargo, como escribió en cierta ocasión Hume al adoptar la casualidad por norma y no por excepción, se reprime «cualquier investigación ulterior», dejando «al escritor en el mismo estado de ignorancia que al resto de la humanidad» (Hume, 2008:144). En realidad, argumenta Levins, la expansión de «enfermedades infecciosas es una de las muchas manifestaciones de una crisis más general: el síndrome de la angustia eco-social. Una crisis a varios niveles y omnipresente de las relaciones disfuncionales entre nuestra especie y la naturaleza» (Levins, 2008).

La lógica secular del capital cimentada en la acumulación perpetua no ha dejado un milímetro de tierra incólume; ha creado mercados allí donde no existían y, por tanto, ha mutado progresivamente los valores de uso en valores de cambio, dilatando de forma extraordinaria las fronteras de intervención y apropiación antrópicas sobre la biodiversidad planetaria. «Debido a que la naturaleza como recurso siempre resulta limitada y el capitalismo está organizado como un sistema en expansión» *ab infinitum*, este también favorece los esfuerzos por «transcender los límites de la naturaleza» (Calhoun, 2015:188). De hecho, la biosfera de la que depende la continuidad de la civilización humana, cuyo peso demográfico se ha triplicado desde 1950<sup>20</sup>, se halla inmersa en un proceso de alteración sin antecedentes en la historia y sin «paralelo en todas las escalas espaciales». Durante las primeras décadas del siglo XXI, se llegó a la dramática conclusión de que en torno al 25 por ciento de especies evaluadas, entre plantas y animales, se hallaba bajo la terrible amenaza de la extinción (IPBES, 2019:10). La masa arbórea global está siendo reducida a un ritmo sin precedentes en el registro histórico. Antes de la era antropogénica el mundo estaba cubierto por 60 millones de km<sup>2</sup> de bosques, actualmente quedan menos de 40 millones. En el breve lapso de tiempo de los doce primeros años del presente siglo se contabilizó una tala de 2,3 millones de km<sup>2</sup> de superficie arbórea, es decir, una extensión similar al doble de la superficie combinada de España, Alemania y Francia. De continuar esta irracional tendencia, Bolonia y Aquino concluyen que todos los bosques

---

las conexiones sistémicas que alteran la vida ecosocial del mundo. Véanse al respecto, Lewontin and Levins (1996) y Levins (2015:21).

<sup>20</sup> Las perspectivas demográficas en un mundo alterado por la guerra y el hambre, las migraciones y el cambio climático, no pueden ser más que inciertas. Aun así, parece que la tendencia general de la población mundial es el crecimiento: de 7.300 millones en 2015, se prevé un asombroso incremento de 4.000 millones de habitantes hacia las postimerías del siglo XXI. Asia continuará dominando el peso demográfico, entretanto se prevé que el continente africano multiplique su población (1.186 millones en 2015) por cuatro en los próximos ochenta años (United Nations, 2015: Table 1, p.1).

podrían desaparecer en un par de siglos, tal vez antes. Naturalmente, no habría que esperar al sacrificio del último árbol para que las sociedades humanas se vieran afectadas. A falta de una contratendencia social y política globales, la ascendente degradación ecosistémica debida a la deforestación y a las emisiones de gases contaminantes, así como a las perturbaciones relacionadas con el cambio climático, afectarían «gravemente a la sociedad humana» y, en consecuencia, la hipótesis del colapso humano podría verificarse (Bolonia y Aquino, 2020). Desde esta perspectiva nuestro mundo parecía estar más cerca de la distopía fílmica *Mad Max* que de *Ecotopia* de Ernest Callenbach.

De hecho, aunque las mayores tasas de emisiones contaminantes se distribuyen pródigamente entre la China industrial y las sociedades de consumo conspicuo del Atlántico Norte, en la carrera incremental hacia un escenario distópico se halla la tendencia a ajustar las tasas metabólicas de las economías emergentes al patrón insostenible de los países centrales. Esta propensión, argumentan Fischer-Kowalski y colegas, podría «triplicar su consumo anual de energía per cápita y sus recursos materiales». Dicho de forma más cruda, conllevaría «una explosión sin precedentes del uso antropogénico de los recursos mundiales, superando con creces todos los impactos demostrados para la transición sociometabólica histórica de los países industriales ya maduros» (Fischer-Kowalski *et al.*, 2012:38-48). La revolución social y científico-tecnológica del último siglo, no solo ha situado a la humanidad ante las mayores posibilidades, con tanta frecuencia frustradas, para alcanzar un mundo mejor, también nos sitúa ante la temible frontera de la escasez de recursos naturales, cuyo destino «trae aparejado el costo de un daño ambiental de gran escala, incluyendo el catastrófico cambio climático» (Calhoun, 2015:189).

Geopolíticamente, la escasez de recursos naturales combinada con un crecimiento poblacional, sobre todo en las regiones del Sur global donde el cambio climático está siendo más severo, podría arrastrar al mundo a un periodo de tensiones interestatales como ya sucedió en el pasado, en la antesala de la Gran Guerra de 1914. Tal como pensaba Hirschman «circunstancias vagamente similares en dos puntos del tiempo diferentes y tal vez distantes pueden muy bien suscitar respuestas ideológicas idénticas e idénticamente erróneas si se ha olvidado el periodo intelectual previo» (Hirschman, 2014:150), así como la nefasta naturaleza de sus consecuencias. Durante el *fin de siècle*, el mundo penetraba en un peligroso túnel de violencia donde el «crecimiento económico» se tradujo en:

lucha económica, lucha que separaba a los fuertes de los débiles, que desanimaba a unos y endurecía a otros [...] el optimismo sobre un futuro de progreso indefinido dio paso a una incertidumbre y a un sentido agónico, en el sentido más clásico del término. Todo lo cual

robusteció y, a su vez, fue robustecido por agudas rivalidades políticas; ambas formas de competencia quedaron fundidas en esa oleada final de hambre de tierra y de acaparamiento de esferas de influencia que se ha llamado nuevo imperialismo (Landes, 1969, cit. en Hobsbawm, 2003:313).

Desde la neoliberalización del mundo, nos hallamos ante «el umbral no de la era de abundancia que los partidarios del libre mercado tenían en mente, sino de una época trágica, en que las anárquicas fuerzas del mercado y la disminución de los recursos naturales arrastran a los Estados soberanos a rivalidades cada vez más peligrosas» (Harvey, 2017:77). Retrospectivamente, el hecho de que «el capitalismo haya superado con éxito las barreras naturales» y que además «lo haya hecho tan rentablemente», sobre todo porque «las tecnologías respetuosas con el medio ambiente se han convertido en grandes negocios que pueden ser todavía mucho mayores, no significa que nuestra relación con la naturaleza pueda convertirse nunca en una especie de límite insuperable». Incluso, las presuntas alternativas a los combustibles fósiles como por ejemplo la producción de etanol, defendida con frecuencia por sectores ecologistas o, en otro extremo, inversores de fondos especulativos, «hace retroceder la obtención de energía a la tierra (utilizando en general más energía que la que de hecho se obtiene realmente)», con efectos negativos sobre el precio del grano, pero también sobre poblaciones humanas y ecosistemas (Harvey, 2016:71-72).

De hecho, un imperialismo agrario reforzado mucho más energicamente tras la Gran Recesión, pretendía transformar el planeta Tierra en un «planeta Granja» al estilo de *Animal Farm* orwelliano. Seguramente muchos inversores ávidos por recolectar tasas de retorno positivas para los fondos de pensiones privatizados a través del *land grabbing* podían pensar como algunos animales de la novela de Orwell: «Why should we care what happens after we are dead?»<sup>21</sup>. Las fuerzas desencadenantes de este nuevo campo de batalla neocolonial fueron de diversa índole. Por un lado, se hallaban las pesadillas malthusianas de ciertos países que estaban perdiendo la relativa autosuficiencia alimentaria de la que habían gozado, ya fuese por el agotamiento de sus tierras, o de sus recursos hídricos, o ambos combinados. Este era el caso de Arabia Saudí, Emiratos Árabes, Japón, China, Malasia o Corea del Sur, países que disponían, además, del suficiente poder económico y político para sobornar a países con Estados, en unos casos muy debilitados, en otros deliberadamente corruptos, situados por la extensa geografía del Sur global (Fontana, 2013a:952).

---

<sup>21</sup> George Orwell, *Animal Farm*, New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers, 2009, p. 12.

Pero, por este planeta orwelliano también vagaba el espíritu *auri sacra fames* de las instituciones financieras que habían participado activamente en la Gran Recesión y que tras su fraudulento rescate por parte de la Fed y de los Estados de la Unión Europea, decidieron diversificar sus activos y buscar nuevas fuentes de inversión lucrativas. Uno de los ejemplos más significativos fue el del grupo Goldman Sachs, fundado por Marcus Goldman en la era de los primeros *Robber barons*. Tras sobrevivir al *crac* del año del gran vuelo mundial del *Graf Zeppelin* y al colapso financiero de 2008, adquirió el «60 por ciento de las acciones de Shuanghui Investment and Development, parte del gigante negocio agrícola chino que compró Smithfield Foods, con sede en Estados Unidos, el mayor productor de cerdos del mundo» (Wallace, 2020:53).

Para muchos analistas frecuentemente cercados por el cultivo de su jardín experto, esta debía ser la forma correcta de alimentar al mundo, es decir, precipitarse una y otra vez en los mismos errores de la revolución verde. Y sin embargo, las evidencias mostraban que la producción de «monocultivos genéticos –animales para consumo humano y plantas con genomas casi idénticos– elimina los cortafuegos inmunes que en poblaciones más diversas ralentizan la transmisión» de virus y enfermedades (Wallace, 2020:51). Actualmente, en torno al 40 por ciento de la superficie terrestre se dedica al cultivo agrario. La producción de carne, por su parte, representa el 72 por ciento de la «biomasa animal». Un sector económico muy concentrado y generosamente disperso que «usa una tercera parte del agua dulce y un tercio de las cosechas del planeta para su alimentación». En su poco convencional análisis sobre las causas subyacentes de la expansión del Ébola en el África occidental a partir de 2013, Rob y Rodrick Wallace se ven en la obligación de recordarnos que «el contexto es más que un simple escenario en el que colisionan patógenos e inmunidad». La extraordinaria transformación de los usos de la «tierra en la región», inducida por la locura de la racionalidad económica, parece haber perturbado gravemente «las matrices agroeconómicas a través de las cuales la estocasticidad medioambiental actúa como freno inherente a la fuerza patogénica en toda la población». Dicho con otras palabras, la expansión de la agricultura hiperindustrial a nivel planetario interviene como nexo a «través del cual patógenos de diversos orígenes migran incluso de los reservorios salvajes más aislados a los centros de población más globalizados». Previsiblemente, «cuanto más largas sean las cadenas de suministro asociadas y cuanto mayor sea la medida de la deforestación, más diversos (y exóticos) serán los patógenos zoonóticos que entren en la cadena alimentaria». Así fue como el *Zaire ebolavirus*, que no dejaba de ser un incidental «asesino selvático» abordando «alguna que otra aldea», se transformó en una «infección protopandémica que mató a miles de personas en la región» (Wallace y Wallace, 2017:46,56).



En general, los factores perturbadores para la propagación de pandemias han sufrido un incrementalismo poderosísimo durante la era de la globalización neoliberal. Tal como persuadían a sus lectores Nita Madhav y colegas, se estaba produciendo una prevalencia exponencial de las pandemias debido al aumento desproporcionado «de los viajes y la integración global, la urbanización, los cambios en el uso de la tierra y una mayor explotación del medio ambiente natural». La agricultura y la ganadería industriales, junto con el «potencial de contacto» entre los reservorios de ganado y los procedentes de la vida silvestre, «la extracción de recursos naturales (como la silvicultura y la tala), la extensión de carreteras a hábitats de vida silvestre», entre otros aspectos de nuestra insaciable mercantilización de todas las cosas, han aumentado el riesgo de una «chispa zoonótica», esto es, la transmisión de enfermedades animales a seres humanos. La creciente concentración poblacional, en especial en grandes ciudades rodeadas de «asentamientos informales superpoblados», ha actuado como un auténtico foco infernal para la «transmisión de enfermedades» y ha favorecido el incremento de brotes y la transmisión de patógenos. Las consecuencias de un sistema mundial que se levanta sobre la infame base de la «desigualdad social, la pobreza y sus correlatos ambientales» es un sistema irracional que además actúa como superconductor de enfermedades infecciosas:

Las comorbilidades, la desnutrición y los déficits calóricos debilitan el sistema inmunitario de un individuo, mientras que factores ambientales, como la falta de agua limpia y un saneamiento adecuado, amplifican las tasas de transmisión y aumentan la morbilidad y la mortalidad (Madhav *et al.*, 2017).

Desde el vuelco neoliberal en la década de 1970, el capital quedó fuera de los marcos de planificación política que corregía las discrecionalidades de las operaciones económicas privadas. El mercado se volvió absurdamente oligopólico: desde las corporaciones textiles y alimentarias, a los conglomerados farmacéuticos y sus socios Monsanto, hasta las nuevas estrellas de la economía global, las poderosas *big tech*, todos participaban de la irracionalidad del capital ficticio, y todos se hallaban orgánicamente integrados en el nuevo leviatán antidemocrático del Estado-finanzas; todos compartían la lógica de crear valor en los talleres industriales de la periferia del sistema, o en los mercados laborales del centro después de haber devaluado globalmente las condiciones de trabajo y la masa salarial. Ahora bien, los compromisos con las inmoralidades del mercado y las miserias de la externalización no sólo pueden atribuirse a los propietarios del capital. Por supuesto que entre los cómplices de la externalización y la deslocalización de los efectos negativos (sociales, económicos y ecológicos) de la globalización neoliberal se hallan los «grandes consorcios» y las

«élites económicas y políticas». No obstante, el «principio de desarrollo a expensas de otros» también ha sido ejercido con la aprobación tácita y la «participación activa de amplias mayorías sociales» (Lessenich, 2019:27, 19). Basta observar, por ejemplo, el asombroso crecimiento del «consumismo compensatorio» entre las clases trabajadoras que se complementa con el tradicional consumo de «bienes hedonísticos» de los sectores elitarios, lo que hace que todas las clases sociales se sumerjan en un «despilfarro conspicuo» (Harvey, 2019:236).

Sin embargo, lo que ahora constituye un problema global fue observado como una advertencia insular por el activista socialista William Morris en la Inglaterra victoriana: «¿Es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?»; cosas que «no son riqueza, sino desperdicio» (Morris, 1885/1994:185). Durante los primeros años del siglo actual se estimó que la humanidad consumía un promedio anual de 68.000 millones de toneladas de materiales, exceptuando el agua y el aire. ¡Dicha cifra se había decuplicado desde 1900!<sup>22</sup>. ¿Cuánta energía social y cuántos recursos naturales de esa ingente masa material cubrían las necesidades existenciales de unas sociedades abrumadoramente desiguales, y cuánta cantidad se destinaba a generar basura y consumo alienante? Esta forma salvaje de consumo y de producción no es más que la *reductio ab absurdum* que ha legitimado la acumulación virtualmente ilimitada del capital. La combinación de un sistema económico que no puede ocultar ya sus insuficiencias con una cultura radicalmente individualista, constituyen «en el momento actual el peligro preeminente para la continuación de todas las formas de vida humana» (Harvey, 2021:124-125).

El orden neoliberal no solo ha contribuido a ampliar de forma extraordinaria las expectativas de una profunda y dramática crisis social planetaria, también ha sido capaz de alterar el eje terrestre (Deng *et al.*, 2021)<sup>23</sup> y de reducir la capa estratosférica, sin la cual la vida en la Tierra tal como la

---

<sup>22</sup> Se contabilizaron todos los materiales procesados en 177 países, con independencia «de si tienen, o no, un valor monetario mensurable» (Schaffartzik *et al.*, 2014:87-88). Nuestra era está marcada por la corrupción y el despilfarro sin precedentes en la historia. Por citar un ejemplo más, una investigación demostró que en un almacén del monopolio Amazon situada en Escocia se estaban destruyendo mercancías no vendidas o devueltas por sus compradores. Este acto irracional se debía sencillamente a que el coste de almacenaje podía ser, y de hecho era, superior al rendimiento potencial de la mercancía. Como declaró un extrabajador de la compañía: «From a Friday to a Friday our target was to generally destroy 130,000 items a week. I used to gasp. There's no rhyme or reason to what gets destroyed: Dyson fans, Hoovers, the occasional MacBook and iPad; the other day, 20,000 Covid (face) masks still in their wrappers» Véase Pallot, (2021).

<sup>23</sup> En la década de 1990 se produjo un cambio en la dirección de la deriva polar. Las causas fundamentales que se manejan como hipótesis son el calentamiento global combinado con el «consumo insostenible de agua subterránea para riego y otras actividades antropogénicas» (Deng *et al.*, 2021).

conocemos no habría sido posible (Pisoft *et al.*, 2021)<sup>24</sup>. Parece que *Atlas* no soporta ya el peso del mundo, sino que lo aplasta de forma inmisericorde. «¿Qué orden social –se interrogaba retóricamente Hirschman en *Las pasiones y los intereses*– podría sobrevivir a largo plazo a la doble conciencia de que fue adoptado con la firme esperanza de que resolvería ciertos problemas y de que clara y abismalmente ha fracasado?» (Hirschman, 2014:148).

### «Ottimismo della volontà»

Entonces, tal vez el principal dilema del presente no es si estamos ante el fin de la formación social capitalista sino –y aun cuando su evocación despierte las peores pesadillas–, si nuestro mundo tan ostensiblemente en declive nos sitúa ante *Los últimos días de la humanidad*. Cuando Europa comenzaba a meditar sobre sus propias ruinas en 1918, después de una prolongada era de fe en el progreso, Karl Kraus escribió en la citada obra unas palabras que evocan el decadente *zeitgeist* de nuestro tiempo:

He asumido una tragedia compuesta por escenas de humanidad en proceso de desintegración, para que la oiga el espíritu dispuesto a apiadarse de las víctimas, aunque haya renunciado para siempre a todo contacto con un oído humano. Que reciba la tónica de esta época, el eco de mi sangrienta locura que me vuelve cómplice de estos ruidos<sup>25</sup>.

El proceso de desintegración de nuestra era comenzó durante el periodo histórico aquí abordado y ha sido el núcleo del análisis de este ensayo. Así, mientras en el corazón del capitalismo avanzado se secaban las fuentes del keynesianismo de la segunda posguerra, en gran parte de América Latina y del continente africano se estaban agotando los proyectos desarrollistas. La contrarrevolución neoliberal ocupó el vacío keynesiano, y el derrumbamiento del contraejemplo soviético facilitó su expansión global. Por un tiempo, el *ethos* del capitalismo de Estado de la china posmaoísta y sus promesas de una sociedad armoniosa (*xiaokang*) parecían ofrecer una sólida alternativa al monetarismo extremo y a la generali-

<sup>24</sup> El aumento de las «emisiones de gases de efecto invernadero antropogénicos (GEI) ha provocado el calentamiento de la troposfera y el enfriamiento de la estratosfera en las últimas décadas. Como consecuencia termodinámica, la troposfera se ha expandido y el aumento de la tropopausa, el límite entre la troposfera y la estratosfera, se ha sugerido como una de las huellas digitales más sólidas del cambio climático antropogénico [...] la extensión estratosférica ha disminuido en 0,4 km entre 1980 y 2018 y los modelos proyectan una contracción neta de 1,3 km para el año 2080, lo que corresponde a una disminución del 3,7 por ciento en comparación con el espesor estratosférico medio de 1980-2018 [...] la contracción estratosférica continuará si no se invierten las trayectorias de las emisiones de GEI antropogénicas» (Pisoft *et al.*, 2021).

<sup>25</sup> Karl Kraus, *Los últimos días de la humanidad*, Barcelona: Tusquets ed., 1991, p. 473.

zación del capital ficticio que cristalizaron rápidamente en Occidente. Sin embargo, en los años noventa el gigante asiático, siempre bajo un tupido velo político comunista, se estaba transformando definitivamente en un régimen neoliberal. Naturalmente, no estábamos ante un nuevo «fin de la historia», ni ante un mundo posideológico anunciado por la política del centrismo radical, sino ante el periodo agónico de un sistema para el que todavía parecían no existir alternativas plausibles.

La mendacidad de las políticas de ajuste estructural, cargadas sobre las espaldas de la topografía social de gran parte del Sur global, dejaron tras de sí un dramático rastro de ruinas y desolación. Dieron forma a un mundo neocolonial en el que las cadenas de valor y el capital transnacional sustraían a través del ilotismo laboral la riqueza de las naciones de la periferia. Sus resonancias pueden escucharse desde hace años en forma de guerras, migraciones forzadas, hambrunas, desigualdad existencial y pobreza, o en cualquier otro registro de la locura humana. Pero, como hemos mostrado en este ensayo, a medida que comenzaba el nuevo siglo, se hizo evidente que esas trágicas condiciones estaban convergiendo peligrosamente a nivel global. La gobernabilidad de la esfera pública quedó suspendida en el vacío, mientras el autoritarismo político se filtraba con escasas objeciones por las grietas de un sistema que ya no podía ocultar su decadencia. La democracia parecía haber quedado reducida a un simple tropo del nuevo pragmatismo político y, por su parte, la oposición política demostró su incapacidad para resolver o revertir el nuevo orden hayekiano. Los conflictos culturales que con tanta vehemencia oponían a comentaristas y políticos, o la exaltación populista que se interpretaba anacrónicamente en términos ideológicos de la Guerra Fría, silenciaban con demasiada frecuencia los conflictos distributivos del suelo económico.

Y sin embargo, la increíble polarización económica de nuestro tiempo solo podía ser comparada con el periodo histórico que precedió a las dos guerras industriales del siglo pasado. Una nueva generación de magnates ladrones, devotos inquebrantables del poder y del dinero, se enriquecían de la noche a la mañana capturando la política pública, cultivando el viejo y astuto arte de la munificencia, y acosando y seduciendo a un cuerpo social desarraigado y hundido por la extraordinaria deflación por deudas y las nuevas formas de explotación laboral que proporcionaba la *gig economy*. Como resultado, las exaltaciones identitarias y el nacionalismo se inflamaron, como lo hicieron el racismo, la xenofobia y otras formas execrables del comportamiento humano. La nueva cultura de entretenimiento de masas y el consumo narcisista, así como las tecnoutópicas profecías de un futuro poscapitalista, divulgadas por los *geeks* del silicio y sus incondicionales mediáticos, parecían haber circundado cualquier forma de racionalismo.

Pero si las alternativas políticas parecían haberse disuelto en el magma neoliberal, la teoría social podía también entonar un *mea culpa*. El lugar

que habían ocupado antaño la economía política y los análisis estructurales, fue desplazado por la implosión sociológica, la economía de los algoritmos y las visiones psicologistas y técnicas del mundo. Cuando la imaginación parece haberse agotado y, sobre todo, las alternativas a una sociedad transformada han sido gravemente erosionadas, las evocaciones estilizadas del pasado, la forma pragmática de la historia moralizante contra la que nos persuadía la sabiduría de Hegel, constituyen una peligrosa manera de eludir las raíces históricas de los problemas contemporáneos. El anacronismo y la retórica política especializada en el retorno al pasado, se han hecho comunes en el territorio líquido del nuevo milenio.

Sabemos que como cualquier formación social el capitalismo tuvo un principio e inevitablemente tendrá un final. Las consecuencias de su decadencia se escuchan en forma de gemidos, pero también de expresiones de rebeldía social extendidas por toda la geografía global. No sabemos, sin embargo, cuál será la expresión social, política, o económica que adquirirá el futuro, pero sí podemos afirmar, y es lo que aquí hemos intentado demostrar, que las sociedades del presente si han de tener futuro no será prolongando esta «era de irracionalidad política global» (Carrillo, 2020a), como tampoco ninguna de las formas políticas que en el pasado fracasaron tan rotundamente. Durante el periodo de entreguerras, y desde la cárcel, Antonio Gramsci escribió con aquella perspicacia prometeica que caracteriza su vasto pensamiento: «Todo colapso lleva consigo desorden intelectual y moral. Hay que crear gente sobria, paciente, que no desespere ni ante los peores horrores y que no se exalte ante cada bobería. Pesimismo de la inteligencia, *ottimismo della volontà*» (Gramsci, 1981:139; Q1&63).

### Referencias bibliográficas

- Abrams, Philip (1988), «Notes on the Difficulty of Studying the State», *Journal of Historical Sociology*, 1 (1), 58-89.
- Anderson, Perry (2019), «¿Situacionismo al revés?», *New Left Review*, 119, 51-103.
- \_\_\_\_\_ (2020), «¿Ukania perpetua?», *New Left Review*, 125, 41-115.
- Arrighi, Giovanni (2002), «La crisis africana. Aspectos derivados del sistema mundo y aspectos regionales», *New Left Review*, 15, 5-33.
- \_\_\_\_\_ (2006), *Adam Smith in Beijing. Lineages of the Twenty-First Century*, London and New York: Verso.
- Baker, Dean (July 26, 2020), «There Is Nothing Natural About ‘the Market’», *Jacobin*. Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/07/john-maynard-keynes-zachary-carter-price-peace-review>
- Baudrillard, Jean (1970), *La société de consommation. Ses mythes, ses structures*, Paris: Éditions Denoël.
- Bolonia, Mauro y Aquino, Gerardo (2020), «Deforestación y sostenibilidad de la población mundial: un análisis cuantitativo», *Scientific Reports*, 10, 7631.

- Brenner, Robert (2006), *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*, London, New York: Verso.
- \_\_\_\_\_ (2020), «Saqueo pantagruélico», *New Left Review*, 123, 7-27.
- Boldizzoni, Francesco (2013), *La pobreza de Clío. Crisis y renovación en el estudio de la historia*, Barcelona: Crítica.
- \_\_\_\_\_ (2020), *Foretelling the End of Capitalism. Intellectual Misadventures since Karl Marx*, Cambridge: Harvard University Press.
- Brzeziński, Zbigniew (1997), *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, New York: Basic Books.
- Buffet, Peter (2013), «The Charitable-Industrial Complex», *The New York Times*, 26 julio 2013. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2013/07/27/opinion/the-charitable-industrial-complex.html>
- Bulmer-Thomas, Víctor (2002), Las economías latinoamericanas 1929-1939, en Halperin Donghi, Tulio et al., *Historia económica de América latina. Desde la independencia a nuestros días* (pp. 243-286). Barcelona: Crítica.
- Burckhardt, Jacob (1961), *Reflexiones sobre la Historia Universal*, México-Buenos Aires: Fondo de Cultura.
- Calhoun, Craig (2015), ¿Cuál es la amenaza actual del capitalismo?, en Wallerstein, Immanuel et al., *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 161-200). México: Siglo XXI.
- Carrillo García, Germán (2020a), «La era de la irracionalidad política global», *Revista Migración y Desarrollo*, 18 (34), 57-113.
- \_\_\_\_\_ (2020b), «Transgresiones de la historia. La misión pública de la historia y la dialéctica científica», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 60, 117-151.
- Chesnais, François (2020), «L'originalité absolue de la crise sanitaire et économique mondiale du Covid19», *Al'encontre*. Disponible en: <http://alencontre.org/economie/loriginalite-absolue-de-la-crise-sanitaire-et-economique-mondiale-du-covid-19.html>
- Deng, Shanshan et al. (2021), «Polar drift in the 1990s explained by terrestrial water storage changes», *Geophysical Research Letters* 48, e2020GL092114. Disponible en: <https://doi.org/10.1029/2020GL092114>
- Davidson, Neil (2008), «Nationalism and Neoliberalism», *Variant*, 32, 36-38.
- \_\_\_\_\_ (2013), *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona: Pasado & Presente.
- \_\_\_\_\_ (2015), «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23 (2-3), 105-150.
- \_\_\_\_\_ (2016), «Crisis neoliberalism and regimes of permanent exception», *Critical Sociology*, 43 (4-5), 615-634.
- Davis, Mike (2014), *Planeta de ciudades miseria*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (2021), «Guerra de trincheras. Notas sobre las elecciones estadounidenses de 2020», *New Left Review*, 126, 7-38.
- Debord, Guy (1967), *La société du spectacle*, París: Buchet-Chastel.
- Derluigian, Giorgi (2015), ¿Qué fue el comunismo?, en Wallerstein et al., *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 122-160). México: Siglo XXI.

- Desmurget, Michel (2020), *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*, Barcelona: Ediciones Península.
- Durand, Cédric (2018), *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, Barcelona: Ned Ediciones.
- \_\_\_\_\_ (2019), «En la sala de mandos de la crisis», *New Left Review*, 116/117, 221-234.
- Eagleton, Terry (2011), *Why Marx Was Right*, New Haven & London: Yale University Press.
- Engels, Friedrich (1895-1896), «Der Antheil der Arbeit an der Menschwerdung des Affen», *Die Neue Zeit: Revue des geistigen und öffentlichen Lebens*, Bd. 2, 545-554.
- Fischer-Kowalski, Marina *et al.* (2012), «Socio-ecological transitions: definition, dynamics and related global scenarios», Institute for Social Ecology, AAU, Austria/Centre for European Policy Studies, Belgium, 38-48.
- Fontana, Josep (2013a), *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona: Pasado & Presente.
- \_\_\_\_\_ (2013b), *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI*, Barcelona: Pasado & Presente.
- \_\_\_\_\_ (2017), *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona: Crítica.
- Fraser, Nancy (2021), «Los climas del capital. Por un ecosocialismo transmedioambiental», *New Left Review*, 127, 101-138.
- Galbraith, John K. (1976), *El crac del 29*, Barcelona: Ariel.
- Galbraith, James K. (2018), *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Grahl, John (2011), «Un economista a contracorriente», *New Left Review*, 69, 33-55.
- \_\_\_\_\_ (2017), «Una nueva ciencia económica», *New Left Review*, 104, 148-156.
- Gramsci, Antonio (1981), *Cuadernos de la Cárcel*, México: Era.
- Gordon, Robert J. (2016), «Perspectives on The Rise and Fall of American Growth», *American Economic Review: Papers & Proceedings*, 106 (5), 1-7.
- Hanson, Gordon (2010), «Why Isn't Mexico Rich?», *Journal of Economic Literature*, 48, 987-1004.
- Harvey, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (2014), *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, London: Profile Books.
- \_\_\_\_\_ (2016), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (2017), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (2018), *Senderos del mundo*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (2019), *Marx, El Capital y la locura de la razón económica*, Madrid: Akal.
- \_\_\_\_\_ (2020), *The Anti-Capitalist Chronicles*, London: Pluto Press.
- \_\_\_\_\_ (2021), «Valor en movimiento», *New Left Review*, 126, 105-125.
- Hirschman, Albert O. (1979), *The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Economic Determinants*, David Collier, (ed.), *New Authoritarianism in Latin America*, New Jersey: Princeton University Press.
- \_\_\_\_\_ (1984), *De la economía a la política y más allá*, México: Fondo de Cultura Económica.

- \_\_\_\_\_ (1986), «The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection», Center for US-Mexican Studies, San Diego: Universidad de California.
- \_\_\_\_\_ (1987), «La economía política del desarrollo latinoamericano», *El Trimestre Económico* 216, 54 (4), 769-804.
- \_\_\_\_\_ (2014), *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Madrid: Capitán Swing.
- Hobsbawm, Eric (1994), «Identidad», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 3, 5-17.
- \_\_\_\_\_ (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona: Crítica.
- \_\_\_\_\_ (2000), «La izquierda y la política de la identidad», *New Left Review*, 0 (2ª época), 114-125.
- \_\_\_\_\_ (2003), *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona: Crítica.
- \_\_\_\_\_ (2012), *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona: Crítica.
- \_\_\_\_\_ (2013), *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo xx*, Barcelona: Crítica.
- \_\_\_\_\_ (2014), *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica.
- Hudson, Michael (2012), «The Road to Debt Deflation, Debt Peonage and Neofeudalism», Levy Economics Institute, Working Paper, 708.
- \_\_\_\_\_ (2016), «La destrucción de Grecia y el futuro de Europa», *Revista de Economía Internacional*, 18 (35), 345-352.
- \_\_\_\_\_ (2018), *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*, Madrid: Capitán Swing.
- Hume, David (2008), *Ensayos morales y literarios*, Madrid: Tecnos.
- IPBES (2019), Global assessment report of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services, Brondízio, E. S., Settele, J., Díaz, S., Ngo, H. T. (eds). Bonn, Germany: IPBES secretariat.
- Jameson, Fredric (2013), *Valencias de la dialéctica*, Buenos Aires: Eterna Cadencia Ed.
- Kalecki, Michał (1943), «Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly*, 14 (4), 322-330.
- Kotkin, Joel and Toplansky, Marshall (2018), *California Feudalism. The squeeze on the middle class*, Center for Demographics & Policy, Chapman University Press.
- Landes, D. S. (1969), *The Unbound Prometheus. Technological change and industrial development in Western Europe from 1750 to the present*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lenin, V. I. (1970), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas en tres tomos*, vol. 1, Moscú: Progreso Ed.
- Lessenich, Stephan (2019), *La sociedad de la externalización*, Barcelona: Herder.
- Levins, Richard (2000), «Is Capitalism a Disease?», *Monthly Review*, 52 (4). Disponible en: <https://monthlyreview.org/2000/09/01/is-capitalism-a-disease/>
- \_\_\_\_\_ (2008), «Living the 11th Thesis», *Monthly Review*, 59, (8). Disponible en: <https://monthlyreview.org/2008/01/01/living-the-11th-thesis/>



- \_\_\_\_\_ (2015), *Una pierna adentro, una pierna afuera*, CopIt-arXives y EditoraC3, México.
- Lewontin, Richard and Levins, Richard (1996), «The Return of Old Diseases and the Appearance of New Ones», *Capitalism, Nature, Socialism*, 7 (2), 103-107.
- Luce, Edward (2017), *The retreat of western liberalism*, London: Little, Brown Book Group.
- Madhav, Nita *et al.* (2017), «Pandemics: risks, impacts, and mitigation», in Dean T. Jamison, Hellen Gelband, Susan Horton *et al.* (eds.), *Disease Control Priorities: Improving Health and Reducing Poverty* (pp. 315-345). Washington D.C.: The International Bank for Reconstruction and Development/World Bank.
- Marx, Karl (1987), *Miseria de la filosofía*, México: Siglo XXI ed.
- \_\_\_\_\_ (2010), *Capital*, Volume I, Marx & Engels Collected Works, vol. 35, London: Lawrence & Wishart Electric Book.
- \_\_\_\_\_ (2010), *Capital*, Volume III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, London: Lawrence & Wishart Electric Book.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (2011), *El Manifiesto del Partido Comunista*, México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.
- Mishra, Pankaj (2017), *La edad de la ira. Una historia del presente*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Molnar, Margit and Wang, Wei (2015), «A Snapshot of China's Service Sector», Economics Department Working Papers, No. 1217, Paris: OECD Publishing.
- Morris, William (1994), «Trabajo útil vs. trabajo inútil», *Reis*, 64, 181-198.
- Ocampo, José A. (2014), La crisis latinoamericana de la deuda a la luz de la historia, en José A. Ocampo *et al.*, *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 19-51). CEPAL.
- O'Connor, Sarah (July 3, 2020) «Leicester's dark factories show up a diseased System», *Financial Times*. Disponible en: <https://www.ft.com/content/ob26ee5d-4f4f-4d57-a700-ef49038de18c>
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2018), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión a los Estados Unidos de América», (a/hrc/38/33/Add., 1 mayo).
- \_\_\_\_\_ (2019), «Report of the Special Rapporteur on extreme poverty and human rights on his visit to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland», (a/hrc/41/39/Add.1, 23 abril).
- \_\_\_\_\_ (2020), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos acerca de su visita a España», (a/hrc/44/40/Add.2, 21 abril).
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (2019), «Under pressure: the squeezed middle class», París: OECD Publishing.
- Palma, José Gabriel (2005), Four sources of «de-industrialisation» and a new concept of the Dutch-Disease, in José A. Ocampo (Ed.) *Beyond Reforms. Structural Dynamics and Macroeconomic Vulnerability* (pp. 71-116). Washington, D.C.: United Nations Economic Commission for Latin America and the Caribbean (ECLAC).

- \_\_\_\_\_ (2014), «Latin America's social imagination since 1950. From one type of 'absolute certainties' to another- with no (far more creative) 'uncomfortable uncertainties' in sight», Cambridge Working Papers in Economics. Disponible en: <https://www.repository.cam.ac.uk/handle/1810/255210>
- \_\_\_\_\_ (2016), «¿Qué hacer con nuestro modelo neo-liberal, con tan poca entropía? Chile vs. Corea: asimetrías productivas y distributivas?», *Perfiles Económicos*, 2, 11-28.
- \_\_\_\_\_ (2019), «Why is inequality so unequal across the world? Part 1. The diversity of inequality in disposable income: multiplicity of fundamentals, or complex interactions between political settlements and market failures?», Cambridge Working Papers in Economics (CWPE).
- \_\_\_\_\_ (2020), «América Latina en su «Momento Gramsciano». Las limitaciones de una salida tipo «nueva socialdemocracia europea» a este impasse», *El Trimestre Económico*, 87 (4), 348, 985-1031.
- Pallot, Richard (2021), «Amazon destroying millions of items of unsold stock in one of its UK warehouses every year, ITV News investigation finds». Disponible en: <https://www.itv.com/news>
- Panitch, Leo and Gindin, Sam (2004), «Global Capitalism and American Empire», *Socialist Register*, 40, 1-42.
- \_\_\_\_\_ (2013), *The Making of Global Capitalism. The Political Economy of American Empire*, London-New York: Verso.
- Panitch, Leo and Konings, Martijn (2009), «Myths of Neoliberal Deregulation», *New Left Review*, 57, 67-83.
- Papazoglou, Alexis (2019), «Fast times: The self-interest of Silicon Valley's self-denial fad», *The New European*. Disponible en: <https://www.theneweuropean.co.uk/brexit-news/silicon-valley-fasting-fad-44948>
- Phillips-Fein, Kim (2018), «Philanthropists will not save us», *Public Books*. Disponible en: <https://www.publicbooks.org/philanthropists-will-not-save-us>
- Piketty, Thomas (2019), *Capital e ideología*, Barcelona: Planeta ed.
- Pisoft, Petr *et al.* (2021), «Stratospheric contraction caused by increasing greenhouse gases», *Environmental Research Letters*, 16, 064038.
- Pollin, Robert (2018), «Decrecimiento vs nuevo New Deal verde», *New Left Review* 112, 7-30.
- Porter, Eduardo (2007), «Mexico's Plutocracy Thrives on Robber Baron Concession», *The New York Times*, 27 agosto.
- Rappeport, Alan and Corkery, Michael (2020), «Biden's Choice of Vilsack for USDA Raises Fears for Small Farmers», *New York Times*, 21 diciembre. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/12/21/us/politics/vilsack-usda-small-farmers.html>
- Riley, Dylan (2019), «Qué es Trump», *New Left Review*, 114: 7-35.
- Roberts, Michael (2019), «Reino Unido: la política económica del laborismo», *Sinpermiso*, 23 de noviembre.
- Robinson, William I. (2014a), *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, New York: Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (2014b), «Global Capitalism: Crisis of Humanity and the Specter of 21st Century Fascism», *The World Financial Review*, 14-16.

- Rodrik, Dani (2007), *One Economics, Many Recipes. Globalization, Institutions, and Economic Growth*, New Jersey: Princeton University Press.
- Sader, Emir (2008), «América Latina ¿el eslabón más débil? El neoliberalismo en América Latina», *New Left Review*, 52, 5-28.
- Savage, Luke (2020), «Barons of the Valley», *Jacobin*, 19 mayo. Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/05/robber-barons-silicon-valley-technology-economy>
- \_\_\_\_\_ (2021a), «Bill Gates Chooses Corporate Patent Rights Over Human Lives», *Jacobin*, 26 abril, Disponible en: <https://jacobinmag.com>
- \_\_\_\_\_ (2021b) «The Obamanauts Are Rebranding as Evil», *Jacobin*, 6 abril, Disponible en: <https://jacobinmag.com>
- Schaffartzik, Anke *et al.* (2014), «The global metabolic transition: Regional patterns and trends of global material flows, 1950-2010», *Global Environmental Change*, 26, 87-97.
- Shaikh, Anwar (1990), *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Bogotá: Tercer Mundo ed.
- \_\_\_\_\_ (2011), «The first great depression of the 21st Century», *Socialist Register: The Crisis This Time*, 47, 44-63.
- Smichowski, Bruno; Durand, Cédric and Knauss, Steven (2018), «Participation in global value chains and varieties of development patterns». Disponible en: <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01817426/document>
- Standing, Guy (2017), *La corrupción del capitalismo. Por qué prosperan los rentistas y el trabajo no sale a cuenta*, Barcelona: Pasado & Presente.
- Stein, Ben (2006), «In Class Warfare, Guess Which Class Is Winning», *The New York Times*, 26 noviembre.
- Stiglitz, Joseph (2016), *Cómo hacer que funcione la globalización*, Barcelona: Penguin Random House.
- \_\_\_\_\_ (2017), *El euro. Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Barcelona: Penguin Random House.
- Streeck, Wolfgang (2012), «Mercados y pueblos. Capitalismo democrático e integración europea», *New Left Review*, 73, 55-62.
- \_\_\_\_\_ (2016), *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid: Katz.
- \_\_\_\_\_ (2017a), *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- \_\_\_\_\_ (2017b), «El retorno de lo reprimido», *New Left Review*, 104, 7-21.
- The Guardian* (4 Jun 2015) «Cocaine in London sewers at highest level in Europe». Disponible: <https://www.theguardian.com/society/2015/jun/04/cocaine-london-sewers-highest-level-europe-drug-uk>
- Therborn, Göran (2007), «Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista», *New Left Review*, 43, 59-106.
- \_\_\_\_\_ (2014), «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *New Left Review*, 85, 5-17.
- \_\_\_\_\_ (2015), *La desigualdad mata*, Madrid: Alianza Editorial.
- \_\_\_\_\_ (2017), «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review*, 103, 69-89.
- \_\_\_\_\_ (2020), «Sueños y pesadillas de las clases medias del mundo», *New Left Review*, 124, 69-96.

- Tooze, Adam (2018), *Crash. Cómo una década de crisis financiera ha cambiado el mundo*, Barcelona: Crítica.
- Traverso, Enzo (2016), «The end of Europe», *Public Seminar*, 6 abril. Disponible en: <https://publicseminar.org/2016/04/the-end-of-europe/>
- United Nations (2015), «World Population Prospects. The 2015 Revision», New York: United Nations.
- Wallace, Rob (2016), *Big farms make big flu: dispatches on infectious disease, agribusiness, and the nature of Science*, New York: Monthly Review Press.
- \_\_\_\_\_ (2020), *Dead epidemiologists. On the origins of Covid-19*, New York: Monthly Review Press.
- Wallace, Rob y Wallace, Rodrick (2017), «Las ecologías del Ébola. Agroeconomía y epidemiología en África occidental», *New Left Review*, 102, 45-58.
- Watts, Jonathan (2019) «Concrete: the most destructive material on Earth», *The Guardian*, 25 febrero.
- Xu, Zhun (2021), «The Ideology of Late Imperialism. The Return of the Geopolitics of the Second International», *Monthly Review*, 72 (10). Disponible en: <https://monthlyreview.org/2021/03/01/the-ideology-of-late-imperialism>
- Yuan, Li (2021), «‘Who Are Our Enemies?’ China’s Bitter Youths Embrace Mao», *The New York Times*, 8 julio. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/07/08/business/china-mao.html>
- Zhan, Shaohua (2020), «La cuestión agraria en la China del siglo XXI. Cuatro perspectivas y cinco escenarios», *New Left Review*, 122, 131-15.